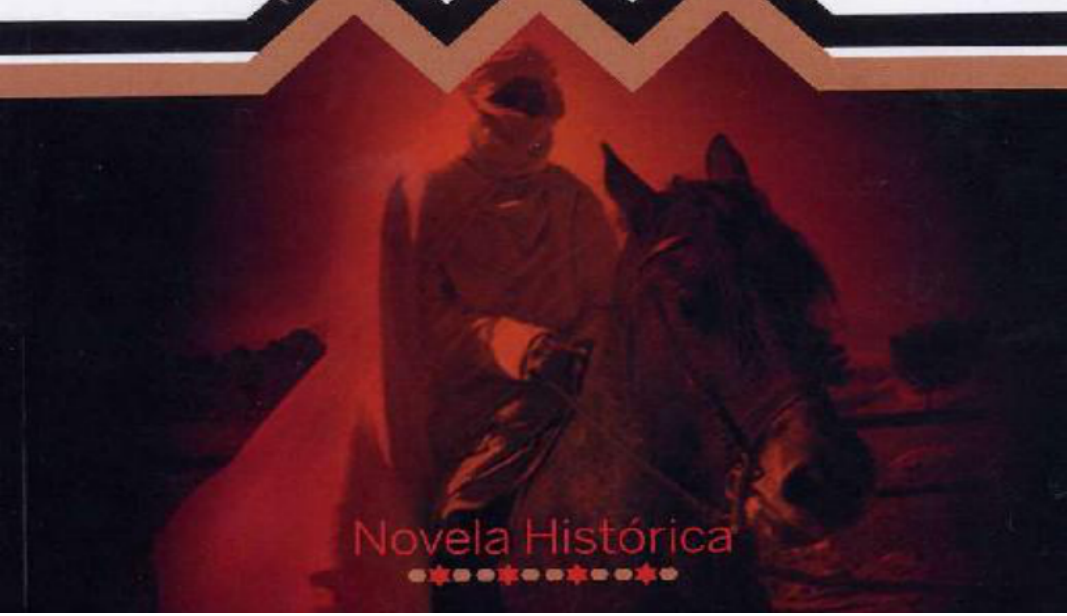
Al-Azraq, el árabe

Juan Arroyo García



Novela Histórica

AL – AZRAQ, EL ÁRABE

(Novela histórica)

de

Juan Arroyo García

Al-Azraq, el árabe

Autor del libro
©Juan Arroyo García

Diseño de cubiertas
©Lydia Girón Plaza

Edita Cristina Arroyo Martínez
E-mail: **info@cristinaarroyo.com**
cristinaarroyo.blogspot.com

I.S.B.N: 978-84-613-9439-5

Depósito legal:

Imprime PUBLIDISA
Impreso en España / Printed in Spain
1ª edición: abril 2010
2ª edición: diciembre 2010

Agradecimientos a la Junta Central de Moros i Cristians de Pego, Patronato de Cultura de Alicante, Casal Sant Jordi de Alcoi y al Excmo. Ayuntamiento de la Vall d'Alcalà.

Andava por las azes commo leon fanbriento
De vencer o morir tenie fuerte taliento
Dexaba por do iva todo el canpo sangriento
Dava i muchos animas al bestion mescariento

(Anónimo: Adjudicado a un monje del monasterio de San Pedro de Arlanza. Poema de Fernán Gonzalez).

¿Quién es ese jinete que vuela en alas del huracán, espoleando al fogoso corcel, hijo de la Arabia, educado entre el fragor de la pelea, sacando chispas de los guijarros del camino y blandiendo la corva cimitarra?
(Munuza. Leyenda española. Julio de Ugarte)

"...arrastrados a la lucha por un hombre astuto, valiente, y conocedor del arte de la guerra, como era su caudillo Al-Azraq..."
(*Historia General de Valencia*. Escolano y Perales)

INTRODUCCIÓN

En todos los pasajes de las gestas de los pueblos existen nombres que, por el transcurso de los siglos, han quedado ocultos bajo el fino y continuado polvo que la historia ha ido vertiendo sobre ellos.

En esta ocasión vamos a referirnos a un hombre real, que casi puede ser considerado de leyenda. Él cabalgó infinidad de ocasiones por las sierras de Levante, apoderándose de poblaciones y adueñándose de castillos, blandiendo las armas y lanzando sus ejércitos contra el rey Jaime I el Conquistador.

Los datos de esta novela son históricos, pero como en toda narración novelada, muchos de ellos tienen que perderse, necesariamente, durante el transcurso del relato, en ocasiones porque no ha existido suficiente documentación como para poder concretarlos. Es de advertir, no obstante, que los sucesos relevantes y las fechas son veraces, resultado de un intrínseco proceso de investigación.

Sobre la figura histórica que en esta novela destacamos son varias las contradicciones, por lo que he preferido situar al personaje más en función de sus hechos que de las fechas cronológicas, aunque eso sí,

las que figuran durante la narración son las mayormente aceptadas por los historiadores, si bien podría existir alguna excepción, como ocurre en el capítulo VI, ya que aquí, en 1235, el padre de Al-Azraq aparece todavía en vida cuando muchos cronistas han apostado por situar su muerte en el año 1230. De igual modo, en alguna ocasión es mencionado durante el relato el yelmo con el que posteriormente se representó a Jaime I en grabados y cuadros; sin embargo, dicho yelmo o cimera es posterior pues perteneció a la heráldica de Pedro IV, el Ceremonioso, y no al rey Conquistador. Con lo anteriormente expuesto he querido significar que en algunos momentos me he permitido las mínimas, pero justas licencias literarias.

Por el nombre bien se infiere que nos vamos a referir a un árabe, cuyo nombre ha sido discutido por los citados historiadores, ya que unos le llaman Al- Azark, otros Al-Azarak, Al-Azraq, Al-Azarach o Alzadrach, olvidando casi todos ellos que el verdadero era el de Mohammad Abu Abdallah Ben Hudzäil al Sähuir. Sin embargo, para mejor identificación le llamaremos como comúnmente fue más conocido en las crónicas del Reino de Valencia: Al-Azraq.

Con lo expuesto considero haber trazado la debida pincelada sobre el contenido de esta novela, en relación con el único héroe sarraceno que fue capaz de tener en jaque y contener al rey conquistador durante más de treinta años, lo cual, como se ve, no consistió en una batalla insignificante sino que representó casi toda la vida de ambos luchadores, por lo que cabe decir, parafraseando el dicho, que frente a un gran hombre —el rey Jaime I—, existió otro gran hombre —Al Azraq—, si bien perfectamente diferenciados por la nobleza de carácter del rey y de la astucia del árabe.

Tales fueron las gestas de aquel musulmán que incluso en ciudades levantinas conmemoran su recuerdo creando las comparsas de los moros de Alaçdrach, como acontece en Pego, y en otros lugares mediante musicales marchas moras, como ocurre en Alcoy. Quizá también en otras poblaciones que ignoramos, pero todos estos actos se llevan a efecto en sus fiestas anuales de “Moros y Cristianos”.

Y acaso una última puntualización. Indistintamente se define a los moros con este adjetivo o con otros, como musulmanes o sarracenos y si bien existen otras denominaciones más singularizadas como serían la de muslimes, bereberes y otros análogos, sólo utilizo en el relato las primeras denominaciones que a nada conducen.

Y con estas puntualizaciones y aclaraciones, sin más preámbulos iniciamos este libro.

Juan Arroyo

I

Las alas del tiempo han comenzado a planear, pocos años atrás, sobre el siglo XIII. Bajo su cronología, entre otros, sucederán notables acontecimientos que conmoverán España, por aquel entonces dominada por los árabes. En ese siglo aparecieron dos hombres cuyas gestas quedaron en la Historia, ocupando el espacio y el tiempo en luchas, amores, engaños, conquistas, y sobre todo, turbulencias de Corte.

Transcurría el año 1208. La población de Montpellier, hoy francesa por haber sido vendida a aquel país por Jaime III, pero entonces vinculada a la corona catalano-aragonesa, sufría una anhelante expectación. Hacía ya meses que María de Montpellier esperaba un hijo, el único concebido de su matrimonio con Pedro II de Aragón. María, hija de Guillermo VIII estaba dotada de una gran generosidad, dulzura en el trato y de nobles virtudes. Acaso por aquel cariño que hacia ella sentían sus súbditos, esperaban aquel nacimiento, porque a nadie se le ocultaba que María de Montpellier

había sido desgraciada en su primer matrimonio y denigrada en el segundo de ellos.

Las gentes seguían con curiosidad el nacimiento de aquel hijo como si él fuera gestación de todos y no de una sola mujer.

Y llegó el día 2 de febrero de 1208. El castillo-fortaleza se engalanó. Los soldados hicieron sonar sus trompetas y redoblaron los tambores. El esperado suceso hacía unas horas que se había producido y María de Montpellier se convirtió en madre de un hijo, en el que había puesto, desde su comienzo, toda la ternura de la que era capaz.

Su esposo, Pedro II, dio orden de que el nacimiento fuese difundido a todos los vasallos, grandes y nobles, con el fin de que pudiesen participar de tan feliz acontecimiento. El recinto amurallado se dispuso para albergar a cuantos quisieran visitarles, ya fuesen gentes pertenecientes a la nobleza o se tratara de sus súbditos, naturalmente con el debido respeto y separación entre ambas clases sociales.

Y la fiesta fue general. Hubo juegos, lances, comidas y bailes durante varios días. Montpellier vibró con sus reyes. Era una ciudad reciente, pues apenas tenía dos siglos de existencia, emplazada en un lugar llamado Montepestelario. Desde aquel lugar dominaba la confluencia del Lez y el Mosson. Estaba bien comunicada debido a su perfecta red de caminos y accesos, y muy singularmente, por el puerto de Lattes. Se trataba, pues, de una ciudad hermosa, reciente para la Historia y competidora, sin ella quererlo, con la ciudad de Marsella.

Los días transcurrieron y la tranquilidad volvió a su cauce. Los vasallos estaban contentos al saber que la dinastía de los reyes había quedado asegurada. Sin embargo, nadie supo la gran discusión que estaban manteniendo entre sí los soberanos.

—Señora —manifestaba el rey —, somos Nos quien tiene el privilegio de decidir cuál ha ser el nombre de nuestro hijo, y así pienso hacerlo, a pesar de vuestra oposición.

María tenía la tristeza reflejada en los ojos. Su esposo no quería comprender que no era capricho de mujer aquel de dar el nombre al recién nacido sino que estaba convencida por instinto, por una apreciación interior, de que aquel hijo debía llamarse Jaime.

—Sería el primero de nuestra dinastía —aducía ella, poniendo en su voz toda la persuasión de que era capaz como madre y como mujer —. ¿No es esa una buena razón para que lo meditéis antes de decidir?

Pedro II no era tolerante ni condescendiente. Quizá el continuo batallar había endurecido sus sentimientos como para no admitir una súplica tan sentida y un deseo tan arraigado en su esposa.

—¡Si lo sé, señora, lo imagino! ¡Son todos esos clérigos de los que tanto gusta rodearos, quienes han puesto ya el nombre a nuestro hijo! Son ellos y aún creo que no me excedería si pensara que hasta en esto

no hayáis consultado con el mismo Papa Inocencio.

—¿Por qué habíais de soñar cosas tan extrañas? Como bien decís, no es asunto de gobierno para consultar con unos u otros, que bien podemos decidirlo vos y yo.

Don Pedro se sentía incómodo cada vez que se renovaba aquella cuestión. Es cierto que él aún no había pensado en nombre alguno porque daba por supuesto que se continuaría su estirpe, y el que así no fuese le parecía una abdicación permitir que el criterio de su esposa se superpusiera al suyo. Al fin, él era el rey y ella su consorte, señora de Montpellier, pero sin ninguna otra prerrogativa que fuera superior a la suya. No obstante, lo que Don Pedro no decía es que su amor hacia Doña María ya no era lo que fue en un principio porque otra mujer se había cruzado en su camino, rompiendo poco a poco el inicial afecto que ambos se tenían. Pero mal juzgaba el rey a María de Montpellier si creía que sus devaneos estaban ocultos, ignorados por ella, la cual bien sabía que su esposo estaba enamorado de Doña María de Montferrato, heredera de Jerusalén. Él nada había insinuado, pero después de más de un año de matrimonio le conocía lo suficiente como para no darse cuenta de sus preferencias mujeriegas, y más aún, cuando ella, recelosa, ya había sufrido con anterioridad dos rudos golpes como el desengaño que, inerme, notaba que se le aproximaba.

Y se consumían los días sin que el rey adoptara ninguna decisión y en tan desabrida disonancia Doña María advirtió a su esposo:

—Ya ha transcurrido más de una semana y es momento de que pensemos en bautizar a nuestro hijo, por lo que debo preguntaros cuál es vuestro propósito.

Don Pedro temió una nueva discusión sobre algo que entre ellos se había vuelto infranqueable. Meditaba, por un lado, que muerto el padre de su esposa en 1205, no pasaba de ser la heredera de aquella población, por lo que no existía posibilidad de mantener discusiones familiares. Evasivo y displicente, contestó;

—Esta noche lo pensaré y mañana, a primera hora, puede que antes de que haya amanecido os daré la respuesta.

Doña María sabía que era inútil forzar la decisión real. Lo advirtió en aquel desprecio con el que pronunció sus palabras. Sin un reproche, sin mediar más se separó, en dirección al dormitorio. Según caminaba por el gran pasillo que debía recorrer, un suspiro se escapó de su garganta cuando miró a un lado, solo unos instantes, la puerta de la habitación de su esposo, que nunca, desde hacía varias semanas, se había abierto para ella. En momento alguno se quejó ni pidió explicaciones al rey, acaso porque no las necesitaba al conocer la segunda vida que su esposo había emprendido. Algo, no obstante, la hacía sentirse fuerte, dura y arrogante y ese algo era aquel recién

nacido, sobre el cual no estaba dispuesta a transigir, ni siquiera ante su esposo. No quería que aquel niño, su único hijo, quedara en manos de las posibles veleidades del rey, cuya traición conyugal ya conocía. El propio Vaticano se lo había comunicado en secreto, manifestándole que el rey, su esposo, había solicitado de Su Santidad que admitiera la repudiación de su mujer, y sabía también que el Papa le había denegado tal petición. Era natural que Doña María se refugiara en lo único propio que tenía, y no admitiría que Jaime, como ella deseaba llamarle, quedase sin amparo en el supuesto de que el rey la sobreviviera. ¿Y por qué aquella maternal inquietud? ¿Qué pensamientos se devanaban en la cabeza de aquella singular mujer? Eran muchas y complejas porque, además de su fracaso sentimental, contaban las continuas intrigas de los nobles, infidelidades a la realeza y las siempre innumerables contiendas, duelos de honor, guerra, ¡muerte! Todo esto influía en su temperamento y por ello, Doña María, conocedora de la realidad de su tiempo y de cuántas y qué graves podían ser las argucias, artimañas y trampas que se prepararan contra su hijo, ansiaba protegerle, defenderle, cobijarle, por esta razón si todo cuanto intuía podía producirse, ella, en secreto, también había adoptado sus propias decisiones;

—Sí, —murmuró con temor, mirando hacia su real cama— sí, nadie conoce mis proyectos y los ejecutaré al más mínimo asomo de rebelión o atentado contra mi hijo. ¡Mal camino emprenderán quienes pensaran en una posibilidad semejante!

Su voz fue un susurro y sin embargo, dirigió la vista hacia la puerta contigua a su habitación, lugar destinado a la primera dama o principal, que cuidaba de ella. Hizo sonar unas palmadas e inmediatamente aquella puerta se abrió, dando paso a su doncella de corte.

—¿Quiere acostarse Su Majestad?

—Sí, sí, creo que por hoy es suficiente.

—¡Con exceso! ¡Aún no hace ni diez días que tuvisteis al niño y ya pretendéis hacer vida normal en la Corte! ¿Sabéis, señora, cómo calificaría yo a esa actitud?

La reina sabía muy bien que cuando su doncella formulaba una pregunta, para la cual ya tenía respuesta, nunca la daba si no se la pedía.

—¿Cómo la calificarías?

—¡Una locura!, ¡Una locura, sí señora!

—Bueno, digamos que eso es porque me consideráis y me queréis, pero pensad un poco en las campesinas, que al día siguiente del alumbramiento ya están realizando sus trabajos normales, ¿por qué debería ser yo una excepción?

—¡Ah, no! —replicó su dama con entonación escandalizada. ¡Es

que resulta que vos no sois una campesina! Y además, deberíais preocuparos de que vuestro hijo crezca sano.

La reina suspiró con resignación, porque para nada quería que su dama le lanzara de nuevo sus ya sabidas reflexiones. Por ello se limitó a explicar;

—El que yo sea reina no significa que no sea mujer y si Dios nos hizo a todos iguales ¿por qué no he de serlo yo con respecto a cualquier otra?

La primera dama fue a responder, pero al observar que su soberana la miraba sonriendo a la vez que colocaba el dedo índice, de forma vertical, sobre sus labios, comprendió que era preferible guardar silencio. Se acercó a la cama, ahuecó las almohadas, separó un tanto la abertura de los cortinajes que la resguardaban y dobló, casi en un perfecto triángulo, el embozo de la ropa. Cuando hubo finalizado con aquellos quehaceres, se dirigió hacia la reina para ayudarla a desnudarse; una vez que casi hubo terminado, Doña María ordenó:

—¿Es que esta noche no me traéis al niño? He de alimentarle ¿o ya lo habíais olvidado? —sonrió con ternura— ¡Por favor!

Aquella consideración, como siempre ocurría, sublevó a su dama, que comenzó con el cantar de siempre;

—¡Esa es otra!, ¿acaso no hay en el reino amas de pecho que podrían criar a vuestro hijo? ¡Pienso que los pechos de una reina son sagrados como, como...!

Al notar Doña María que su dama no encontraba comparación alguna, rió divertida y con malicia adujo:

—¿Por qué decís esas barbaridades? Si los pechos de una reina están al servicio de su rey, ¿no piensas que mi hijo también ceñirá la corona y tiene a ellos todo derecho como su padre?

La sirvienta se quedó mirándola de frente, entre ruborizada y muda. Ni siquiera inició ademán alguno ni pronunció palabra. Parecía como si no pudiera reaccionar. Se diría que ambas se entendieron con solo aquella mirada, porque salió de la habitación para volver de inmediato con el pequeño.

—¡Está dormido! —advirtió a la madre.

—No lo despertaré. Estos angelitos son capaces de chupar sin despertarse. Cuando finalice te llamaré para que le volváis a acostar. Después terminaréis conmigo.

—La dama se retiró dejando sola a Doña María para que con libertad atendiera a sus deberes maternales, que ella misma se había impuesto. A ella no le servían los ejemplos de otras reinas y princesas con respecto a la crianza de sus hijos. Cuando acabó llamó a su dama.

—¡Ya está! ¿Podéis acostarlo? Y ¡ah! —advirtió—, no hace falta que le recostéis dándole golpecitos en la espalda porque ya ha

eructado.

Poco después, apagadas las luces de lámparas y velones, tendida en la cama, estuvo mucho tiempo con los ojos abiertos. Las cortinas que circundaban su lecho solo le proporcionaban oscuridad; decidió correrlas, lo suficiente para poder mirar desde allí el estrellado cielo de Montpellier, por la abierta ventana, en aquella noche apacible y poco fría a pesar de la época del año. Abstraída en aquella contemplación, los pensamientos, aquellos tristes pensamientos que desde hacía algún tiempo la apresaban, iniciaron su sigiloso caminar por la mente femenina. Se dio cuenta a tiempo y exclamó:

—¡No, señor mío!, ¡No me permitas ser débil ahora, en estos momentos tan difíciles para mi vida, sino al contrario, orienta a mi esposo para que la decisión que adopte sea la más conforme a Tu voluntad, porque mi insistencia, Dios mío, no es, como sabes, por contradecir al rey, sino porque Tú mismo así lo has deseado!

Cuando el rey estuvo solo se sentó en uno de los sillones, chascó los dedos y al instante tuvo a su lado un imponente mastín de los Pirineos que, dócilmente, con húmeda mirada, elevó su vista hacia su amo, quien, de forma casi impensada, le acarició la cabeza. El perro se sentó sobre sus patas traseras esperando acaso alguna nueva orden pero Don Pedro estaba absorto con sus meditaciones. —Pronto será el bautizo —recordaba que le había dicho su esposa— ¡Qué caprichosa...! ¿Llamar Jaime al niño? —se continuaba diciendo—. ¿Y todo porque con él se iniciaría una nueva dinastía? Y yo me pregunto: ¿qué tiene de nefasta la mía? ¿No sería preferible continuarla, ahora, directamente, sin esperar nacimientos futuros? En su callado monólogo, el rey también pensó que no convenía enzarzarse en una lucha familiar entre él, por una parte, y por otra, su esposa y el clero, que bien sabía que estaba más a favor de ella que del rey mismo.

El mastín bostezó, aburrido por tanto silencio y monotonía de las caricias que recibía.

—Caben dos soluciones para resolver este inútil conflicto de una vez —concluyó el rey, después de sus prolongadas cavilaciones—. La primera dejar que sea la voluntad de mi esposa la que decida. Pero ¡no! —rechazó con silencioso gesto negativo. Eso no debe permitirlo un rey. Según esto, la segunda posibilidad sería la de imponer mi criterio, lo que ciertamente provocaría las iras de ella y su corte.

Don Pedro no estaba convencido del acierto de ninguna de sus conclusiones. Perdida la mirada sobre cuanto le rodeaba en aquel salón, su vista quedó prendada en la gran lámpara de hierro que sostenía gruesas velas, observando que unas estaban más gastadas que otras. Aquello, sin saber la razón, cautivó su atención y como una mariposa que se hace más grande cuanto más se nos acerca, la idea

comenzó a cuajar en su cerebro. Dejó de acariciar al mastín y con cierto nerviosismo, se puso en pie, exclamando:

—¡Así será! Que ni ella ni yo decidamos, sino el Destino o la Providencia. Mi esposa es muy dada al culto divino y tiene una firme convicción religiosa. ¡Pues bien! ¡Que sea Dios quién decida el nombre del niño! Estoy seguro de que esto agradará tanto a ella como a sus prelados y abates.

Doña María ya había visto el clarear del nuevo día y se preparaba para acudir, como hacía siempre, al culto divino en la iglesia del palacio. Unos golpes en la puerta de su habitación le obligaron a preguntar:

—¿Quién es?

—El rey.

Doña María no le hizo esperar, permitiéndole enseguida la entrada. Se quedó de pie, ante él, esperando la respuesta que tan en el aire había quedado la noche anterior.

—Pues bien, señora. Si ayer os prometí que decidiría, ya lo he hecho.

El anhelo se reflejaba en el rostro de Doña María, provocado por las indeterminadas palabras de su esposo.

—He pensado —continuó diciendo él—, que en este asunto no vamos a decidir ni vos ni yo. Creo que poner un nombre a nuestro hijo no debe distanciarnos o ¡al menos, no debe distanciarnos más! Y por esta y otras razones que ahora no son del caso, quiero que sean los Cielos quienes determinen cuál ha de ser ese nombre.

Doña María se quedó sorprendida e incluso, desconcertada, ante la actitud adoptada. Preguntó:

—¿Y cómo ha pensado mi rey la forma en que los Cielos hablan?

Don Pedro miró con distracción hacia la ventana abierta y como si no se refiriese a su esposa, respondió:

—Según la Biblia, doce eran los apóstoles que acompañaron a Jesús. Entre esos doce nombres están el de Pedro, es decir, el mío y el de Santiago, que para los catalanes equivale a Jaime. ¿Estáis de acuerdo?

Ella afirmó siguiendo con interés el razonamiento de su esposo, sin intentar interrumpirlo.

—Colocaremos doce velas ante el altar, doce velas que serán asidua y continuamente custodiadas tanto por hombres de la guardia real de mi confianza, como por los clérigos que vos designéis para que no exista posibilidad alguna de que deje de arder cualquiera de los velones; cada uno de ellos tendrá el nombre de uno de los apóstoles. La vela que tarde más en consumirse, esa determinará el nombre que pondremos a nuestro hijo.

El rey se dio cuenta inmediatamente de la preocupación de su esposa, por lo que antes de que ella mediase añadió:

—¡Ya sé lo que pensáis!, pero no inquietaros. Las velas tendrán igual longitud y grosor y estarán elaboradas con el mismo material, apartándolas de cualquier posible corriente de aire que obligue a arder a unas más que a otras, ¿os parece correcta la forma de proceder?

Doña María sintió que la alegría se desbordaba de su corazón, porque ante la esperada intransigencia de su esposo, había acudido a una solución inteligente que la hacía feliz pero aquella felicidad no podía exteriorizarla con excesiva efusión para que el rey no se desdijera de lo proyectado.

—Si el rey así lo ha decidido, así también yo lo acepto.

Don Pedro suspiró aliviado por aquella sumisión que alejaba definitivamente el particular duelo que ambos habían sostenido durante varios días.

Los monarcas se encaminaron a la capilla de palacio para dar a conocer su decisión al abad, a quien ya le estaba causando extrañeza la tardanza que estaba produciéndose con aquel rito.

Conocidos los reales deseos, se dispusieron, junto al altar, doce candelabros de pie, signando cada uno de ellos con el nombre de un apóstol. Encima, luego de comprobada la igualdad de todas, se colocaron las velas. Bajo la atenta mirada de los guardianes, elegidos personalmente por el rey, y de cuatro clérigos designados por la reina, personal que se turnaría en igual número, si así lo exigía la combustión, se prendió fuego a cada una de las torcidas al mismo tiempo. Comprobada la exactitud e igualdad con que se había desarrollado la idea real, ambos monarcas abandonaron la capilla.

Aquel día, para Don Pedro, no tenía ninguna relevancia; era como otro cualquiera, una vez resuelto el problema del bautizo. Lo contrario de lo que ocurría con Doña María, que caminaba alterada e inquieta por los diversos salones del castillo. En ocasiones visitaba la capilla para saber qué estaba aconteciendo con las velas; no notaba diferencia en la consumición de las mismas y esto la ponía más nerviosa. Allí, firmes y silenciosos permanecían los cuatro guardias y los otros tantos clérigos, como formando parte de la imaginería.

Durante el almuerzo, aunque Doña María se sentó frente al rey, no existió conversación entre ellos. Él, preocupado por las contiendas y asiduos levantamientos que estaba provocando la nobleza, capaz de cualquier acción por lograr cada vez más poder del que ya poseían. En otros momentos porque sus ideas se encaminaban hacia María de Montferrato. ¡Ah, si las mentes se pudiesen leer...! Y como Don Pedro no parecía de buen talante, tampoco ella se sentía con ánimo para iniciar conversación alguna, pendiente tan solo del acontecimiento que en esos mismos instantes se estaba produciendo.

Ni una sola vez se acercó el rey a la iglesia, mientras que fueron numerosas las que efectuó la reina, sin que nada indicara una pronta resolución. La igualdad era casi absoluta entre los prendidos cirios. Se encaminó a su habitación, y con perdida mirada dejó que su interior reflexionara sobre su vida. Tenía entonces casi veintiocho años y podría decir que en casi ninguno de ellos había sido feliz. ¡No! —rechazó—. ¡No, ninguno no! Porque aunque pequeñas, existieron también algunas vivencias satisfactorias. Recordó la primera vez que se casó. Fue con el vizconde de Marsella y resultó muy penoso para ella que muriera tan pronto. Viuda ya, y sin descendencia, a instancias de su padre se volvió a casar con Don Bernardo de Cominges, por el que fue repudiada a los siete años de casada. Su última boda la había celebrado con Don Pedro en 1204, siendo ya la heredera de Montpellier, pero tampoco este matrimonio fue como ella esperaba, y menos aún que en sigilo el rey también pretendiera repudiarla, por aquel trivial amor que hacía obrar así, por entonces, a los reyes. Todas estas circunstancias habían marcado su vida lo suficiente como para no tener más visión, más horizonte, o si se quiere, más refugio que el de su hijo y la fe religiosa. ¡Estaba hastiada de la vida cortesana, de sus intrigas, falsedades, desengaños y confabulaciones! Por todo aquello, por ignorar un mundo que se le hacía aborrecible, había puesto todas sus simpatías en el Papa Inocencio III al que consideraba su único valedor, dado su recio e indomable carácter.

Volvió a salir hacia el gran salón de palacio cuando se encontró con uno de los monjes que caminaba en su busca.

—Majestad, el prior me envía para que le avise de que casi todas las velas se están consumiendo y le ruega que acuda a la capilla.

—¿Lo sabe también el rey?

—Sí, Majestad, lo sabe.

En el pasillo que conducía hacia la iglesia se volvieron a encontrar ambos monarcas. Se miraron pero entre ellos tampoco hubo comentario alguno. Las cosas y las personas seguían inmutables en el lugar, a excepción de las doce velas de los candelabros. En su presencia se consumieron las de Juan, Judas y Tomás; otras continuaron ardiendo lánguidamente y ambos esperaron el desenlace. Poco después se apagó la de Pedro y así una tras otra hasta que solo quedó brillando, con alguna diferencia sobre las demás, la que tenía asignada el nombre de Santiago.

La reina suspiró con alivio. ¡Era Él quién había decidido el nombre de su hijo! El rey ni siquiera se inmutó. Con indiferencia, dijo, refiriéndose a los clérigos que allí se encontraban.

—Decid al abad que el nombre de mi hijo será el de Jaime. Que prepare lo necesario para celebrar lo más inmediatamente posible el bautizo.

Y así fue como en la Historia de España surgió de la ciudad de Montpellier el indiscutible héroe de la reconquista, y cuyo nombre fue decidido por doce velas.

II

La infancia de Don Jaime no fue cómoda ni tranquila. Es natural que durante sus primeros años careciese de la conciencia necesaria sobre todo cuanto acontecía a su alrededor. Bajo la permanente custodia de su madre y los celosos cuidados que le prodigaban las damas de cámara, él se sentía feliz, ignorante de las rebeldías y levantamientos de unos u otros nobles. No recordaba, porque tampoco sus sentidos se encontraban desarrollados aún, cuántas veces su madre le había abrazado, con el llanto en los ojos, como si de aquella manera pudiera impedir que algo fatal le ocurriera. El niño ignoraba las intrigas de la corte y en su inocencia se acercaba, siempre riendo, a cuantos nobles acudían al palacio, sin pensar en su inconsciencia infantil, que en ocasiones se aproximaba y dejaba acariciar por acérrimos enemigos tanto de sus padres como de él mismo.

Transcurrieron unos pocos años, tan solo tres. En la cabeza de Don Jaime, borrosa la imagen por tan temprana edad, parecía querer reproducirse su padre, vestido con armadura y algo que fue lo que más impacto le causó: el yelmo. Era impresionante, como una cabeza de monstruo. El niño, cada vez que veía aquella parte de la armadura, se amilanaba y lloraba. Tanto debió ser el sobresalto que acaso, aquella idea de la niñez le sugiriera el que utilizó él mismo en posteriores contiendas.

Aquella mañana existía en el castillo un notorio movimiento. Habían aparecido multitud de soldados y por el pasillo caminaban los notables del reino. Su padre, Pedro II, llamado por unos de Aragón, y por otros, el Católico, les había ordenado reunirse con él para ultimar los detalles de la próxima expedición guerrera.

El conde Don Simón de Montfort había ido adquiriendo especial relevancia y fortaleza, hasta el extremo de originar cierto temor en Don Pedro II. Ante las continuas luchas que sostenía contra los albigenses, pensó que el poderío del señor de Montfort representaba un peligro que debía eliminar o, por lo menos, disipar. ¡Pero he aquí el gran error en el que incurrió el rey! A fin de eliminar los conflictos posesorios, ambos llegaron al acuerdo de que el hijo de Don Pedro,

Don Jaime, se casaría con la hija del citado conde, siempre que Don Jaime fuese entregado como rehén al conde. Y así lo firmaron Don Simón de Montfort y el rey Don Pedro. Claro es que esta extraña combinación no nació solamente por el alto rango alcanzado por el conde, sino por otras situaciones más sutiles, sinuosas e incomprensibles. Don Simón de Montfort, tanto por su propio título como por la leal y enconada lucha mantenida durante las Cruzadas, sirviendo con ello a las peticiones del Papa Inocencio III y posteriormente aliado con el rey de Francia, adquirió, como decimos, no solo gran prestigio, sino también poder político. El trono de Don Pedro se tambaleó ante tan inquietante noble y por ello, accedió a parlamentar con él en Carcasona, cuyo señorío pertenecía a la Corona de Aragón y que, sin embargo, el Papa, un tanto veleidosamente, había adjudicado al noble francés, privando así a Don Pedro de una parte de su territorio. Estos fueron los detonantes que provocaron la firma del acuerdo y con él, ¿qué pretendía el conde de Montfort?, pues que no habiendo obtenido el reconocimiento de las tierras otorgadas por el Papa, arrebatadas al rey aragonés, este accedía a una futura unión de nobleza y territorios, así como se aseguraba, al mantener a Don Jaime como rehén, que nunca se lanzaría a la guerra en su contra.

Aquellos levantamientos, luchas internas, apetencias de territorios, nobleza cruel, dispuesta siempre a una sublevación e interviniendo, además, en todas aquellas cuestiones el mismo papado, es lo que atemorizaba a Doña María de Montpellier. Algo le hacía presentir que las infidelidades de nobles y señores iban a repercutir no ya en ella sino en su propio hijo.

Y la señora de Montpellier, para su desgracia, acertó en tan oscuros presentimientos. Su esposo, con tal de conservar los territorios de Carcasona y Béziers para la Corona de Aragón, sin contar para nada con ella, había firmado aquel maldito pacto a sus espaldas. ¡Una verdadera traición! Perder a su hijo era algo que jamás podría soportar. Era lo único que la mantenía viva, con alguna felicidad y ¿hasta eso querían arrebatarle los llamados intereses de Estado?

La entrega de su hijo la destrozó tanto en lo físico como en lo moral pero no obstante, con aquella entereza que sabía obtener de su propia debilidad, aparentó una frialdad y demostró tan gran energía que nadie pensó pudiera resistir. — ¡Sí! —se decía ella—, ahora os lo lleváis, pero lucharé, utilizaré cuantos medios tenga a mi alcance para que tengáis que devolvérmelo, ¡a pesar de vuestro silencioso e inicuo pacto!—.

Y mientras forjaba aquel propósito, aceptó la cortesía de quienes se llevaban a su hijo. Con helada indiferencia escuchó decir al conde de Montfort:

—¡Señora, quedad tranquila! No os preocupéis por la suerte de vuestro hijo. Cuando queráis sois muy libre de visitarle e incluso nada se opondrá a que vos le tengáis aquí por algunas temporadas. ¡Os aseguro que será tratado como hijo nuestro y que recibirá la formación que se requiere para ceñir la Corona de Aragón!

¡Las migajas! ¡Eso es lo que le daban de su propio hijo! ¿Qué otra cosa le podían ofrecer aquellos hombres cuya mira solo se centraba en poseer más, y más aún? Interiormente maldijo aquel absurdo pacto firmado en la mencionada ciudad francesa el 27 de enero de 1211. ¡Ya podía decirle inútiles frases de consuelo! ¡Para ella no podía existir nada que le dulcificara tan amargo trance!, porque no era tan ingenua como para no comprender que su hijo acudía al castillo de Leicester, no como el conde aparentaba manifestar, sino como prenda viva, como rehén en manos enemigas, como una protección que hábilmente se procuraba el señor de Montfort.

—¡Es tan pequeño aún! ¡Solo son tres los años que tiene!

El conde esbozó una sonrisa a la vez que intentaba animar:

—Acaso convenga más a los intereses de vuestro esposo y míos, el que así sea. Crecerá junto a mi hija Amicia y con el transcurso de pocos años llegarán a sentir un mutuo afecto que servirá, sin duda, de verdadera cadena para unirles en matrimonio.

La señora de Montpellier no tuvo fuerzas para decir nada porque de nada serviría cuanto manifestase. Don Pedro acudió al final de la visita, sólo para abrazar por última vez a su hijo y decirle al señor de Montfort:

—¡Como hijo del rey os lo entrego y como a tal confío en que lo consideréis!

Don Simón de Montfort hizo una reverencia y confirmó:

—¡Así será Majestad!

La carroza inició el viaje, dejando detrás a dos padres apenados y sobre todo a una madre hundida en su desolación.

A partir de aquel triste acontecimiento Doña María adoptó definitivamente su resolución, la misma que ya había previsto en anteriores ocasiones. Aquella noche, decidida a todo, incluso a oponerse al mandato de su esposo, le dijo:

—¡Señor, quiero haceros saber que mañana saldré de viaje para Roma!

Su esposo la miró con sorpresa, porque nunca antes había tomado decisión alguna sin que antes le consultara.

—¿Pensáis entrevistaros con el Papa?

—Así es.

—¿Por lo sucedido con nuestro hijo?

—¡Por supuesto que sí! En mis circunstancias decidme qué haría una madre a la que arrebatan lo único que tiene. ¡Claro que sí, señor! —Y fue entonces cuando manifestó todo su desdén—: ¡Jamás imaginé que

el rey, con tal de proteger unos territorios, fuese capaz de entregar parte de su sangre a un extraño! ¡Creedme! ¡Jamás!
Don Pedro sintió que aquellas palabras se clavaban en el pecho como puñales. Ella no parecía darse cuenta de que también para él había representado un sacrificio separarse del niño pero en sus circunstancias, ¡peligrosas circunstancias!, ¿qué otra cosa podía hacer? Sin mirarla, replicó:
—¡Señora, haced lo que gustéis! ¡No impediré ese viaje si con él consideráis que podéis obtener alguna solución a nuestro conflicto!
Desconocía que si alguna posibilidad existía para la difícil encrucijada, esta solo podía obtenerla su esposa, ante el influyente Papa. Y añadió reflexionando con voz audible:
—El conde de Montfort está muy seguro de que con el convenio que hemos firmado nos tiene atados, lo cual demuestra el poco conocimiento que tiene de mi persona porque os aseguro que cuando más confiado se encuentre, le atacaré recuperando no solo a mi hijo, sino también los territorios que tan injustamente me han sido arrebatados.
—¡Pero así —adujo Doña María con rapidez— expondríais la vida de nuestro hijo! ¿Por qué pensáis que se lo ha llevado?, ¡Sólo para eso, para protegerse de vos!
Don Pedro levantó la mano trazando con ella un ambiguo gesto, como queriendo manifestarle que ella no entendía de aquellas cosas. Si alguna vacilación hubiera existido en la señora de Montpellier, las frases de su marido sirvieron para afianzar más aún su decisión de dirigirse a Roma.
El Papa Inocencio III quedó debidamente informado de todos los sucesos ocurridos a Doña María de Montpellier, y sintiendo indignación porque el rey Pedro II no había acatado sus órdenes de respetar al conde de Leicester, don Simón de Montfort, y un extremado cariño hacía la suplicante madre que como único refugio, a él había acudido, determinó poner a Don Jaime I bajo la protección de la Santa Sede. Doña María, con aquella respuesta se sintió satisfecha y feliz. De nuevo, el Papa había impedido que se quebraran sus ilusiones. Se opuso a la repudiación que contra ella solicitaba su esposo, con el fin de contraer, seguramente, matrimonio con Doña María Montferrato, y ahora le devolvía la esperanza de volver a tener a su hijo porque su esposo no se atrevería a un abierto enfrentamiento con la Santa Sede ¡Ni tampoco don Simón de Montfort! Pero lo que ella ignoraba es que tanto sufrimiento, tantas malhadadas artes durante su reinado la habían enfermado. Acudieron los más acreditados médicos de la capital romana pero tuvieron que admitir que, para su ciencia, la enfermedad de la señora de Montpellier no tenía cura. Ella, siempre observadora, se dio cuenta de su estado y

temiéndolo, preguntó inmersa en esa pétrea palidez que produce anticipadamente la enfermedad:
—¿Moriré pronto?
Al ver que no contestaban a su interrogatorio, insistió:
—¿Moriré pronto? ¿Tendré tiempo aún de volver a ver a mi hijo?
Fue el propio Papa Inocencio, quien viendo tanta desventura en Doña María quiso serle sincero y contestó a sus interrogantes:
—¡Señora! ¡El destino de Dios parece que no va a permitiros regresar a vuestra tierra! Dicen mis médicos que no existiréis algo más de unos días.
Las lágrimas brotaron de los ojos de la insigne dama, no ya por la proximidad de su fin sino por no poder abrazar, aunque fuese por última vez, a su hijo. Se dirigió de nuevo al Papa y preguntó:
—¿Mantenéis vuestro compromiso de cuidar de mi niño? —y ante su afirmación silenciosa, pidió— ¡Por favor!, ¿queréis enviarme un escribano?
Se cumplieron sus deseos y en 1213 Doña María de Montpellier otorgó testamento a favor de su hijo, nombrándole señor de aquella ciudad y colocándolo bajo los buenos auspicios del papado.

Transcurrieron dos años desde que ambos nobles habían convenido aquella atroz tregua pero la impaciencia de Don Pedro era cada vez mayor, no solo por recuperar a su hijo, sino por retener sus territorios, y bajo aquella ceguera, apoyado por los albigenses, decidió atacar a don Simón de Montfort en la batalla de Muret. La precipitación del rey aragonés fue su destrucción, ya que no esperó a los refuerzos que le enviaban los señores de Rosellón y Moncada, por lo que con exiguas fuerzas intentó vencer al ejército del noble francés, lo que no solo no consiguió, sino que en el mismo campo de batalla fue muerto por el citado señor de Montfort.
Dice la historia que aún retuvo el señor de Leicester a Jaime I hasta el año 1213, fecha en la que fallecía su querida madre, pero viendo que corría peligro, un peligro serio o inminente, ante las protestas que cada vez eran más crecientes de los catalanes y aragoneses, reclamando que le entregaran a su rey y, por otra parte, la orden cursada por el Papa exigiéndole que cumpliera con la voluntad de la Santa Sede, bajo cuya custodia había quedado el pequeño, don Simón de Montfort no tuvo más remedio que acceder, procediendo a la entrega real en Narbona a los barones catalanes que a tal fin habían acudido a la ciudad.
Ni que decir tiene que, dada la poca edad del rey, fueron muchos los nobles que intentaron destronarlo, incluso acechando su muerte. Los barones catalanes, capitaneados por el abad de Montearagón, tío del rey, y los aragoneses, dirigidos por el de Moncada, fueron los más

destacados enemigos del monarca. ¡Qué cruel forma de vida! ¡Qué de ambiciones! ¡Cuántas traiciones por obtener un efímero imperio, reino o territorio! Pero alguien oculto entre las sombras parecía ir allanando el difícil camino del rey. Era la mano tendida hacia la salvación de un infierno de apetencias y querencias sucias y ladinas. Era, en definitiva, el poderoso brazo del cardenal Benavente el que se encargó de la protección real, y quien dispuso con buen criterio que el niño quedase al cuidado y educación del Maestro de los Templarios: don Guillém de Montredón. La decisión fue perfectamente recibida por aquella orden, disponiendo que Jaime I fuese ingresado en el castillo de Monzón, mientras que su reino, durante el tiempo en que durase su formación quedaba regentado por su tío, el conde de Rosellón.

Niño aún, inició el duro aprendizaje de humanidades y el arte de guerrear. Los monjes-soldados le protegían y daban clase con verdadero cariño e ilusión, al tener próximos al futuro rey de Aragón, y a la vez, por la ternura que les producía un rey huérfano a tan temprana edad. Aún no tenía diez años cuando sus manos ya manejaban la espada. En un principio recordaba que le facilitaron una pequeña. Las enseñanzas las practicaba el propio Mestre Templario, don Guillém de Montredón. Un día bajaron a la plaza de armas, donde existía el utillaje necesario para practicar la lucha. Las armas se recogían en un recinto próximo, cuidándolas con esmero y profesionalidad. El gran maestro señaló a Don Jaime un grueso tronco, asentado sobre dos trípodes, marcado por infinidad de muescas y le dijo:

—¡Acuchíllalo!

El niño pensó que aquello era una tontería y más que por ganas, por complacer a su mentor, levantó la pequeña espada, dejándola caer, con fuerza, contra el tronco. ¡Nunca esperaba lo que ocurrió porque notó una fuerte sacudida en los brazos, un terrible dolor en las muñecas, a la vez que su arma, como dotada de vida, cimbreante aún, salía despedida por los aires! Guillém de Montredón, ante el asombro del niño, rió estrepitosamente.

—¡No os lo esperabais!, ¿eh? —contenía con dificultad las carcajadas porque nada había peor para Don Jaime que sentirse ridiculizado por alguien—. ¡Hay que tener mucha fuerza para clavar el filo de la espada en esa madera! Es un ejercicio que repetiremos todos los días si queréis endurecer debidamente los huesos de las manos y brazos. Cuando esta prueba haya quedado superada, efectuaréis el acuchillamiento sobre un tarugo de igual tamaño, colgado, a fin de que resistáis el impacto y el equilibrio, y así, poco a poco, iremos adquiriendo la necesaria destreza con las otras armas.

Volvían hacia el interior del castillo cuando su instructor se dirigió a él para decirle:

—¡Recordad siempre que es necesario, en una batalla, que los golpes de espada sean duros y firmes! ¡Hay que matar porque una herida convertiría en una fiera rabiosa al enemigo que habéis atacado!
Y con aquellos consejos y continuos entrenamientos comenzó el rey Don Jaime su vida. Con los Templarios estuvo algo más de cuatro años y logró aprender las primeras letras y bastante de la lucha, hasta conseguir que la pequeña espada no se le escapara de las manos y se clavara en aquel duro tronco. Cuando lo hizo, miró a su mentor y se sintió feliz. Pero al día siguiente le entregaron un arma nueva, un espadón que en nada se asemejaba al que hasta entonces utilizaba. Al asir el arma precisó la fuerza de ambos brazos para intentar moverla. Después de diversos esfuerzos, exclamó rendido:
—¡Es imposible levantar este acero!
El templario sonrió. Tomó la espada con una sola mano y la elevó en el aire, para abatirla, formando un medio arco, contra el duro madero, donde quedó incrustada. El niño miró con admiración a su profesor, quien también dirigió la mirada a su pupilo y explico:
—¡La anterior era de niño! ¡Esta que debéis utilizar es la de un guerrero, una verdadera espada de combate! Debéis entrenaros para ser capaz de utilizarla con una sola mano porque en el combate, en esa lucha encarnizada en la que nos debatimos, necesitaréis el auxilio de la otra mano para guareceros con el escudo y dominar las riendas de la cabalgadura.
Y así, paulatinamente, bajo la protección de aquella orden militar-religiosa, es como Don Jaime I fue adquiriendo los conocimientos que en el futuro precisaría para acometer las empresas guerreras en las que muy pronto se vería inmerso. Aprendió el dominio del caballo, a tirar con arco, a manejar la pica, la lanza y las mazas.
Era todavía muy joven cuando considerándose preparado asumió su condición real y en 1220, por decisión del Papa Gregorio, contrajo matrimonio con Doña Leonor, hija de Alfonso VIII de Castilla. ¡Doce años tan sólo!... Por aquel entonces aún persistían los levantamientos de los nobles, provocando continuas escaramuzas que Jaime I tenía que sofocar, unas veces mediante la negociación y otras, por la violencia de las armas.
A los mencionados doce años el rey casi estaba curtido ya en la guerra y fue él quién ordenó fabricar y templar su espada, un arma descomunal que logró manejar con destreza y con una sola mano, como le habían enseñado los templarios, cuando otros hombres, ya avezados, apenas si podían levantarla con holgura. El rey ya sabía que el éxito de su persona se encontraba en manejar las armas más y mejor que sus caballeros y a esa perfección dedicaba sus no muy numerosos ratos libres. Aborrecía la armadura, porque si bien era un refugio seguro contra flechas y espadas, le impedían agilidad y lo que

más le preocupaba era ser derribado del caballo con ella puesta, porque sabía que no podría levantarse del suelo sin ayuda, convirtiéndose así en fácil presa. Consideraba que aquel amasijo de hierros, lleno de placas, articulaciones y complejidades era adecuado para el asedio a una fortaleza, porque le protegía de algún dardo, venablo o piedra. Dentro de aquel ambiente de continua tensión, Don Jaime no tenía más ambición ni propósito que la guerra. Y así lo pudo comprender muy pronto su joven esposa Doña Leonor, razón por la que, como cualquier mujer en su tiempo, no se podía sentir feliz con el matrimonio celebrado. Acaso en aquella falta de amor entre ambos existiera la sombra de su lejano parentesco con el rey. A pesar de la mala avenencia matrimonial, Doña Leonor sí tuvo descendencia, el infante Don Alfonso, primogénito de la Corona.

Quizá deba resaltarse que uno de los peores momentos del rey Don Jaime se produjo con motivo de la disputa que sostuvo con el noble aragonés don Pedro de Ahonés. Se caracterizaba este por la adustez de su carácter y por la continua oposición que ofrecía al rey, por lo que Jaime I, harto de tanto conciliábulo y permanente enfrentamiento determinó zanjar aquella patente enemistad. El noble aragonés fue requerido por el rey, y al parecer, tan maltrecha y violenta fue la discusión, que llegaron a retarse en combate, un combate que se produjo allí mismo, en el salón. El rey tomó su templada espada y el aragonés se aprestó a la lucha. Pensó que era muy joven el enemigo que tenía enfrente. ¡Quizá aún no tuviera los dieciocho años! Pero a los primeros embates, Pedro de Ahonés comprendió que no podría resistir por mucho tiempo los mandobles de aquella temida espada real, por lo que la lucha finalizó a los pocos momentos de haberse iniciado. El rey quedó satisfecho por la lección que había proporcionado a su levantisco noble y consideró que aquella cuestión había quedado definitivamente terminada, pero no por aquel episodio don Pedro de Ahonés renunció a llevar por sí solo la conquista del Reino de Valencia. ¡Ya tenía suficiente el rey con serlo de Cataluña y Aragón! ¿Por qué no podía acometer él aquella empresa? ¡Si su campaña tenía éxito, obtendría tierras, bienes, y sobre todo, un reino! Y con este convencimiento, mediante falsedades e intrigas, logró que el ejército, al fin, se sublevara contra el rey. Pronto tuvo noticias de estos hechos Don Jaime, quien ante tanta rebeldía, ordenó que aquel fuese detenido y se le trajera a su presencia. No tuvo suerte porque un confidente alertó a don Pedro del mandato, y conocedor de la inflexibilidad del monarca en cuestión de conspiraciones, emprendió la huida hacia el castillo de Cutanda, propiedad de su hermano, el entonces obispo de Zaragoza. Don Jaime, al tener conocimientos de lo sucedido, mandó comparecer a don Sancho Martín de Luna, prócer de su total confianza. Le explicó las intenciones del aragonés, y al final

determinó:
—¡Ya estáis informado! ¡Comprenderéis que no puedo consentir que ese hombre permanezca entre nosotros! ¡Ahora ha huido, como traidor que es!, pero eso no significa que no intente de nuevo la sublevación. Según las informaciones que tengo se dirige al castillo de Cutanda. ¡Preciso, pues, que me lo traigáis vivo, si puede ser!
—¿Y si no se deja apresar?
—¡Matadlo! —fue la seca respuesta.
Declinaba la iluminación del día cuando don Sancho Martín y su escudero avistaron a don Pedro de Ahonés, quien cerca ya del castillo de su pariente se consideraba a salvo de las iras del rey aragonés, y por esta razón, cabalgaba confiado. Fue entonces, cuando desde el bosque cercano, escuchó un perentorio grito, ordenándole:
—¡Deteneos, en nombre del rey Don Jaime!
La decisión fue inmediata: intentar la huida y acogerse a la protección de los recios muros que tenía ya a la vista. Martín de Luna reaccionó enseguida. Picó espuelas y salió en persecución del huido. La distancia entre ambos se iba acortando.
—¡Deteneos! —volvió a gritar Martín de Luna.
El perseguido no hizo ningún caso. Entonces, el perseguidor tomó un venablo, enarcó el brazo y lo lanzó con fuerza hacia don Pedro de Ahonés. Su disparo fue tan certero que atravesó el cuerpo del insurrecto, y cuando Martín de Luna llegó hasta el caído, este ya había muerto.
En realidad puede decirse que Jaime I no apaciguó todas aquellas internas luchas hasta el año 1227. Lograda tan difícil avenencia, cercano ya a los veintiún años, en 1228, inicia su leyenda de rey Conquistador, acudiendo con sus hombres a liberar Mallorca. Por otro lado, su vida sentimental había fracasado estrepitosamente, por lo que su matrimonio fue anulado, por parentesco, siendo el propio Papa Gregorio IX quien decidió unir en nuevos esponsales al monarca aragonés con la hija de Andrés II de Hungría, llamada Yolanda, pero que en su acepción castellana era el equivalente a Doña Violante, boda que se celebraba en Barcelona el 8 de septiembre de 1235, lo cual significa que el rey estuvo casado con Doña Leonor algo menos de catorce años.
Pero vamos a referirnos, precisamente, a este periodo en que el rey Don Jaime, ya casado con Doña Violante, comienza la conquista del Reino de Valencia, que en definitiva, es el núcleo de este libro, olvidando, intencionadamente, el resto de la vida del monarca aunque en algún momento nombremos tanto a sus respectivas esposas, como al número de sus descendientes, ya que todo ello dio lugar a una nefasta serie de particiones del Reino e incluso pactos con el rey de Francia, renunciando a los territorios pertenecientes a la corona

catalano-aragonesa, en el sur del país vecino, a cambio de aquellos otros catalanes que la corona francesa consideraba como propios.

III

El mar se detenía entre las amarillas partículas de arena. La playa se extendía a lo largo de la ciudad, brillando a trechos, como si de una bóveda celeste se tratara, al resultar heridas las pequeñas esquirlas de cuarzo por el fuerte sol. En otros lugares, la limpieza de la arena no era tan acusada, ya que a tramos se utilizaba para carenar las pequeñas barcas, limpiarlas y descargar la pesca diaria. Desde la playa, al fondo, el inmenso mar de Levante, el Mediterráneo, se rompía en luminosas culebrinas, reflejándose como espejos. Circundaba el mar la altiva montaña, atalaya que parecía introducirse en él, sobre cuya cimera se alzaba el muro del gran castillo-fortaleza que en vigía permanente, oteaba no solo los límites del mar hasta donde era posible, sino todo el horizonte de tierra que se extendía a su espalda. El recinto amurallado protegía, desde la altitud de la roca sobre la que se asentaba, a la ciudad de Alicante, en aquel entonces muy diferente a la actual, como bien puede suponerse. Las aguas alcanzaban al hoy denominado Portal de Elche y ni existían sus actuales puertos ni el Paseo Marítimo o Explanada. Era la roca, la que desde su base contenía las tranquilas aguas mediterráneas y así, el monte llamado hoy Benacantil, tenía su lindero en el mismo Mediterráneo. La ciudad era una verdadera población mora, con blancas casas de una sola planta y bóvedas encaladas, y muchas de ellas, las señoriales o pertenecientes a lo que podríamos considerar la nobleza árabe, poseían un desahogado y amplio patio, normalmente con arcadas, a las que trepaban multitud de plantas y yedras confundidas con las flores. Las fuentes de alabastro dejaban caer los finos chorros de agua, que como rayos plateados o dorados se

estrellaban en el recipiente que los recogía.
La ciudad de Alicante se albergaba y cobijaba a la sombra de su recio castillo, símbolo de su asentamiento sarraceno, y en la roca que le servía de cimentación la naturaleza se había permitido esculpir, con el transcurso de muchos años, el perfil de una cabeza mora. Cualquiera que acuda a esta población aún podrá ver la denominada cara del moro en el citado castillo. En lo alto, la bandera de la media luna se cimbreaba en la Torre del Homenaje.
En aquel claro día levantino, el gobernador musulmán del castillo se sentía dichoso. Su granadina esposa, la favorita, terminaba de dar a luz un niño. El recinto se engalanó para recibir a cuantos visitantes acudieron con ocasión del fausto acontecimiento. Allí asistieron los jefes moros, señores de los castillos de Penàguila, Pego, Benidorm, Polop, Callosa, y otros muchos dignatarios cuya cita sería inacabable. El siglo XIII había caminado ya algunos años pero no muchos desde el nacimiento del rey aragonés.
Albenzaida decidió denominar a su hijo, según la tradición árabe, con el nombre de Abdallah Ben Hundzail al Sähuir, pero siguiendo la costumbre, y para no alargar con exceso la llamada, las gentes del castillo comenzaron a llamarle Al-Azraq (en árabe 'Azraq' significa azul) porque poseía los ojos azules, y fue con este sobrenombre como se le conoció posteriormente.
El emir musulmán no olvidó, como buen creyente, ofrecer a Alá sus oraciones y a la mezquita acudió acompañado de sus oficiales e invitados para postrarse ante el dios islámico. La mezquita alicantina se encontraba próxima al castillo, situada en la hoy denominada calle Villavieja, y que después de la reconquista, hasta la actualidad, se conforma bajo la advocación de Santa María. Los nobles árabes acudieron cuando en la ciudad resonó el aviso del almuédano, invitando a las preces diarias; allí imploraron la bendición de su Dios poderoso, a favor del recién nacido, de ellos y su familia; se cursaron las oraciones bajo la dirección del imán, no sin antes haber efectuado las abluciones de ritual el padre de Al-Azraq, pues seguía con escrupulosidad los preceptos mantenidos en el Corán; tal era la condición religiosa en la fortaleza, que como director de conciencia tenían un ulema, especie de guía espiritual que no solo atendía sobre las cuestiones del alma sino también sobre cuanto tenía relación con el Derecho o la Justicia. Dado que en la religión islámica no existían ni existen ministros del culto, y ante la coincidencia de que tampoco tiene liturgia, los ulemas o directores de conciencia suplen esta necesidad y se esparcía, entonces, por la pequeña ciudad alicantina.
Una tarde se reunió Hudzäil, padre de Al-Azraq, con su favorita, Albenzaida. Resultaba curiosa la actitud de aquel árabe porque aunque poseía un hermoso harén, guardaba una singular fidelidad

hacia su favorita, con la que gustaba dialogar y conocer sus opiniones porque su inteligencia natural de mujer le había demostrado que tenía un don especial que le hacía prevenir muchas cosas, en relación con el futuro. No, no es que Albenzaida fuese adivina pero poseía ese sexto sentido que algunos mortales tienen para reconocer hechos que han de suceder. Y todo conjuntado servía de razón, en especial al siguiente día del nacimiento, para querer confiar en ella y darle a conocer sus proyectos.

La encontró, como casi siempre sucedía, cuidando de su hijo, el único habido de su unión con el gobernador de la plaza. Cuando él entró, ella le recibió con aquella agradable sonrisa que transformaba su rostro con una luminosidad que hacía como si su faz resplandeciera. Antes de que el hombre tomara asiento junto a ella, intuyó la razón del encuentro.

—¿Qué os preocupa, señor?

Su esposo la miró con fijeza, como desconcertado.

—¿Por qué piensas que algo debe inquietarme?

Y al responder así a su pregunta, tomó al niño en sus brazos para acariciarle. Escuchó la callada risa, pequeña, desnuda de Albenzaida que volvió a inquirir:

—No le es fácil disimular a mi señor porque bien sé leer en su rostro cuanto ocurre en ese interior —y le riñó, quitándole al pequeño—: ¡dejad!, ¡que os dais muy mala traza para sostenerle! ¿No veis que le cuelga la cabecita?

El árabe obedeció, mirándola con rectitud y un brillo de ternura. Respondió:

—¡Pues sí, mi querida Albenzaida, sí temo! ¡Y las peores cosas, por cierto!

—Y cuáles son esas razones que os intranquilizan?

Hudzäil la tomó de la mano como si temiera que se la arrebataran y comenzó diciendo:

—¿Es que no escucháis los clamores de la guerra? ¿Acaso ignoráis las noticias que continuamente se suceden? Los cristianos andan persistentes luchas y pendencias. Hasta aquí llega el estruendo de sus combates y en verdad que pido a Alá que sigan luchando entre sí.

—¿Por qué? —preguntó ella, que desconocía prácticamente el mundo exterior, más allá de su ciudad.

—¿Por qué, preguntáis? Porque mientras que castellanos, catalanes y aragoneses sigan peleando entre ellos, existirá tranquilidad para nuestra nación árabe. No transcurre día, tarde o noche en que no solicite de Alá que los cristianos no se apacigüen.

—Eso quiere decir que pensáis en que podrían atacarnos en algún momento.

—¡Eso quiero decir! —y sonrió con tristeza—. No debes olvidar que

ellos pertenecen a una raza diferente de la nuestra y también su forma de pensar es distinta. Son lobos de la misma camada, que aunque ahora se están despedazando, estoy firmemente convencido de que cuando se serenen, todas esas alimañas se revolverán contra nosotros.
—¡Pero los árabes somos fuertes, tenemos castillos, arqueros, jinetes y caballos! Nuestras fortalezas son casi inexpugnables por hallarse situadas en la cima de las sierras o emplazadas en montañas.
Su esposo le acarició los cabellos, como si con aquel gesto quisiera apartar de su cabeza aquellos malos presagios.
—Te equivocas. Los cristianos son gentes atrevidas. Son osados y veraces y acostumbrados a la guerra. Son hombres que rinden culto al poder y fanáticos de bienes y tierras, pensarán ¡qué duda cabe!, en nuestras propiedades y se volverán contra nosotros, como sus enemigos.
Albenzaida era inteligente y comprendió enseguida la situación que le planteaba el hombre pero pretendió negar sus pensamientos para animarle y no incrementar su intranquilidad.
—¡Pero señor, nosotros no somos extranjeros! ¡Son muchos los siglos en que vosotros, los árabes, ocupasteis estas tierras! Aquí vinieron razas de distintas clases, desde los bárbaros del norte, hasta griegos. Fenicios y romanos extendieron su cultura en este país y sin embargo, no fue necesaria una lucha tan espantosa como me describís. Ellos tienen descendencia de todas estas razas. ¿Por qué, pues, no van a poder convivir con la nuestra?
Hudzäil no insistió porque sólo dijo:
—¡Quiera Alá que yo esté equivocado!, pero créeme que ni tan siquiera lo pienso. Por eso quiero preparar a mis fuerzas, adiestrarlas, estar prevenido para contener, en su momento, al peligro cristiano que nos amenaza.
—Si mi señor ordena que el ejército se prepare, pienso que entre ellos cundirá la alarma y esto, ¿sería lo más acertado? Ved al rey Zaen de Valencia que no parece sentirse inquieto por estos temores.
—No, es cierto, pero estoy seguro de que es la ceguera de su propio bienestar la que le empaña la vista y soy yo quien debe arrebatarle la venda de los ojos porque cuanto más nos preparemos y más nos unamos, mejor podremos formar un frente común.
Se aproximó al hueco de la ventana, desde la cual se contemplaban las verdiazules aguas del mar, acariciando con suavidad la roca. Tras un corto silencio volvió el rostro hacia Albenzaida, y como si adivinara el futuro, profetizó:
—¡Ven, mujer! Tengo la seguridad de que los momentos fatídicos que te he anunciado llegarán; ignoro cuándo, pero llegarán. Por eso haré cuanto esté en mi mano, para no ser presa fácil de mis enemigos y del mismo modo en que yo procuraré afrontar los próximos tiempos,

también he pensado que mi hijo ha de ser ejercitado en la guerra. Si él ha de sucedernos tendrá que defender nuestras haciendas y castillos.
Y hasta el cielo pareció nublarse cuando, como si fuese una maldición, exclamó:
—¡Que Mahoma no lo consienta pero si al fin fuésemos vencidos, deseo que tanto él como yo seamos dignos adversarios de esos herejes!
Su petición y deseo salió con fervoroso ardor de sus labios. Se diría que casi estaba viviendo ya tan amargos momentos. La dulce y cariñosa voz de Albenzaida volvió a escucharse:
—¡En verdad, señor, que no comprendo ese pesimismo! Bien está que al ejército se le prepare para posibles defensas e, incluso, que nuestro hijo aprenda a combatir ¡pero es tanta vuestra premonición que casi me asusta!...
—¡Los tiempos serán duros, Albenzaida! ¡No lo olvides! Centra tu atención en las noticias que nos llegan de Valencia. Nuestra tierra linda con los catalanes y de ellas el rey es Pedro II de Aragón. Sé que ha tenido un hijo, y también sé que lo están instruyendo los Templarios, esa fanática orden o congregación que mientras con una mano trazan en el aire la señal de la cruz, con la otra dejan caer la espada contra quienes consideran sus enemigos. También hasta nosotros ha llegado la noticia de que varios nobles catalanes y aragoneses desean iniciar la conquista de Valencia, y si esto sucediera, ¡muy pronto tendríamos a esas huestes en los límites de nuestra ciudad!
—Y si tan convencido está mi amo de que todo va a ocurrir, ¿por qué no han iniciado ya sus ataques?
Su esposo caminó unos pasos por la gran habitación. Luego se detuvo frente a ella.
—¡Buena pregunta! ¿Por qué?, pues ¡porque esperan tener a su rey! Los cristianos, a pesar de sus ambiciones, siempre necesitan un jefe, un caudillo que se responsabilice de las decisiones. Sin embargo considero que con ser importante esto no es suficiente. Ellos saben que si atacaran Valencia se podrían ver envueltos entre dos ejércitos nuestros: el valenciano y el mallorquín. —Y ante el gesto de asombro de Albenzaida, añadió—: ¡Sí, querida mía! Para llegar hasta nosotros primero tendrán que conquistar Mallorca, en el supuesto de que deseen tener cierta seguridad.
La favorita recostó al niño en su cuna; después enlazó a su esposo con ambos brazos y con ternura interrogó:
—Decid, señor, ¿pensáis que ese niño que cuidan los Templarios será el futuro rey de los catalanes?
—¡Seguro! Y de los aragoneses. También sé que estarán enseñándole para ir al combate y como tan cierto estoy de ello es por lo que deseo el adiestramiento de nuestro hijo. Quiero inculcar en él la prudencia y

la astucia; la inteligencia y los conocimientos; la agilidad y la fuerza. Quiero, en definitiva, convertir a Al-Azraq en un terrible enemigo.
Las risas de Albenzaida se esparcieron por todos los rincones ante las ardorosas manifestaciones de su esposo, y poniéndole la mano en los labios, en cariñoso ademán de evitar que continuara, adujo:
—¿Es que piensa mi dueño convertir a nuestro hijo en un singular adalid árabe? No siempre, aunque queramos, es fácil formar un caudillo. Por eso os pido que no corran más los deseos que las posibilidades, porque jamás quisiera leer en ese rostro una sombra de frustración.
Hudzäil comprendió a la perfección el mensaje que tan cautamente terminaba de descubrirle su favorita y respondió:
—Bien sé que sólo Alá puede decidir sobre quién debe tener las cualidades que yo deseo para Al-Azraq, pero lo que sí está en nuestras manos es darle los medios adecuados para su preparación, bajo la vigilancia de nuestros más leales capitanes.
Se inclinó para dar un beso a su esposa, dando por finalizada la conversación y cuando ya salía de la estancia aún escuchó decir a su favorita:
—Pero, ¡recordad que para que vuestros proyectos se cumplan será necesario, al menos, que este soldado sepa ponerse en pie!
Rió el gobernador:
—¡Por supuesto! ¡Tampoco es tan imperioso comenzar! Esperaré a que se sostenga sobre sus piernas.

IV

Al igual que los cristianos, los árabes ejercitaban a sus jefes y oficiales en los llamados patios de armas. Aquella enseñanza venía a realizarse con carácter de singularidad, ya que los ejércitos, en su conjunto, solían simular luchas y desarrollar tácticas sobre terrenos previstos para ese fin.

Los años habían permitido que la tierra hubiera girado durante dieciséis vueltas alrededor del sol. Allí, desde la ventana, contemplaba Albenzaida cómo su hijo iba creciendo, adquiriendo una corpulencia que sobrepasaba a los muchachos de su edad y cómo lograba adiestrarse bajo la severidad y maestría del capitán Albenbazol. La favorita procuraba hacerse la distraída cuando el guerrero la miraba furtivamente elevando su vista hacia el ajimez desde donde solía contemplar las evoluciones de Al-Azraq. Ella, con aquel fino instinto femenino intuía los sentimientos del capitán del ejército moro, pero mantenía su fidelidad a Hudzäil, al cual adoraba. Y como sabía el sufrimiento de Albenbazol, también leal con su esposo, procuraba que sus encuentros no fuesen excesivamente frecuentes. Solo lo necesario para indagar, para saber los avances de su hijo. A nadie mejor se le podría haber encargado la enseñanza.

En Al-Azraq ya se perfilaban las facciones y se mostraba su carácter altanero. Sobre este extremo no puedo eludir la descripción que de él han hecho los historiadores, diciendo textualmente: “Cuando le organizó la naturaleza de las entrañas de su madre, lo disponía para gran capitán; para hacerle temible le dio color moreno y rostro feroz, para amable, graciosa disposición y trato; para comunicarle, don de gentes y lenguas; para valiente, corazón y destreza en las armas y para acrecentarle en su estado, una mediana hacienda, que todo acompañado de espíritu altivo, aún parece que pedía más”. Tan correcta me parece la descripción de la personalidad de Al-Azraq, que considero innecesario abundar en ella. Una personalidad que se estaba forjando, por especial deseo de su padre, en el castillo de Alcalá, cuya fortaleza y tierras le había adjudicado, junto con siete castillos más y posesiones colindantes, bajo la mirada y cuidado del temible Albenbazol, quien no permitía que el joven cometiera errores ni padeciera desfallecimientos ante el duro esfuerzo al que diariamente

le sometía.
—¡Dispara! —ordenó Albenbazol.
El joven árabe, con el arco en la mano volvió la vista hacia su instructor, con manifiesta incredulidad.
—¡He dicho que dispares!
—Pero, ¿qué dices? —insistió Al-Azraq—. ¡Desde aquí es imposible! ¡El muñeco está muy lejos! —quiso convencerle.
—Es la flexión del arco la que te ha de dar la distancia, y poseer uno de buena madera puede, un día, ser tu protección. Piensa que el enemigo nunca, en un asalto, suele estar cerca. La flecha es para las distancias y la cimitarra para el cuerpo a cuerpo —sentenció.

Dicho aquello, el capitán dirigió la mirada hacia el colgante muñeco, sin repetir la orden, esperando que Al-Azraq la cumpliera, y este, convencido de la inutilidad de sus observaciones, atenazó el arco con la mano izquierda mientras lo tensaba con la derecha. Lo hizo muy lentamente, fijándose en la distancia entre la punta de la saeta y el pecho del muñeco de paja hacia el cual iba dirigida. Se tensaron sus brazos y se abultaron sus fornidos hombros. Se produjo un sesgo en el aire hasta que la punta de metal se clavó en la zona que aparentaba ser el vientre de un hombre. Al-Azraq miró al capitán, que a su lado, había seguido en silencio aquel disparo. Al árabe no le convenció su gesto porque con aquella jovialidad que solía utilizar en los diálogos con su profesor, le dijo:

—No es muy bueno, ¿verdad?

Albenbazol tomó otra de las flechas que contenía la aljaba y respondió al muchacho:

—Es cierto que también así se puede matar a un enemigo pero sería preferible que le acertaras en el corazón o en la cabeza. Esos son los lugares más seguros porque piensa que si tan sólo le hieres, ese enemigo podría aún tener fuerzas para matarte.

Después de la breve explicación, le entregó la flecha y de nuevo ordenó:

—¡Insiste! ¡A la cabeza!

El mandato ya era muy diferente. No se trataba de clavar el arma en cualquier lugar del espantajo sino que debía alcanzarle precisamente en la cabeza.

—¡Estás loco!... ¡Ja, ja! ¡Estás loco!

Y Al-Azraq se reía descaradamente de aquella orden absurda. Fue tajante el tono con que Albenbazol le hizo callar.

—¡Obedece!

Al-Azraq le miró y al observar la severidad que reflejaba el rostro del capitán, dejó de reír y sólo murmuró:

— ¡Pues sí! ¡Lo dice en serio!

No replicó. Volvió a tensar el arco, esta vez con mucho más

cuidado, casi con mimo, mientras intentaba cumplir el mandato, y otra vez el aire fue rasgado por el silbido de la flecha, que pasó a poquísima distancia de la ficticia cabeza. Al-Azraq, sin poder contener nuevamente la risa, exclamó:

—¡Si te lo dije...! ¡Seguro que tampoco te ha gustado! Y añadió: ¿pero tú crees que a esta distancia puedes darle a algo en concreto? ¡Ya es suerte que llegue a clavarla en el muñeco!

Su maestro no dijo nada. Con rostro serio le cogió el arco y otra flecha. Velozmente lo atirantó, a la vez que lo acercaba a su rostro para fijar bien el disparo. Cuando lo hizo, la flecha había perforado la cabeza del colgante espantajo. Luego devolvió el arma a su alumno y le ordenó:

—¡Sigue!

Y Al-Azraq no tuvo otra opción que la de obedecer porque sabía que en lo sucesivo, su propia vida y la de los suyos dependería de su habilidad y pericia. Le gustaba enfurecer a su maestro para provocarle a exhibiciones como la que terminaba de realizar y que tanto le asombraban, pero al mismo tiempo, aquello servía para mentalizarse de que si Albenbazol podía ejecutarlo, él también.

Como temía su padre, el levantamiento cristiano ya había comenzado, capitaneando aquellas huestes un hombre al que todos llamaban Jaime I el Conquistador. No ignoraba Al-Azraq que aquel calificativo lo había adquirido después de sus continuadas luchas en las islas, donde venció y sojuzgó a los de su raza; que luego de las victorias cristianas, aquel rey permitía a sus adeptos que cometieran inmensas atrocidades sobre los que ocupaban aquellas tierras; que consentía los botines de guerra sin hacer nada por impedirlos; que los vencidos quedaban obligados a trabajar las posesiones que aquel rey concedía a los nobles que le habían seguido en las campañas, como una forma de gratitud real, otorgándoles fueros y privilegios. Pensar que los de su raza estaban siendo esclavizados, sus mezquitas ultrajadas, convirtiéndolas, la mayoría de las veces, en templos cristianos engendraba un odio inmenso hacia el enemigo. En esta época histórica los jóvenes pasaban de la niñez a la hombría porque así lo exigían dos importantes razones: los azares de la guerra y la temprana edad en que fallecían.

—Albenbazol —preguntó un día—, ¿has pensado en algún momento cuándo intentarán los cristianos invadir nuestro reino?

El interrogado bajó su cimitarra, interrumpiendo la lucha simulada que sostenía con Al-Azraq. Su rostro se endureció ante la pregunta, como si su discípulo terminara de clavarle la espada.

—¡No, no lo sé!, pero el día está próximo. ¡Créeme que ni siquiera procuro pensar en esa posibilidad!

— ¡Ni yo tampoco!, pero debemos estar prevenidos para el

supuesto de que nuestra hermana ciudad nos necesitara. No es numeroso nuestro ejército pero estoy convencido de que todos nos seguirán.

—¡No! —confirmó Albenbazol—. ¡No es numeroso!

—Espero que también se unan todos los que tienen posesiones y castillos en esta sierra.

—¡Seguro que se nos unirán! —admitió el capitán árabe—. Lo que ambos ignoramos es cuál ha sido su preparación para la guerra. No olvides que ellos, aunque ocupen castillos, son gente de paz; cuidan sus rebaños y cultivan los valles. Les agrada criar caballos, pero temo que más por pasatiempo que con miras a la contienda.

—¡Tampoco tienes por qué ser tan pesimista! —riñó el joven—. ¡Sería una locura, una desidia que pagarían muy caro!

Albenbazol extendió los brazos queriendo señalar con ellos todas las estribaciones de la cordillera, abarcando desde Montesa hasta La Marina. Al-Azraq dirigió su mirada hacia los perfiles de las grandiosas montañas que les rodeaban. Es entonces cuando el capitán manifestó sus pensamientos.

—¡Esta sierra es, precisamente, nuestro gran enemigo!

Al-Azraq no comprendió el significado de aquella afirmación.

—¿Por qué? Yo pienso todo lo contrario: que los cristianos tendrán enormes dificultades si quisieran atacarnos en un terreno tan accidentado como este.

Albenbazol dirigió el dedo índice hacia el joven a la vez que exclamaba:

—¿Lo ves? ¡Tú mismo lo has dicho! Ellos creen que internados como están entre los montes, el enemigo no se atreverá a cruzarlos y por eso, ¡por eso están confiados! Y no es así, ¡no lo es!, porque cuando quieran darse cuenta, la invasión ya no tendrá remedio. ¿Acaso son verdaderas fortalezas? —y en silencio, el mismo hizo un gesto negativo—. No lo son. En ellas apenas si residen cuarenta o cincuenta hombres. ¿Qué oposición podrían llevar ante el rey cristiano, con cientos, con miles de guerreros tras él?

—Tampoco son tan pequeñas —replicó Al-Azraq los comentarios del capitán—. Hay muchas plazas verdaderamente fuertes.

—¿Como cuáles?

—Como las que se encuentran en lo más alto de las montañas: Penàguila, Callosa, Polop, Alcoy...

Albenbazol sólo efectuó un displicente gesto de asentimiento y razonó:

—¿Y qué son comparadas con Valencia?

—¿Qué quieres decir?

—Que si Valencia cae en manos enemigas, la resistencia de nuestras fortalezas se debilitaría. Fíjate, Al-Azraq: para llegar a la

ciudad necesitan vencer la resistencia de otras poblaciones y pienso que es ahí, ¡ahí donde debemos estar cuando nos necesiten!

—¡Lo estaremos! Nuestros hombres están debidamente formados para luchar, porque de ello nos hemos cuidado, y en su momento, verás como no les resulta tan fácil abatirnos.

Albenbazol, con su parquedad propia, preguntó;

—¡Nuestros hombres, sí! ¿Pero con la poca guarnición de que disponemos podrán resistir tus ocho castillos?

La pregunta se quedó prendida en el aire de aquellos riscos. Era una duda que ambos, sin haber visto a los ejércitos enemigos, no podían responder.

La cimitarra de Al-Azraq era tan temible como una maza, y cortante por lo esmerado de su filo. El árabe era capaz de galopar a caballo, completamente ladeado, sin que se le pudiera ver desde la parte opuesta. Manejaba la lanza con esa extraña habilidad de la que sólo Alá dotaba a sus elegidos. Durante los simulacros de guerra siempre era el primero que alcanzaba el objetivo propuesto, sin que nadie pudiera descubrirle, ¡tal era la destreza con la que reptaba entre las peñas y arbolado! Al-Azraq estaba muy orgulloso del aprendizaje al que le había sometido Albenbazol. Y este sabía que lo había convertido en un gran soldado, en un formidable enemigo al que sería difícil vencer. Lo que también satisfacía al capitán era el don de captación, el ascendiente que Al-Azraq tenía sobre sus hombres, hasta el extremo de que estaba seguro de que a su convocatoria, todas las gentes que vivían en las montañas se levantarían a su grito. Albenbazol se sentía satisfecho de haber ayudado, con su tesón y maestría a forjar a un verdadero caudillo sarraceno. ¡Y una sonrisa iluminó su rostro cuando por un momento pensó en la bella Albenzaida! Y pensó más. Pensó que también Alá tendría en cuenta sus desvelos cuando la muerte le llegara.

—Tú me acompañarás siempre, ¿verdad, Albenbazol?

—¡Siempre!

—¿Aún en los momentos en que la aflicción se apodere de nuestro ejército? —insistió el árabe, pidiendo con ello una declaración de fidelidad a su amigo, unos años mayor que él.

La respuesta de Albenbazol fue, como siempre, lacónica y precisa:

—¡Siempre, he dicho! ¿Podría abandonar yo, en algún momento, al gran guerrero en que te he convertido?

El rey Don Jaime se había desplazado con sus ejércitos hasta Cullera, donde era esperado por numerosos árabes, dispuestos a defender la ciudad. Un sarraceno de altiva prestancia, de barba negra y ojos fieros, cubierta su cabeza por un turbante blanco en cuyo centro, sobre la frente, resaltaba en rojos reflejos, un gran rubí, destacaba sobre la muchedumbre que le rodeaba. Montaba un

nervioso alfaraz de color azabache, que inquieto, caracoleaba mostrando sus fuertes músculos en cada movimiento. A su lado, otro árabe de fuerte complexión le acompañaba. Era Al-Azraq quien se estaba dirigiendo al ejército moro, concentrado en aquella ciudad para defenderla del asedio de los cristianos. En su pecho, una bruñida coraza le protegía. En el brazo izquierdo sostenía su redondo escudo y las riendas de la cabalgadura; en la derecha alzaba la puntiaguda cimitarra, cuyos reflejos parecían rayos de muerte. Estaba arengando a los hombres, dirigiéndoles sentidas palabras para infundirles el necesario valor:

—¡Esta, hermanos, es la fortaleza que el rey cristiano precisa rendir para poder llegar, sin graves obstáculos, a la ciudad de Valencia! ¡Y nosotros debemos impedirlo, porque así nos lo exigen nuestros muertos, que yacen en estas tierras a las que igualmente defendieron con su sangre y con su vida! ¡Y debemos luchar también por nosotros y por nuestras familias, a las que debemos proteger de esa plaga cristiana que pretende vencernos, hambrienta de poder y riqueza!

Mil gritos salieron de las gargantas árabes.

—¡Nos defenderemos! ¡Lucharemos!

Y brazo en alto, el ejército moro elevó al viento hachas, lanzas y alfanjes, demostrando al que les hablaba que estaban dispuestos a llegar hasta el fin.

—¡No! —dijo Al-Azraq—, no solo nos defenderemos sino que también atacaremos. Esta es una Guerra Santa y por lo tanto, bendecida por Alá. Las tierras que ocupamos son nuestras porque somos nosotros quienes las hemos hecho producir, quienes hemos criado los rebaños, construido las fortificaciones y los pueblos que ocupamos. ¡Nuestra causa, os digo, es justa!

El negro caballo del árabe se desplazaba de un lugar a otro, como si le asustara el gentío o porque su propia naturaleza no le permitiera estar quieto.

Indiferente al discurso, el río Júcar se arrastraba en el indefinido cauce que le llevaba directamente al Mediterráneo. Su caudal de agua se había ido desangrando por canales y acequias que fertilizaban campos y huertos. Solamente en sus riberas se estiraban los juncos y cimbreaban los chopos, álamos e higueras, construyendo una verde muralla que quisiera proteger de miradas indiscretas al importante río ibérico.

Desde el gran castillo, en la lejanía se apreciaba el campamento de las tropas cristianas, durante el día por el colorido de las tiendas, y por la noche, por las fogatas que se dispersaban, confundiéndose con el horizonte.

Albenbazol, que era quien acompañaba a Al-Azraq, preguntó:

—¿Qué piensas hacer? ¿Esperamos su ataque o salimos nosotros a su encuentro?

—Es innecesario arriesgarnos a campo abierto —meditó Al-Azraq —. La fortaleza nos servirá de protección y no les será fácil asaltarla. Por ahora tenemos suficientes abastecimientos y podemos resistir. Espero que sea más impaciente el rey cristiano; dejemos que esa impaciencia le haga cometer errores.

Al-Azraq conferenció con todos sus capitanes, cursando las órdenes que consideró ajustadas al previsible momento. Se situaron los centinelas en los torreones y colocaron adecuadamente las piedras que tenían que ser lanzadas, bien a brazo o por medio de catapultas. A trechos se situaron los arqueros y lanceros. Todas las almenas del castillo quedaron dispuestas para resistir una confrontación inminente. En los hombres anidó el valor que había sabido transmitirles Al-Azraq, aquel hombre venido de las montañas. Solo ver su figura montada en el caballo, cubierto por el peto y el espaldar y enarbolando su arma, les animaba y seducía, dándoles bríos para el combate.

Discurría el año 1235. El rey Don Jaime decidió, conforme a las previsiones de Al-Azraq, tomar la iniciativa. No quería demorarse más porque mantener un ejército tan numeroso en la espera resultaba muy costoso. Por otro lado sabía que sin vencer la resistencia de Cullera, jamás podría llegar a la perla de Levante, la ciudad del Turia. Aquella noche reunió en su tienda a los nobles del ejército para tratar sobre la forma más conveniente de iniciar el asalto.

—Es aconsejable rodear el castillo pero solo atacarán, en primer lugar, las alas derecha e izquierda de nuestro ejército; el frente esperará a que la atención de los moros esté concentrada en la defensa de esos ataques. También bajaremos por el río con la suficiente gente, por si desde allí es más fácil provocar el desconcierto enemigo.

Le escuchaban con atención. En ocasiones, sus capitanes le formulaban sugerencias sobre el despliegue que el rey proyectaba. Él, cuando esto sucedía, no desdeñaba ningún consejo que resultara aprovechable e incluso no le molestaba rectificar si la estrategia indicada era más acertada. Después de trazados los planes, el rey decidió:

—La noche está muy avanzada ya. Debéis marcharos a vuestras tiendas e intentar reposar. Mañana será un día que requerirá todo nuestro esfuerzo. Alertad a vuestros hombres sobre cómo deben actuar, según hemos decidido.

—¿Cuándo pensáis iniciar la lucha?

La pregunta, formulada por don Álvaro de Linaza fue respondida inmediatamente:

—Cuando el sol comience a ribetear las montañas.

Salieron de la tienda. También lo hizo el rey, para sentir sobre su

cuerpo el suave viento de la noche, que transportaba olores de tierra húmeda, azahares y flores. Vio que el cielo se encontraba despejado, con innumerables puntos de luz, cuyos destellos blancos y brillantes no castigaban los ojos sino que más bien parecían agradecer. Y eso satisfizo al rey porque la lluvia hubiera sido mala aliada para sus propósitos.

La figura del monarca, silueteada por saltos de hogueras, sombras y luces lejanas de su tienda, era, ciertamente, singular. Y al igual que los historiadores describieron a Al-Azraq, también lo hace Desclot, del rey aragonés, diciendo: "Levantaba un palmo sobre los demás y era muy bien formado y cumplido de todos sus miembros; tenía el rostro grande, rubicundo y fresco; la nariz larga y recta, ancha y bien formada la boca, dientes grandes y muy blancos que parecían perlas, ojos negros, cabellos rubios como hilos de oro, ancho de hombros, cuello largo y delgado, brazos gruesos y bien hechos, hermosas manos, largos dedos, muslos robustos y torneados, piernas largas, derechas y convenientemente gruesas, pies largos, bien hechos y esmeradamente calzados y fue muy animoso y provechado en armas; y fue valiente y dadivoso, y agradecido a todo el mundo y muy compasivo; y todo su corazón y voluntad estaba en guerrear contra los sarracenos". Por razón de todas estas cualidades, si algo admiraba el monarca, además de a hermosas mujeres, era la bravura y entereza de los hombres. Y era tal su devoción por el valor, que este le congraciaba incluso con sus más íntimos enemigos, si en ellos reconocía dicha virtud.

A lo lejos pudo ver los fuegos que se encendían en la población cercada; a su alrededor, la quietud se rompía por el pacer de los caballos o por las voces de los soldados, contándose sus verdades, que las más de las veces, no lo eran. La luna alargaba la tienda del rey y los estandartes se cimbreaban al viento. Todo estaba preparado y decidido. El rey suspiró antes de volver a su refugio y murmuró:

—¡Virgen María, dame mañana la victoria!

V

Al-Azraq se levantó cuando aún las estrellas acompañaban a la luna. Aquellos eran tiempos de guerra y en ellos no cabían los descansos prolongados. Tomó la armadura de medio cuerpo, ajustó la espada a su cintura y salió al patio central. Allí, como si estuviera esperándole, se encontraba Albenbazol.

—¿No has descansado? —le preguntó.

—Prefiero vigilar.

—Pero hombre, para eso están los centinelas.

El resplandor del fuego, que en parte iluminaba el rostro del árabe, permitió observar sus blancos dientes, en muda sonrisa.

—Sí, pero no hay mejores vigilantes que mis propios ojos. —Luego, añadió—: Tengo el presentimiento de que muy pronto nos acometerán.

—Al-Azraq puso la mano sobre el hombro de su maestro y amigo y confirmó:

—¡Yo también! Es más, algo me dice que será hoy mismo.

Preocupados, guardaron silencio. Fue Albenbazol quien preguntó:

—¿Confías en este ejército?

Al-Azraq se rió ante la pregunta.

—¡Siempre tan receloso! ¿Por qué no iba a hacerlo? Parte de ellos son soldados nuestros y de estos, al igual que tú, estoy absolutamente seguro. Los otros defienden su tierra, sus familias y propiedades. Cuando llegue el momento serán los guerreros que deben ser.

—Pero, ¿te has fijado la multitud que se nos avecina? Lo digo por el número, más que por el valor.

Lentamente las sombras comenzaron a ser menos intensas y a languidecer los fuegos cristianos que tachonaban la llanura. El rosáceo color de la aurora iba a aparecer, en el horizonte, en cualquier momento. Albenbazol volvió el rostro hacia una de las torres vigías, cuando desde allí oyó exclamar al centinela:

—¡Se mueve el ejército cristiano!

Todos los hombres se envararon ante el aviso. Los dos jefes subieron enseguida a la muralla. Durante varios minutos estuvieron contemplando el evolucionar de los cristianos. Vieron ondear los estandartes guerreros, cabalgar a los jinetes, escucharon el sonido de los tambores y las trompetas, y la formación, por alas, que adquirían los soldados.

—¡Lo que presentía! —murmuró Al-Azraq—. ¡Ahí vienen!

Luego se dirigió a sus soldados, gritando, para que pudiera escucharle la mayoría:

—¡Hermanos! ¡El enemigo viene! Ocupad vuestros lugares. Preparad el aceite y revisad, por última vez, las catapultas. Debemos demostrar a nuestros adversarios que nosotros somos los más fuertes.

El ruido era cada vez más intenso. Como hormigas avanzaban las tropas cristianas. Los caballos, las torres de combate, los arqueros y ballesteros, todos avanzaban como una ola incontenible hacia Cullera. Y se inició la lucha.

Las flechas surcaban el cielo, tanto en una como en otra dirección. Los soldados cristianos intentaban, una y otra vez, apoyar las escalas sobre las murallas de la fortaleza mientras que otros, con los arietes, protegidos por los escudos de los suyos maniobraban para destrozar la enorme puerta de entrada. Todos los intentos eran rechazados por la guarnición mora, que les lanzaba flechas, piedras y aceite, impidiéndoles sus propósitos.

El rey Don Jaime observaba el combate, montado en el caballo y desenvainada la espada. No apreciaba que sus tropas avanzaran, por lo que decidió introducirse en la brutal refriega, gritando:

—¡Acercad más las torres de los arqueros! ¡Necesitan menor distancia!

Y a su orden, numerosos soldados se abalanzaron hacia los artilugios de madera, para situarlos en el lugar que indicaba el rey.

Desde las almenas, Al-Azraq y Albenbazol hacían uso de sus arcos. En una rápida mirada, el caudillo árabe se dio cuenta de algo que llamó su atención y advirtió a su amigo:

—¡Fíjate en el casco tan ostentoso que lleva ese cristiano!

En efecto: uno de los caballeros llevaba colocado un impresionante yelmo, que en lo alto estaba rematado por dos alas desplegadas de murciélago y en el centro, medio cuerpo de serpiente, con la cabeza enhiesta. Con aquel atuendo guerrero resultaba evidente que se quería impresionar al enemigo durante el combate. Albenbazol dijo:

—Yo afirmaría que se trata del rey.

—Por lo menos sí debo reconocerle que es original.

—Y valiente —añadió su amigo—. ¡Mírale cómo se mezcla entre la tropa y da órdenes! ¿Y su espada, te has fijado en ella?

Al-Azraq dirigió la mirada hacia el brazo del cristiano. Estuvo silencioso, mientras le veía evolucionar.

—Pienso que su arma debe pesar tanto como la mía.

—¡Puede ser!

Los gritos, el ruido de los aceros, el golpear de las piedras contra los muros del castillo, los proyectiles cimbreados por las catapultas y los golpes que, en ocasiones llegaban a dar los arietes en la puerta, originaban un tumulto indescriptible. Al-Azraq se dio cuenta de que una de las torres, repleta de arqueros, estaba peligrosamente cerca. Corrió por la muralla al tiempo que mandaba:

—¡Impedid que se nos acerquen más!

Asió su arco y una a una fue lanzando sus flechas contra los ocupantes de aquella plataforma. Y tanto fue su acierto que momentos después era retirada del lugar, porque se había llenado de cadáveres y nadie se había atrevido a ascender por temor al terrible arquero de la fortaleza. Fue el mismo rey el que ordenó el traslado a lugar más seguro de la torreta de combate, sin dejar de asombrarse ante la certera puntería de aquel moro que, cuando se dejaba ver a través de las troneras y en ocasiones dando temerarios saltos entre las almenas, parecía un dios del mal. Un capitán terminaba de acercársele y advirtió:

—¡Majestad! ¿Qué hacemos? El castillo está causando estragos en nuestro ejército.

El rey miró a su alrededor y pudo comprobar que era cierto. Muchos cuerpos caídos, inmóviles, otros retorciéndose por el dolor de las heridas, cuerpos yacentes en torres y catapultas; la puerta de entrada a la fortaleza parecía un cementerio y lo que aún era peor: que no veía la posibilidad de vencer la resistencia, y por eso, aunque él jamás hubiese cejado en sus propósitos, decidió tomar la única decisión posible por el bien de sus hombres

—¡Retirada hacia nuestras posiciones!

Sonaron las trompetas y con cautela, el ejército cristiano inició el cese de la lucha. Desde el castillo les llegó el júbilo con el que el retroceso era recibido por los defensores del recinto. Cullera terminaba de ganar su primera gran batalla al ejército de Jaime I.

Pero los días pasaron sin que entre ambas fuerzas se decidiera nada. El campamento cristiano continuaba asentado en la llanura, esperando vencer la resistencia mora mediante el asedio. Al-Azraq llamó a Albenbazol y le dijo:

—Esta noche saldremos para dar alguna batida a esos soldados, pero debemos ser pocos para que no nos descubran.

—¿Y qué pretendes con eso? ¡Sería una locura!

—¿Por qué es una locura? No nos esperarán. En ocasiones conviene ser ilógicos.

—¿Y los centinelas?

—Como todas las noches, supongo que realizarán la guardia completamente confiados. ¿Me acompañarás?

—¿Cómo puedes esperar lo contrario? —le respondió Albenbazol —. Pero dime, ¿qué pretendes con esta salida?

Al-Azraq miró hacia el campamento enemigo y respondió:

—Quiero que mientras sigan allí no se sientan seguros. Quiero que sepan que en cualquier momento podemos atacar. En fin, ¡quiero que se marchen derrotados!

—¡Conforme! ¿Eliges tú o yo los hombres que han de

acompañarnos?

El árabe apretó el brazo de su amigo.

—¡Prefiero que lo hagas tú!

Y llegó la noche cubriendo de sombras a ejércitos, tierras y murallas. Seis árabes salieron con sigilo, ocultándose entre los matorrales y rehuyendo la nítida luz que la luna esparcía por el campo. Reptaban como ofidios y saltaban al igual que las cabras montesas. Como Al-Azraq había previsto, la guardia encargada de la vigilancia del campamento no estaba intranquila y aquella circunstancia indujo al árabe a tomar sus decisiones. Reunidos bajo uno de los árboles más próximos dio a sus hombres las debidas advertencias. Luego, con igual silencio, se acercaron hasta lo más próximo que les fue posible del sitio en que se encontraban multitud de caballos.

—¡Los necesitaremos para escapar! —advirtió Al-Azraq—. Elegid uno cuando yo dispare la primera flecha, haced lo mismo y subid enseguida en las monturas.

Los cristianos encargados de la custodia de los caballos se habían agrupado para distraerse, de forma que no advirtieron que la hoguera próxima les convertía en blancos fáciles para hombres expertos. Al-Azraq enarboló el arco y su saeta salió disparada, matando con el mayor de los silencios a uno de los soldados. Al instante, otras cinco flechas surcaron la noche, abatiendo a otros tantos soldados, quienes aún no se habían repuesto del repentino ataque. Subieron los moros en las cabalgaduras y comenzaron a correr por el campamento enarbolando sus espadas y atacando a cuantos encontraban en su alocado galope. Al-Azraq vio próxima una fogata cristiana y al advertir que había maderos de relativa longitud, cabalgó hasta ella y haciendo alarde de su gran habilidad, cogió al galope uno de aquellos troncos encendidos y lo lanzó contra una de las tiendas, que inmediatamente comenzó a arder. Varios soldados le hicieron frente pero la terrible cimitarra de Al-Azraq les derribó al instante, mutilándoles de forma horrorosa. Cuando la gente del campamento quiso reaccionar, el jefe árabe y su pequeño ejército ascendía ya las rampas de su reducto, dejando tras sí numerosos muertos, varios heridos y una tienda incendiada. Una vez en lugar seguro, Al-Azraq, satisfecho por la hazaña, manifestó:

—¡Así es como debemos luchar contra nuestros enemigos, atacándoles siempre por sorpresa! ¡Que nunca puedan estar tranquilos!

Se imaginaban la cólera que se habría apoderado del rey cristiano y para ellos, aquello, además de las bajas producidas en sus hombres, era suficiente motivo de orgullo. Su momentánea euforia quedó enfriada cuando habló Abenbazol:

—¡Procurarán vengarse! ¡De cualquier forma, pero procurarán devolvernos el golpe!

Al-Azraq miró a sus hombres, luego a Albenbazol. Lanzó su risa.

—¡Qué forma tan extraña tienes de celebrar las victorias!

El aludido no replicó, dio la espalda y se adentró en las dependencias del castillo. Al-Azraq sabía que al capitán no le había agradado su comentario. Albenbazol era un hombre austero, entregado por completo a su causa, introvertido y excesivamente lacónico, con una fatalista filosofía que no sabía de dónde podía haberla adquirido. Al-Azraq no le conocía amor alguno que no fuera la guerra, lo que resultaba infrecuente entre los musulmanes, pero el caudillo árabe sabía la razón de esta carencia de afectos femeninos, aunque él, Abenbazol, jamás lo habría confesado ni lo confesaría, porque su gran amor, su deseo insatisfecho era Albenzaida, su madre. Ninguna otra mujer había podido ocupar aquel espacio en su pecho y como sabía que se trataba de algo imposible, por sumisión a Hudzäil y fidelidad a él, todas las energías las consumía en el combate; se diría que en ella, en la aventura que significaba para la vida o la muerte, sentía un extraño placer, que si bien no ahogaba aquel amor inalcanzable, al menos servía para desviar sus sentimientos.

Pero los presentimientos del capitán árabe, como casi siempre, se cumplieron, porque el ejército de Don Jaime volvió a atacar. Las murallas del castillo se llenaron de defensores mientras que bajo ellas se movían, gritaban y corrían los soldados. La resistencia de los defensores fue tenaz, tanto que el rey tuvo que dar de nuevo la orden de retirada. Aquel bastión parecía inexpugnable y esto comenzó a preocupar a Don Jaime, que nuevamente decidió llamar a sus nobles para consulta:

—¡Sabe Dios —comenzó diciendo el rey—, que jamás he temido en las batallas ni castillo alguno frenó mi deseo de reconquista, pero la realidad es que esa grandiosa fortaleza ahora nos lo está poniendo muy difícil!

Don Nuño de Gracia descubrió sus impresiones, recogidas durante la lucha:

—Creo que están liderados por un árabe desconocido.

—¿Alguno sabe quién es? —preguntó el rey.

—Lo ignoramos, señor, pero pienso que puede ser alguno de los generales del rey de Valencia, enviado aquí para proteger Cullera.

—Yo incluso diría —añadió otro de los nobles—, que se trata del mismo hombre que se atrevió a atacarnos la otra noche.

En la cabeza del rey apareció la imagen de aquel árabe que disparaba las flechas contra la torre cristiana, abatiendo, con una puntería asombrosa, a los que desde ella intentaban mermar las fuerzas enemigas. Su instinto le avisó de que se trataba de un enemigo

valeroso y con mucho ascendiente entre la gente del castillo. Pensó Don Jaime sobre las posibilidades de vencer aquella inesperada oposición.

—Quizá debamos intentar alguna embajada.

—¡Señor, a estas alturas de la guerra no parece que sea posible! —adujo uno de sus capitanes.

—¿Por qué? ¿Acaso porque nos han obligado a retirarnos durante las veces que hemos intentado el asalto? ¡No! —negó convencido—. ¡Se puede perder una batalla o varias, pero la guerra continúa y eso debe hacernos reflexionar!

—¿Y qué vamos a intentar con ese parlamento? —le preguntaron.

Sin dudar un momento, el rey respondió:

—¡La rendición, naturalmente! Caballeros, nos conviene terminar esta empresa con la mayor rapidez. Los víveres ya empiezan a escasear y esto puede mermar la capacidad ofensiva de nuestros soldados. Este es un hecho que todos conocéis y en su razón conviene acelerar las iniciativas.

Alguien sugirió que un destacamento se desplazara a territorio catalán para avituallar al ejército. Aquella posibilidad fue rechazada por Don Jaime:

—Son varias las razones que nos lo impiden. Una es que un grupo de hombres sería blanco fácil para los enemigos; otra, que no podemos perder tanto tiempo en la ofensiva, y la última es que acaso podamos convencer al jefe enemigo de que es más beneficioso para ellos y sus gentes llegar a un entendimiento.

Desde las murallas los centinelas vieron cómo se acercaban tres jinetes, portando uno de ellos bandera blanca. Al-Azraq fue informado al instante y dispuso que se les recibiera con toda cortesía. Él y Albenbazol se presentaron ante los embajadores del rey cristiano. El enviado para parlamentar, advirtiendo igual prestancia y altanería en ambos hombres, preguntó:

—Mi misión consiste en tratar con el caudillo de este castillo.

—¡Yo soy! —respondió Al-Azraq.

—En ese caso, señor, a vos me dirijo. Nuestro rey Don Jaime I, señor de los territorios de Aragón, Cataluña, Mallorca, dueño de Montpellier y otras tierras, cuya cita resultaría interminable, nos envía para que intentemos llegar a un entendimiento, evitando más sufrimientos y muertes de soldados.

—Dispuesto estoy a dialogar, pero, ¿cuál sería el pacto?

—Podéis suponer que todo ha de girar sobre la rendición de Cullera.

El gesto de Al-Azraq se endureció, a la vez que la mirada de su capitán adquiría un tono acerado. Los embajadores cristianos se dieron cuenta al instante de que convenía anticipar noticias

tranquilizadoras, antes de que los árabes rechazaran la propuesta.

—Sería voluntad del rey entrar pacíficamente en la ciudad, respetando la vida, propiedades y viviendas de sus habitantes.

Al-Azraq se sintió menos tenso ante la oferta real porque suponía finalizar con las penalidades que su pueblo estaba padeciendo. Miró a su acompañante y le preguntó:

—¿Qué te parece el pacto que nos proponen?

Albenbazol, sin perder la dureza de sus facciones ni desviar la vista de los cristianos, respondió:

—¡La generosidad del rey cristiano no nos es desconocida! Utiliza buenas palabras y cuando nos convence, obliga primero a que le rindamos vasallaje; después, a que le abonemos tributos para poder continuar manteniendo su ejército, y al fin decide que nosotros, los árabes, debemos quedar sometidos al noble al que decida adjudicar las tierras entregadas, obligándoles, como esclavos, a labrarlas y a hacerlas producir en su beneficio. En esas condiciones rechazo el pacto.

Y cuando el árabe terminó de hablar, en la estancia parecía que aún rebotaban sus palabras contra los muros. Al-Azraq, poco conocedor aún de la diplomacia, por no estar curtido en ella, se volvió hacia los visitantes, preguntando:

—¿Es cierto cuanto dice mi capitán?

El que parlamentaba, mientras sus acompañantes guardaban silencio, respondió:

—Si el rey Don Jaime ocupa Cullera, es natural que a cambio de no permitir saqueos y botines por los hombres de su ejército, pida a cambio que todos le sean leales.

—¿Y exigirá tributos? ¿Y repartirá las tierras? ¿Y obligará a nuestros hombres a cuidar los campos, no en su propio beneficio, sino a favor del noble al que adjudique esos territorios?

Evasivamente el embajador eludió responder directamente a las cuestiones que Al-Azraq terminaba de plantearle e insistió:

—Siempre el rey Don Jaime ha cumplido con sus promesas. El vasallaje es inherente a toda rendición, ya sea por convenio o adquirida la plaza por las armas.

—¡Eso lo entiendo! —manifestó Al-Azraq—, pero insisto, ¿hemos de ser tributarios del rey de Aragón? ¿Respetará nuestro territorio?

—Señor —respondió el parlamentario—, nosotros ignoramos cuáles serán los pensamientos de nuestro monarca. Solo podemos afirmar que no se hará daño alguno a los habitantes ni a vuestros soldados...

—Que se nos respetarán las vidas… —interrumpió Al-Azraq—, eso ya lo hemos escuchado, ¡pero nada se me dice de lo que sucederá después!

Albenbazol volvió a hablar, dirigiéndose hacia su general para advertirle con aquella hiriente entonación que daba a sus palabras:

—¡No pueden prometer más porque saben que todo cuanto he dicho es cierto! Ahí está el ejemplo de las islas; basta con saber la distribución que su rey ha hecho de los territorios conquistados a nuestros hermanos de Mallorca, ¡y en la mísera condición a la que los ha reducido!

Los cinco hombres volvieron a quedar silenciosos. Los cristianos comprendieron que no podían ocultar las intenciones reales ante la sagacidad de aquel capitán árabe. Al-Azraq respondió en ese instante:

—Decidle a vuestro rey que si su condición es tan solo la de respetarnos la vida, eso carece de interés, ya que desde el comienzo de esta guerra la pusimos en juego. Únicamente aceptaríamos una condición: la de convertirnos en sus vasallos, pero nada más. Nuestras tierras seguirán siendo nuestras, así como nuestras casas y castillos. Que no admitimos ser sus tributarios, porque eso representaría que con nuestros estipendios le ayudaríamos en contra de los de nuestra raza. Si todo eso no es aceptado, puede vuestro rey seguir atacando esta plaza que nosotros sabremos cómo defenderla.

El parlamento había concluido. Resultaba innecesario proseguir sobre algo que ya estaba decidido. Cuando los cristianos estaban aún saliendo escucharon que Al-Azraq añadía:

—Decidle también que si opta por la continuación de la guerra, esta será más dura, más larga e incluso más feroz de las que hasta ahora haya mantenido.

Cuando la representación cristiana abandonó el castillo, los dos jefes árabes se miraron, comprendiéndose al instante:

—Has hecho bien en advertirme. Casi me decido por algo que aún hubiera sido peor para nosotros.

Albenbazol sonrió y se limitó a decir:

—Es que no te enseñé a ser diplomático y esta es una cualidad muy necesaria ante los cristianos.

—¡Cierto! —confesó Al-Azraq—. ¿De qué nos sirven los varios idiomas que conozco, si ante una embajada, no sé aplicar las palabras adecuadas o no reparo en las sutiles artimañas que me tiende el enemigo?

Su auditor continuó sonriendo con aquella socarronería que tanto irritaba a Al-Azraq y frotándose las manos, determinó:

—Confío en que la lección de hoy te servirá para el futuro. —Dudó unos momentos y concluyó—: ¿Sabes en qué pensaba cuando te vi indeciso ante la propuesta que te ofrecieron?

—No, no lo sé.

—En que si aceptabas, yo huiría de aquí, volviendo a tu castillo de Alcalá.

—¡Tú necesitas vencer o morir, pero rendirte, jamás! —respondió sonriendo Al-Azraq.

—Dices bien. ¡Jamás!

Se recrudecieron las incursiones moras al campamento cristiano, en una acción de continuo hostigamiento. Las batallas campales, una vez rechazada la oferta formulada por el rey se reanudaron, pero Al-Azraq opuso tal resistencia que después de varias jornadas de luchas y ante la falta de abastecimientos para mantener a su ejército, el rey cristiano decidió que la medida más prudente era la de levantar el sitio, a fin de rehacerse.

¡Al-Azraq había vencido en la primera de sus batallas! Y Cullera quedó libre del asedio del enemigo. Y aquella victoria cundió por montes, bosques, valles y ríos, trasladando en sus alas la valentía del ejército moro. Para los árabes, un caudillo terminaba de ser descubierto, y los sarracenos, con él al frente, estaban dispuestos a seguirle a cualquiera que fuera el lugar.

VI

Aún permaneció Al-Azraq varias semanas en Cullera, entregado por completo a su causa árabe. Entre él y su inseparable amigo procuraron adiestrar más a los soldados a sus órdenes. Esta formación militar se

había convertido en la obsesión de ambos. Sabían que el rey cristiano aparecería en cualquier momento para intentar de nuevo la conquista de la fortaleza y había que estar preparados en todo momento.

—¡Sé que el enemigo no se ha dado por vencido! Es más, por lo que conozco de ese rey, estoy seguro de que no permitirá que esta defensa sea un obstáculo para conquistar Valencia. ¡Debéis ser fuertes! ¡Aprended! ¡Sabed sufrir porque tengo el presentimiento de que, a pesar de nuestra reciente victoria, son amargos los días que esperan a los de nuestra raza!

Al-Azraq era un hombre inquieto, nervioso y fácilmente irritable. En los campos, mientras observaba las maniobras simuladas de su ejército, aparecía como un dios, altivo y fiero, montado en su negro alfaraz y luciendo aquel turbante blanco.

—Dice Albenbazol que te dignes a acudir a la sala de armas. Quiere hablarte.

Resultaba extraño que no acudiera su propio amigo y precisara enviarle un aviso por otra persona.

—¿Sabes de qué?

—¡No, Al-Azraq! Ya sabéis que es muy reservado pero casi podría afirmar que hoy le he visto más serio de lo que es habitual en él.

—Enseguida iré.

Finalizó sus últimos quehaceres y descendió a la gran sala. Allí le esperaba Albenbazol, rígido, en pie, mirando hacia el vacío, a través de la ventana; sus ojos permanecieron quietos, inexpresivos, como si nada ni nadie le importara, o al menos, sin manifestar interés y ello a pesar de haber escuchado los pasos de Al-Azraq, que se le acercó y tomándole del brazo con afectuoso gesto, preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Por qué estás tan indiferente o tan tenso? ¿Qué temes?

El capitán árabe no varió de actitud. La luz del día destacaba su moreno rostro y sacaba casi destellos de aquellos negros ojos. Tardó unos instantes en responder, como si temiera hacerlo, como doliéndole:

—¡No, no temo peligro alguno! ¡El riesgo forma parte de mi vida! ¡Es algo mucho más importante, más profundo! Una flecha atravesándome el corazón no me causaría tanto dolor y lo peor de la noticia recibida es que más que a mí te concierne a ti.

Al-Azraq se alarmo ante aquellas revelaciones y se inquietó:

—¡Hermano, no produzcas más recelo en mi pecho y dime qué noticias has recibido!

Albenbazol pareció recobrar sus sentidos. En aquel rostro curtido por cien vientos, tostado por las montañas y endurecido por los combates, unas lágrimas lo surcaban resbalando lentas, como si por ellas se escapara el alma de aquel gran guerrero. La alarma aumentó

en su amigo:

—¡Por Alá, dime de una vez qué es lo que pasa!

—Al-Azraq, tú eres un general valeroso y nada debe hacer temblar tu ánimo. Por eso no iré con medias frases ni con misericordiosas evasivas. ¡Tu madre, la hermosa, la bella Albenzaida, está muy enferma!

—¿Enferma? —y una duda germinó al instante en la mente del soldado—. ¿Enferma o muerta?

Albenbazol negó silenciosamente la cabeza, pero respondió a aquella duda con una sola palabra:

—¡Agonizando!

La noticia le conmovió con intensidad porque no la esperaba. Comprendió al momento por qué sangraba el corazón de su amigo y el suyo. Nada tenía que averiguar del reverencial respeto de Albenbazol por su madre y tampoco le desconcertaba que él sintiera ver desaparecer a aquella mujer, a su madre, a la que, a pesar de sabiéndola prohibida, la amó hasta lo infinito en lo más recóndito de su alma. Le tomó por los hombros queriéndole transmitir su comprensivo dolor y ordenó:

—¡Nos vamos, amigo! ¡Volvemos a nuestro Alicante!

Albenbazol pareció revivir ante aquella orden, pero no obstante adujo:

—¿Y qué será de este castillo?

—Es de ellos. Nosotros ya les hemos ayudado cuanto debíamos. Nuestro sitio está allí ahora.

Poco después salía de la fortaleza un reducido número de hombres, pertenecientes al ejército de Al-Azraq. Dejaban Cullera para internarse en la serranía, hasta llegar a Alicante. El caudillo árabe imprimió la mayor celeridad a su reducido ejército, para intentar, de manera desesperada, ver viva a su madre. Inducir a este sacrificio al capitán Albenbazol era innecesario, porque bien conocía sus sentimientos, su ideal amor hacia su madre. Ya en las primeras estribaciones de la cordillera, donde el aire parece más sutil y repleto de fragancias y donde trinan y juguetean los pájaros o reptan las serpientes y alacranes, decidieron acampar en uno de los bosques. Desde que salieron de la fortaleza valenciana, sumergidos en su dolor, no habían mantenido conversación alguna los dos capitanes. Fue en aquel descanso cuando Albenbazol se sentó junto al superior Al-Azraq:

—¿Crees que llegaremos a tiempo?

Al-Azraq elevó los ojos hacia el cielo y contestó:

—Espero que nuestro gran Profeta interceda para que así sea.

Pensó que aquel momento era el apropiado para preguntarle aquella secreta pasión, tantos años oculta, pregunta que por un lado le avergonzaría confesar, y por otro, porque le produciría amargura. Por

eso inició la conversación con gran cautela.

—Tú siempre estuviste al mando del ejército de nuestra ciudad ¿no es cierto?

—No —rechazó su amigo—. La vida militar la inicié desde niño, pero mis padres eran de Murcia y es allí donde aprendí los primeros lances; años después, mis padres decidieron trasladarse a Alicante, donde me pusieron, muy joven, al servicio de la guarnición que manda tu padre, para que terminara de adquirir los debidos conocimientos de la guerra.

—Pues a juzgar por los hechos, mi padre debió facilitarte a los mejores hombres de su ejército para su adiestramiento.

Albenbazol le miró con sorpresa, como si aquella afirmación le resultara incomprensible y dijo:

—Pero, ¿es que nunca te lo he contado?

—¿Contarme qué?

—Pues que el único que se encargó de mi enseñanza fue él, tu padre.

Al-Azraq desconocía aquello, por lo que tuvo que preguntarle:

—Si mi padre fue capaz de hacer de ti tan formidable soldado, ¿por qué no lo hizo conmigo? Entonces aún era joven y podía hacerlo, porque se encontraba fuerte.

—Bueno, esa es una pregunta que acaso debieras formulársela a él, aunque quizá pensó que era preferible que lo hiciese alguien que no estuviese tan unido a ti por parentesco.

Al-Azraq hizo un gesto dubitativo ante aquella explicación y decidió afrontar su curiosidad más frontalmente:

—Antes de proseguir quiero que sepas que te tengo más que como un capitán, como mi amigo, y más aún que amigo, un hermano. Te advierto esto para que consideres el afecto que te tengo y no juzgues improcedente mi pregunta, ni te violentes por ella.

Albenbazol se limitó a realizar un gesto indefinido, ignorante del porqué de tanto circunloquio:

—¡Pregunta!

—¿No será que fui confiado a tus servicios, trasladándome a mi castillo de Alcalá porque mi padre sospechaba del amor que le tenías a mi madre?

Albenbazol elevó rápidamente la mirada hacia Al-Azraq. No esperaba aquella pregunta y por eso no se atrevió a responder. Un pesado silencio se produjo entre ambos hombres, como si en él se hubiese detenido el viento. Al-Azraq rió divertido ante el azoramiento de su amigo.

—¡Vamos, hermano! —dijo golpeándolo en la rodilla con una suave palmada—¡Vamos! Nada has hecho que yo pueda considerar vil o infame. No has tenido mujer alguna aunque puedas haber

devaneado con otras... Has sido fiel a mi madre y es justo mostrarte mi gratitud, porque a la vez también has sido leal con mi padre. ¡Ya sé, ya sé de ese turbulento y ambicioso deseo de que las favoritas sean solo y tan solo para su señor! Pero tú nunca has intentado destrozar nuestra tradición.

Su amigo le escuchaba sin comprender muy bien cómo había podido conocer sus más íntimos sentimientos.

—Pero, ¿tú cómo has averiguado el secreto que sólo se encerraba en mi alma?

—No era necesario. Bastaba con observar tu mirada cuando hablabas con mi madre; la timidez de tus palabras cuando a ella te dirigías; tus gestos, dulces y galantes cuando ella te solicitaba alguna cosa. Tus miradas hacia el ajimez cuando ella se apoyaba allí y miraba cómo me adiestrabas. ¡Todo, hermano mío, todo tú estaba continuamente pendiente de ella!

Albenbazol se sonrojó. Aquel secreto que tanto le estaba haciendo sufrir; aquel amor encerrado bajo una pesada losa se había escapado por alguna de las grietas que, sin él quererlo, se había producido en sus intersticios incorpóreos. Una sospecha le martilleó la mente y con cierto temor preguntó:

—¿Piensas, de verdad, que tu padre, mi muy querido gobernador de la fortaleza y amigo siempre, pudo pensar de mí lo mismo que me acabas de revelar?

Al-Azraq rió muy divertido por aquella preocupación y levantándose del lugar en que se encontraban le aseguró:

—¡Ea, vamos! ¡Ni lo pienso! Si quieres saber la verdad, esto ha sido solo una trampa para saber, de una vez, si lo que yo pensaba de ti era cierto.

Caminó hacia el caballo. Se sintió cogido del brazo y escucho decir, aunque con amables palabras:

—¡Traidor! ¿Así respondes a mis desvelos y preocupaciones por ti?

Luego añadió, con aquel dolor que tan hondo le había producido la repentina enfermedad de Albenzaida:

—Tan pronto como lleguemos ¿permitirás que la vea? ¡Sería un golpe insoportable para mí si no accedierais ni tú ni tu padre! Sé muy bien que nadie puede entrar en el harén y aún menos visitar a la preferida del emir, pero es tanto el cariño que mi corazón contiene hacia Albenzaida...

Al-Azraq no pudo evitar, casi con lágrimas en los ojos, dar un fuerte abrazo a su amigo, a aquel hombre imperturbable, fuerte, hábil en el combate y sereno ante el peligro, convertido en una persona vencida por los sentimientos, unos sentimientos exteriorizados solamente aquella vez.

—¡Si Alá quiere que lleguemos a tiempo, te aseguro que la verás!

Y desde el caballo levantó el brazo advirtiendo a sus hombres que la marcha continuaba.

Cuando llegaron, fue su padre quien les recibió alborozado por el retorno y las pasadas conquistas; sin embargo, a pesar de su aparente alegría, Al-Azraq le encontró abatido y mucho más avejentado.

—¿Llegamos a tiempo?

No hacía falta decir para qué. El mismo aire hubiera podido responder a la interrogación.

—¡Sí, hijo, aún estás a tiempo! Ahora la verás algo mejorada, por lo menos en relación a como estaba hace algunos días. Yo diría que ha sido su tenacidad por verte la que le ha dado fuerzas. Los alfaquíes, no obstante, no me dan esperanzas; dicen que esa aparente mejoría es el preludio de su próxima muerte. ¡Sólo un milagro podría salvarla!

—Pues entonces, perdónanos. ¡Subimos inmediatamente a verla! —advirtió Al-Azraq.

Los ojos de Hudzäil se abrieron con sorpresa y preguntó extrañado:

—¿Subimos?

—Sí, padre, Albenbazol y yo, ¿quieres venir también con nosotros?

Hizo un gesto negativo, sin dejar de mirar a su hijo. Le costaba añadir lo que quería decir.

—No, ahora no, termino de estar con ella. Ahora lo que está es inquieta por verte.

Se encaró hacia el capitán, para advertirle, con notable disgusto:

—Y tú, Albenbazol, no te ofendas, pero sabes que a ese recinto no puedes subir, lo impide nuestra ley. ¡Lo sabes!

El capitán sarraceno inclinó el rostro, como si quisiera ocultar algo vergonzoso en su conducta. Fue Al-Azraq quien acudió en su auxilio.

—Padre, no puedes impedírselo a este hombre, que ha sido para mí todo; que por mí ha renunciado a su propia felicidad; que me ha formado y en conclusión que ha sido casi tanto como tú y, ¡por favor!, no pretendo ofenderte con estas palabras. En estas circunstancias, ¿cómo puedes impedirle un deseo tan natural como este? Nuestra ley puede ser rígida pero estoy seguro de que jamás, injusta, y lo sería si no permitieras al gran Albenbazol visitar a mi madre.

Hudzäil no supo qué responder a aquellos argumentos tan reales como sinceros. Se dirigió a Albenbazol:

—¿En verdad es tu deseo verla?

El aludido, con timidez, por si con ello hería el sentimiento del emir, gobernador de la plaza, respondió con humildad:

—Si no molesto en nada a vuestra dignidad, sería dichoso en poder pasar unos instantes a su lado.

El padre de Al-Azraq fue comprensivo y no opuso otros impedimentos. ¿Por qué contrariar a tan fiel vasallo y leal maestro de

su hijo? ¿Por qué Alá podía sentirse ultrajado ante tan humanitaria condescendencia y petición?

Cuando ambos hombres ascendían hacia los aposentos, escucharon las frases que les dirigió el jefe de la plaza.

—Luego tenéis que contarme la batalla de Cullera, porque aquí la gran victoria ha corrido como el viento.

—Hablaremos, padre. Conocerás todos los detalles y la forma en que luchan esos enemigos de nuestra raza.

Llegaron hasta la puerta de la dependencia donde se encontraba Albenzaida. Su dormitorio estaba separado del de las demás mujeres, quienes al notar la presencia de los dos hombres no pudieron remediar sus gritos de satisfacción y afecto. Aún eran muy hermosas pero atrás ya habían quedado los felices años de su juventud. Podríamos decir que eran mujeres defraudadas por la vida, porque su amo y señor Hudzäil siempre había sido muy austero, y aunque había compartido parte de su vida con ellas, la mayor cantidad fue para Albenzaida, a la que guardó una particular fidelidad, lo que no era usual en un sarraceno. Después de los saludos abrieron con cuidado la puerta de la habitación en la que reposaba Albenzaida. La gran estancia estaba en silencio. Nada más entrar percibieron el olor indescriptible de infinidad de hierbas, pócimas y brebajes preparados por los doctores en un desesperado intento por sanar a tan ilustre enferma. El lugar se hallaba algo oscuro, protegiéndola de la luz. Al-Azraq se acercó hasta el lecho de su madre. Albenbazol se quedó tras él, respetuoso y expectante.

—¡Madre! —susurró Al-Azraq cerca del oído—. ¡Madre, he venido para estar contigo!

La mujer, que mantenía el rostro hacia un lado lo giró con lentitud, costándole, poniendo en ello la mayor voluntad. Sus ojos parecieron resplandecer cuando por ellos se introdujo la imagen de su hijo. Elevó la mano temblorosa, vacilante, hasta que Al-Azraq la estrechó entre las suyas. La enfermedad había respetado muy poco la extraordinaria belleza de Albenzaida, pero sin embargo no había conseguido arrebatarle el tierno mirar, ni la luminosidad de su sonrisa, hasta extremo tal que cuando lo hacía, no parecía hallarse próxima a morir.

—¡Qué feliz soy sabiendo que ya estás de regreso! ¡Cuánto he suplicado al Poderoso para que te protegiera de todo daño!

Su voz resultaba casi inaudible, a pesar del silencio existente.

—Pues ya ves que tus oraciones han sido escuchadas.

—¿Has hablado con tu padre?

—Sí, antes de que subiéramos.

—¡Ah! ¿Es que está él también aquí?

Su mirada se perdía en el vacío, incapaz de apreciar a las personas,

si no se hallaban junto a ella.

—No, madre. Quien ha querido verte es Albenbazol. Está muy triste al ver que estás enferma.

Ella hizo inútiles intentos para lograr ver a su fiel soldado. Albenbazol observó sus gestos y se arrodilló junto a la cama al lado de su amigo.

—¡Señora! —dijo temblándole la voz, como si estuviese a punto de llorar—, ¡estoy aquí, con vuestro hijo!

Albenzaida le miró y es cuando pudo ver sus facciones, y lo hizo de aquella forma de la que solo ella era capaz, como si acariciara, como si el alma dulce y generosa se asomara por ellos.

—¡Mi buen amigo! ¡Mi fiel vasallo! ¡Cuánta alegría siente mi corazón al verte!

—¡No sabéis la infinita pena que sufro al veros enferma! ¡Si Alá lo permitiera, muy gustoso daría mi vida si con ella recobrarais la salud!

Al-Azraq sabía muy ciertamente que aquellas frases no eran simple retórica, sino hondas, profundas, salidas como un manantial de su amigo de armas.

—¡No lo pongo en duda, Albenbazol! ¡No lo pongo en duda!, pero yo ya he vivido bastante, según disponen los altos designios y como tu petición sé que no será escuchada, yo sí quiero pedirte algo que me tranquilizará y pondrá un dulce bálsamo en mi alma.

—¡Nada más tenéis que pedirlo y seré vuestro esclavo!

Albenzaida apretó con ternura las manos de su hijo cuando volvió a dirigirse al capitán.

—¡Prométeme que siempre, mientras puedas, cuidarás de mi hijo!

Y el llanto se insinuó en los ojos de la mujer al formular aquel deseo.

—¡Madre! —intervino Al-Azraq—, no sufras ni pienses ahora en mí. Lo importante es que te repongas, que obedezcas en todo a los médicos que cuidan de ti.

Pero ella no escuchaba entonces a su hijo. Tenía puesta la mirada, en secreta súplica, hacia Albenbazol. El soldado puso su mano, con reverencia y temor sobre las de Albenzaida, queriendo transmitirle con aquel cariñoso gesto lo mucho que estaba sufriendo, y afirmó:

—¡Mientras mi brazo pueda resistir el peso de la espada, mientras Alá me conserve la vida, estad segura de que cuidaré de vuestro hijo como si de mí se tratara!

Sonaron solemnes aquellas promesas en un momento como aquel. Albenzaida sonrió y su rostro pareció adquirir un extraño y suave resplandor.

—Siempre, siempre he sabido que podía depositar mi confianza en ti.

Desvió la mirada hacia su hijo y con evidente cansancio, añadió:

—Tu ausencia ha sido larga y duro el viaje, y sin embargo, nada me has contado desde el momento en que saliste del castillo de Alcalá.

El rostro se le había vuelto blanco, le costaba continuar la conversación, aunque lo deseaba. Los dos hombres se dieron cuenta y por eso Al-Azraq le dijo:

—¡No te esfuerces en hablar! ¡Ya lo haremos cuando te repongas y entonces lo sabrás todo!

Un alfaquí entró en la habitación portando una jarra y diversos paños. Al verlos, les advirtió:

—No la canséis. Debo auxiliarla y aliviar sus males. ¡Salid!

Traspasaron la salida de la habitación con el pecho oprimido. Al-Azraq afirmó con tristeza:

—¡Se muere, hermano! ¡Mi madre se muere!

Y Albenbazol ni siquiera pudo responder ante su propio dolor. Los intensos ojos negros, húmedos, se perdieron en el subyugante cielo, intensamente azul de Levante y entre las frondas boscosas y pardos riscos. El capitán entrelazó sus manos, como si entre ellas aún conservara los dedos marfileños de la ilustre enferma. Al-Azraq comprendió que su amigo precisaba sumergirse en el silencio, sentir el suave viento, que silbaba entre los pinos de la sierra, el sol y la humedad del mar, y triste él también decidió dejarlo en aquellas almenas como si fuera una estatua erigida en las murallas. A su frente emergían los árboles boscosos, aglomerados con las briosas encinas y eucaliptos, por cuyos tallos ascendían, con la indiferencia de un reptil, las yedras y enredaderas, ocultando, en ocasiones el color de los troncos, que se pintaban del húmedo verdín que provocaba la propia umbría. Los pardos farallones se cubrían de ocre hasta donde alcanzaba su propia autoridad; cuando la perdía, ocupaban el suelo los jazmines de monte, lirios silvestres, jaras, romeros, aliagas y diminutas flores montaraces, como la pequeña y amarilla camomila, salvia o campanilla azul. En otros lugares, donde no vencía el risco ni la vegetación, porque la que se adueñaba era la sombra como única señora, la humedad se convertía en perenne aliada del mirto, musgo y verdín. Los bosques estaban sembrados por múltiples matas de generación espontánea, que al roce del viento dejaban escapar infinidad de aromas arrancados del tenue refugio que proporcionaban sus matas y flores, que así conjuntados, llegaban hasta el castillo.

Ajeno a todo aquello, en un extraño contraluz, la figura de Albenbazol permanecía quieta, erguida, inmutable... en aquellos instantes, todo le era indiferente al árabe; el sol declinaba ya en su diario camino, pero no parecía contar para el dolorido corazón del capitán, y cuando las sombras se apoderaron del día, la silueta del guerrero se fue difuminando con los últimos haces de claridad y los primeros jirones del anochecer.

Durante varios días persistió la incertidumbre por las variaciones que sufría la enfermedad de Albenzaida. En unos, la esperanza de su recuperación llenaba de contento a cuantos la querían, y en otros se debatía sobre ellos el más profundo pesimismo.

—¡Hijo! —le pidió en una ocasión—. ¡No consientas que los cristianos nos arrebaten nuestras tierras! ¡Después de lo ocurrido en la batalla de Cullera cabe pensar que si te lo propones, nunca lo lograrán!

—No pienses en nada de esto ahora. Lo importante es que te pongas bien.

—¡No, no Al-Azraq! Mi hora ha llegado. Es inútil pensar de forma distinta. Cada persona tiene la vida pendiente de una estrella y la mía ya se ha agotado.

—Bueno, eso no dejan de ser apreciaciones tuyas. Los médicos confían en restablecerte.

Estaba obsesionada por la guerra cristiano-árabe y esas preocupaciones no eran nada recomendables para mejorar su salud.

—¿Qué ocurrirá? ¿Podrán arrebatarte tus castillos, ya sea el de Alcalá o el de Gallinera o cualquier otro?

Para tranquilizarla de aquella manía que continuamente la perseguía, para desvanecer sus temores le aseguró:

—Mientras vivamos Albenbazol, Albacoor o yo mismo, te aseguro que ningún cristiano elevará su bandera en nuestros torreones.

En otras ocasiones era muy difícil mantener conversación alguna, porque la misma enfermedad la hacía desvariar. Se quedaba inmóvil, con la mirada perdida, sin notar o sentir cuanto acontecía a su alrededor.

Una noche finalizó aquella incertidumbre. Albenzaida depositó su alma en los brazos del todopoderoso Alá, acabando así sus sufrimientos y logrando el descanso eterno.

Desde la batalla de Cullera ya habían transcurrido varios meses. La vida se había tranquilizado en la sierra y la apacible quietud se adueñó de aquellas gentes. En ocasiones les llegaban noticias de los combates que sostenían los ejércitos cristianos, pero los fragores de las contiendas se escuchaban muy lejos y distantes. Alicante, Alcalá, Gallinera, Penàguila, Callosa, Pego y otras muchas pequeñas poblaciones no estaban amenazadas, y esa confianza hacía que sus moradores compaginaran sus tareas diarias con la formación militar.

Y así transcurrían los días, hasta que un grito lanzado por miles de gargantas recorrió aquellas cortadas, montes y valles.

—¡Cullera ha sido vencida! ¡Cullera ha caído ante los cristianos!

Aquella noticia deprimió notablemente a la guarnición del ejército

de Al-Azraq, que comprendió al instante la gravedad del problema.

—¡Ese maldito rey ya tiene abierto el camino para la conquista de Valencia! ¡Y no! ¡Valencia no debe ceder si yo puedo ayudar a impedirlo!

A todo galope llegaron los refuerzos de Al-Azraq a Valencia. Era importante su presencia en aquella plaza porque su riqueza e importancia aconsejaba aunar todas las fuerzas posibles. En aquel entonces la ciudad se desarrollaba en forma bien distinta a la que en su época de invasión proyectaron los romanos, partidarios de las grandes aglomeraciones urbanas, sino que manteniendo el núcleo principal las viviendas se esparcieron por los valles y las vegas, creándose así numerosas alquerías y lugares.

—¡Que Mahoma os bendiga! —pronunció el rey Zaen al saber que así incrementaba su ejército—. Nunca una ayuda ha sido tan bien aceptada como la que en estos angustiosos momentos me brindáis.

—¡Él sea contigo! —respondió Al-Azraq al saludo.

—¿Habéis divisado al enemigo?

—La llanura parece un trigal de hombres que ocupan casi todo.

—¡Sentaos!

Todos cumplieron la amable invitación, descansando sobre los cojines de cuero, bellamente repujados, rodeando el pequeño ataifor.

—¿Sabéis cuanto acontece?

—¡No! Solo hemos oído que Cullera ha sido ocupada.

—¡Así es! ¡Y supongo que también sabréis que el rey cristiano ha dejado a cargo de los Templarios la custodia de esa ciudad! Para nosotros es la peor decisión que podía adoptar.

—¿Por qué?

—¿Acaso ignoráis lo fanáticos que son esos monjes de espada? Pienso que esa ha sido una de las formas de agradecerles la custodia en que le tuvieron cuando era niño.

—Bien, Majestad, entendemos lo del fanatismo de esos soldados pero, ¿eso os hace desistir del propósito de recuperar la ciudad?

La propuesta escandalizó al rey, quien rápidamente la rechazó con energía.

—¡Sería una locura por nuestra parte! Y menos ahora, sitiados como estamos.

—Pero Majestad —insistió Al-Azraq—, ¿no pensáis que es más acertado hostigar al enemigo no en un solo frente, sino en varios a la vez? Eso les obligaría a dispersar sus efectivos.

—¡Claro que sí, pero también disminuirían nuestras fuerzas! —Y añadió, con cierta censura en su entonación— Observo que no os habéis percatado de lo crítico de nuestra situación ¡Escuchad! —descubrió el rey Zaen—, sabed que he enviado un emisario al rey de Granada. Sé que tiene parte de su gran ejército en la ciudad de Écija. Si su repuesta fuera afirmativa, bastaría con resistir, aquí, de momento, a los cristianos y después… después reconquistar Cullera.

A Al-Azraq no le parecían acertadas las palabras, al menos en un

rey, que aunque no lo quisiera estaba demostrando poca confianza en sus posibilidades. Y quiso saber si se equivocaba porque a continuación, preguntó:

—¿Y si el rey granadino no os otorga la ayuda que le solicitáis?

La respuesta fue lacónica y casi sepulcral.

—No tendría otra posibilidad que la de intentar parlamentar.

Aquel gesto vencido desagradó a Al-Azraq, porque con aquel ánimo era difícil que lograra obtener alguna victoria. Zaen pareció adivinar los pensamientos de Al-Azraq puesto que aclaró a sus visitantes y aliados:

—Mis hombres no son gente de guerra. Casi todos vienen de los campos y poblaciones cercanas, más que para luchar para buscar un refugio entre estas murallas. Esa es la dificultad.

—¡Pero, con todo respeto, eso ha sido un absurdo! ¿Cómo, sabiendo el movimiento de los cristianos, no preparasteis unos escuadrones capaces de defender Valencia?

—Sí, tengo un ejército, y un ejército adiestrado, pero insuficiente. Tan insuficiente, que ya veis la gran alegría que he tenido al saber que veníais en mi auxilio.

Al-Azraq se levantó de su almohadón y señaló:

—En definitiva, rey Zaen, para decirlo de algún modo, tenemos que esperar a la respuesta del rey de Granada y mientras tanto, hemos de limitarnos a resistir.

—¡Tú lo has dicho, Al-Azraq!

Todos siguieron el ejemplo del caudillo árabe con gran pesimismo en los rostros al escuchar la contestación afirmativa. Cuando se encontraron fuera, Al-Azraq no pudo remediar poner de manifiesto sus impresiones al capitán Albenbazol:

—¿Te has fijado? ¡Acobardado! ¿De qué le sirvió derrocar al rey Zeit si luego no es capaz de cumplir con sus obligaciones?

—No puedes exigir que todos tengan tus mismos pensamientos. Él piensa que antes de emprender una lucha es preferible evitar sufrimientos.

La cautela de Albenbazol no hizo reflexionar a Al-Azraq, que molesto, sentenció:

—¡A todo rey, amigo, se le ha de exigir como a tal! ¡Y esa condición le exige que si debe morir defendiendo Valencia, así debe ser!

Entre huertos de limoneros, naranjos y nísperos, remontando lomas y saltando acequias, cruzando la Rambla —como entonces se conocía al río Turia—, un jinete cabalgaba sin detenerse para llegar lo antes posible a la población de Écija. Su valenciana ciudad estaba en peligro y era necesaria la ayuda del rey de Granada. Caballo y hombre cruzando ríos, montes, bosques y tierras llanas con una sola idea:

cumplir con fidelidad la orden recibida. En muy pocas jornadas llegó al campamento donde los emires del ejército moro le recibieron al instante. Una vez escuchada la petición de auxilio, los mandos no dieron enseguida su respuesta. Necesitaban valorar las posibilidades de lo que se les pedía.

—¡Descansad! —le sugirieron—. ¡Vuestro viaje ha sido largo y estáis extenuado! Esta noche deliberaremos sobre la petición de vuestro rey y mañana tendréis la respuesta.

Alguien, sin que ellos lo supieran, estaba pendiente del diálogo entre el emisario moro y los emires granadinos. Nadie sospechaba que entre los soldados árabes pudiera existir un traidor. La misteriosa sombra se ocultó cuando el enviado era acompañado a una de las tiendas del campamento. El árabe no tardó ni unos momentos en dormirse profundamente, agotado por tan largo viaje.

A la mañana siguiente dos soldados acudieron a la tienda para dirigirse hacia donde se encontraban los mandos árabes. Luego de las salutaciones de ritual "¡Salam!" ¡Salam!", hizo uso de la palabra el de mayor jerarquía.

—¡Dile a Zaen que puede contar con nuestra ayuda! ¡Que aunque el viaje sea largo, debe resistir hasta que lleguemos!

—¡Alá os colme de bendiciones por tan grata noticia que llenará de júbilo a mi rey!

Unos pasos cautos y suaves se alejaban de la tienda donde terminaba de hablarse, cuando uno de los centinelas llamó:

—¡Eh, Aben Arraim! ¿Qué haces por este lugar? ¿No sabes que esta zona está prohibida a los soldados?

El moro que tan silenciosamente caminaba se volvió, y aún en su azoramiento, replicó:

—Para beber he de llegar hasta el pozo y para alcanzarlo, es necesario pasar por aquí.

El centinela, uno de los encargados de la guardia, no pareció muy conforme con aquella respuesta, porque todas las compañías tenían odres disponibles llenos de líquido. Vio cómo después salía de la tienda el emisario valenciano, que rápidamente comenzó a colocar los arreos a su cabalgadura, con evidente intención de salir pronto de allí, y se acercó hasta él preguntándole:

—Hermano, ¿es cierto que el ejército cristiano es tan numeroso como dicen?

—¡Cierto!

—¿Y nosotros podemos ayudaros?

—¡Así me lo han prometido!

—Pues si así lo han decidido los emires, ten la seguridad de que no faltarán a su palabra. ¡Corre cuanto puedas para darles ánimos a nuestros defensores!

—¡Correré, te lo aseguro, por lo mucho que nos va en esta batalla!

Entre tanto discurría aquella conversación, el centinela que hablaba con el valenciano observó, con extrañeza, que Aben-Arraim montaba en su caballo, saliendo del campamento, lo que no podía hacerse sin previa autorización. Entre tanto, el moro valenciano había montado ya y se despidió:

—¡Qué Alá sea contigo!

El aludido levantó el brazo en un amistoso gesto de despedida y contestó:

—¡Qué Él te guíe y os ayude mientras llegamos nosotros!

Poco sabía el centinela que la salida, aquella extraña salida de Aben-Arraim, tenía un solo objetivo: impedir el valenciano que llegara a su ciudad con la promesa de ayuda.

Y así lo realizó. Fue sencillo hacerse el encontradizo con él durante el camino, fuera de donde se asentaba el ejército. Inició una breve conversación con el emisario y en uno de los momentos en que se hallaba más descuidado, hundió su alfanje repetidas veces en el cuerpo del emisario. Sin embargo, lo que ignoraba Arraim es que le habían visto actuar de forma anormal en el campamento; por eso, cuando varios días después, en una de las cabalgadas que solían efectuar, descubrieron el cadáver del valenciano, el centinela informó a los capitanes de su sospecha. Por aquellos lugares no había caseríos cristianos ni menos aún, tropas cristianas. ¿Quién podía haber asesinado al emisario? ¿Por qué? Examinaron las heridas y pronto se dieron cuenta de que estaban producidas por un alfanje, cuya penetración en la carne provocaba una herida mucho mayor que una espada. Al principio los caudillos del ejército no dieron crédito a las sospechas, pero ante la seguridad del guardia, sometieron a un duro interrogatorio a Aben-Arraim quien al fin, no tuvo más remedio que confesar. Y la orden fue inminente: el traidor fue decapitado.

Los días transcurrían y el rey Zaen estaba cada vez más nervioso y preocupado al no recibir noticias. A su vez, los ataques a la ciudad eran más continuos. Al-Azraq y su pequeño ejército hacían frente a los envites cristianos con férrea tenacidad. El caudillo, en uno de aquellos asaltos, se dio cuenta de que cerca de la puerta de Boatella se alzaba una estratégica torreta que servía de avanzada para obstaculizar el ataque a la muralla por aquel lado. Era un lugar estratégico de importancia, por eso, cuando observó que una parte del ejército se desplazaba hacia aquel lugar, no se lo pensó porque enseguida escogió a una docena de hombres y se encaramó a la torre. Los capitanes cristianos, sin contar con la autorización del rey habían tomado la iniciativa de combatir, confiando en la facilidad del objetivo propuesto. La encarnizada lucha fue adquiriendo caracteres sangrientos. Los moros de la torre se defendían con bravura y los

nobles cristianos no podían imaginar tan tenaz resistencia. Ni siquiera existía la posibilidad de acercar escalas para acceder. La cuerda del arco de Al-Azraq cimbreó durante docenas de veces y cada proyectil era una baja infalible en el enemigo. La refriega no duró mucho porque los cristianos se retiraron, cesando en su hostigamiento. Cuando ambos contendientes cesaron, los alrededores de la torre vigía se hallaban cubiertos por soldados enemigos, unos muertos y numerosos heridos.

Al-Azraq dispuso que relevaran a los que habían luchado junto a él para continuar la defensa y retornó a las murallas de Valencia. ¡Poco imaginaba el caudillo árabe cuál iba a ser la reacción de Jaime I! ¡El enojo contra sus nobles por haber emprendido una acción guerrera sin ser consultado le congestionaba el rostro!

—¡Caballeros! —les gritó una vez reunidos—. ¡Esta es la clase de acciones militares con las que se empañan nuestras gestas! ¡Estas...! ¡Inexplicables decisiones las vuestras!... —se revolvió tan furioso hacia todos ellos que ni siquiera intentaron elevar su voz de autodefensa—. ¡Si el rey no lo ordena, no hay sitio en mi ejército para aquel que se considere con autoridad superior a la mía para decidir! ¡Ja, ja...!—rió nervioso—. Mis hombres pensaron: ¿qué es una pequeña torre protectora de la muralla para nosotros?, ¿no es eso? ¡Pues esa pequeña torre os ha hecho un guiñapo, os ha convertido en escarnio del campamento! ¡Solo una docena de hombres —dirán— han puesto en retirada al rey Don Jaime! ¡Porque dirán eso, señores, no dirán que han vencido a don Sancho de Lugones, ni a don Rodrigo de Llaneras, ni a ningún otro! ¡Dirán simplemente que han derrotado al rey Don Jaime! Pero habéis recibido el adecuado escarmiento.

El rey temblaba por su propia indignación. Los capitanes nobles que se hallaban junto a él, dada la elevada estatura real, parecían mucho menos altos de lo que eran en realidad.

—¡Habéis fracasado! —continuó el rey—.¡Y ahora soy yo quien se ve en la obligación de remediar vuestra derrota!

Se pasó los dedos por el pelo, con ademán impetuoso.

—¡Sí, vamos a solucionarlo! ¡Ahora mismo! ¡Preparad a vuestros hombres, traed carros con fardos de paja y vasijas con fuego prendido! ¡Preparad las catapultas y que monte la caballería! ¡Todos deben estar reunidos para antes del atardecer!

Las cortantes órdenes y sin ninguna posibilidad de réplica se cumplieron con total exactitud. Cuando parte del ejército real, compuesto de todos sus ballesteros y doscientos caballeros comenzó su marcha hacia la torre, sus defensores apreciaron enseguida que no podrían resistir, ya que solo diez hombres la protegían. Fue entonces cuando uno de los soldados árabes hizo sonar su trompeta, avisando

del peligro.

—¡Al-Azraq! ¡La torre está sitiada por los cristianos!

Subió a las almenas y lo que vio le sobrecogió el cuerpo. Era una inmensidad luchando contra unos pocos. Nubes de flechas subían contra los moros que difícilmente veían la posibilidad de repelerlas.

—¡Vamos en su auxilio! —mandó Al-Azraq.

Pero Abenbazol le detuvo con aquella serenidad que siempre sacaba a relucir en los más difíciles momentos, preguntando:

—¿Y cómo vas a llegar, si está totalmente rodeada? ¡No podrías pasar jamás el cerco y te matarían!

—Pues, ¿qué hacemos? ¡No podemos abandonar a esos hombres!

—No hay tiempo de reunir a varias escuadras nuestras. La verdad es que después de la victoria lograda, nos hemos confiado. Debíamos haber previsto la reacción del rey. —Sujetando a su amigo, convertido en un manojo de nervios, añadió—: ¡La guerra, Al-Azraq, es un cruel invento del hombre y en ella, cuando una causa se ve perdida, es preferible intentar otra nueva!

Al-Azraq no comprendía la estoica filosofía de su amigo. No imaginaba que fuese capaz, con su fatalismo, de asistir impasible a la derrota de unos hombres que defendían la misma causa.

Desde la torre se escucharon los gritos de los pocos defensores que quedaban, pidiendo clemencia al rey; pero Don Jaime, indignado por la derrota anterior, no escuchó las palabras de rendición sino que ordenó que se lanzaran con las catapultas varios haces de paja encendidos y de esta forma ardió la torre vigía con todos sus defensores. Solo cuando el rey vio que los hombres del pequeño bastión saltaban ardiendo, retorciéndose en el suelo por el dolor y la caída, una sombra de compasión parecía nublar sus ojos, pero para entonces ya toda ayuda era imposible. El rostro de Al-Azraq semejaba una máscara. Con un odio que se escapaba de sus ojos, dijo unas palabras que sonaron a maldición:

—¡Juro por mi madre, maldito y cruel cristiano, que por poco que Alá me ayude, te perseguiré, te acosaré, me abalanzaré sobre ti donde menos lo esperes, y juro que lo haré hasta el fin de tus días o de los míos!

El ejército cristiano, cumplida su misión, se retiró a las antiguas y más seguras posiciones; para los moros, la toma y destrucción de la torre que protegía la puerta de Boatella fue un duro golpe que desanimó aún más al rey Zaen, quien desesperado al no recibir noticias del emisario enviado a los ejércitos del rey de Granada, consideró que antes de que el desastre fuese mayor, era preferible intentar un pacto con el rey cristiano. Para tan delicada misión pensó en Al-Azraq, al que mandó llamar para hacerle saber su decisión. Cuando el general moro supo cuáles eran los propósitos reales

reprimió cuanto pudo su cólera pero con toda firmeza, rehusó.

—¡Yo, señor, sería incapaz de ser portador de una embajada de rendición!

El rey le miró con severidad porque no podía permitir que un súbdito se opusiera a sus decisiones.

—¡Tendría que obligaros!

La respuesta de Al-Azraq fue cortante:

—¡Soy vuestro súbdito pero no vuestro esclavo! Si me obligáis saldré de aquí con mis hombres para defender mis castillos, que aun siendo inferiores en tamaño, es seguro que ofrecerán más resistencia de la que vos estáis dispuesto a oponer a nuestros atacantes.

El rey Zaen dudó; lo descubrió el brillo de sus ojos, dudando si detener a Al-Azraq o permitirle la osadía con la que terminaba de oponerse a sus deseos. Pero pensó, también con rapidez, que era un general muy valioso para desperdiciarlo por una cuestión de criterios antagónicos. Ante ello decidió prescindir de él.

—¡Salid!

—Al-Azraq se inclinó a la vez que formuló su petición a aquel débil rey:

—¡Qué Alá dé sabiduría a vuestro corazón para elegir la solución más adecuada para vuestros hombres y nuestra ciudad!

Fuera ya de la presencia del monarca notó cómo su reprimida cólera aceleraba los latidos de su corazón; ¿por qué negociar?, ¿por qué? —se preguntaba, sabiéndose tan valeroso y diestro como cualquiera de los más valientes guerreros que les sitiaban—. ¿Cómo ceder a la codicia cristiana, cuando los de su raza árabe, a costa de notorios esfuerzos habían dotado a Valencia de una extraordinaria pujanza textil, al introducir la cría y explotación del gusano de seda, y cuyos trenzados y telas eran apreciados en todos los territorios conocidos? ¿Podía, acaso, pensar que aquellos fértiles arrozales, preparados y cultivados por sarracenas manos, y cuya agricultura fue ingenio de sus antepasados, quedaran sin más, en manos cristianas? Subió a una de las murallas, sin darse ni siquiera cuenta de que lo hacía, revuelta su sangre por tan múltiples y negros pensamientos; la vista del paisaje que desde allí se percibía aún le irritó más contra el rey Zaen. ¿Cómo dejar impunemente a sus enemigos aquellos regadíos que con tanto trabajo y dedicación ampliaron sus fallecidos padres, aprovechando al máximo el rendimiento de las aguas, cuya bondad hacía crecer las hermosas plantas de los jardines de Valencia, comparables a la gran Alhambra de Granada? ¿Por qué entregar a los invasores los feraces huertos poblados de naranjos, granados, higueras, limoneros y almendros, así como de especiales y exquisitos frutos que no se producían en ninguna otra parte del mundo? Una mirada de soslayo y tuvo que cerrar los ojos, herido por el reflejo

metálico de los ladrillos que, en curvas, adornaban la mezquita. Y aquel detalle le llevó a preguntarse también: ¿qué será de nuestra cerámica, única y excepcional?, ¿qué ocurrirá con nuestra cultura?, ¿qué dejarán de nuestros sabios, de nuestros escritores y poetas?

Y en aquel monólogo silencioso que mantenía consigo no pudo remediar la cita del poeta árabe Jafacha cuando decía de Valencia "que era el Paraíso terrenal por el agua y la sombra de sus árboles". ¡En verdad que aquella descripción, aunque breve, resultaba exacta para un reino de tanta grandiosidad como aquel! Y mientras en el horizonte se encadenaban los postreros estertores del sol sobre aquella ciudad, que tan dispuesto se encontraba a entregar el rey Zaen, Al-Makkari escribió sobre ella tres siglos más tarde: "Por la abundancia de jardines se denominó a Valencia 'Ramillete de España'; su Ruzafa es tenida como una de las mansiones más deliciosas de la Tierra; el sol, al nacer, se mira en las aguas de su Albufera; en sus talleres se fabrican los artísticos brocados que tanto se estiman en Occidente, y presta honor a la ciencia de sus sabios, el ingenio de sus poetas y el ardor de sus guerreros" ¡El ardor de sus guerreros! Anacrónicamente Al-Azraq se encontraba preguntándose una y cien veces dónde se escondía el valor de aquellos guerreros mientras su sangre latía en un tumulto embravecido, inflamándole las sienes.

Fue al siguiente día cuando Al-Azraq vio cómo salían dos soldados por una de las puertas de la muralla portando una bandera blanca, señal inequívoca de que intentaban parlamentar encaminándose hacia el ejército cristiano. Albenbazol, junto a él, les miraba alejarse con torva faz.

—¡El rey está equivocado! —afirmó el capitán árabe—. ¡Zaen aún no se ha enterado de lo mucho que tendrían que luchar esos cristianos para lograr vencernos! ¡Qué triste es tener un rey así!...

—Acaso le comprendería —añadió Al-Azraq en su impotencia para impedir las decisiones reales—, si nos encontráramos sin víveres, sin hombres ni armas. De otra forma sólo puedo entenderlo de un modo.

—¿De cuál?

—Que además de cobarde no confía en sus vasallos. Que les considera incapaces para medir sus armas con las enemigas. ¡Todo, para él, ha de venir de Granada! ¿Es que nosotros no somos suficiente ayuda? ¿Acaso desea lograr un ejército en el que nuestra proporción sea de tres a uno?

La embajada que había previsto el rey valenciano era muy concreta. Le ofrecía tributo y vasallaje, siempre que no continuara atacando a la ciudad, debiendo conformarse con la parte de Valencia que se encerraba entre el río Guadalaviar y Cataluña, por lo largo y por lo ancho, entre Aragón y el mar. La oferta era tentadora, ¡muy tentadora!, pero el rey aragonés decidió posponer su decisión hasta haberla meditado cuidadosamente, durante el plazo de tres días. Era habitual en los parlamentos de aquella época que, mientras se estuviera en ellos, se produjera tácitamente una tregua hasta que se produjera el resultado del mismo; durante sus conversaciones se exigía un acentuado protocolo, preparación, consultas y respuestas, ya que eran múltiples los aspectos que debían ser considerados. Al-Azraq, conocedor de aquella circunstancia, se dirigió al soldado que tenía a su mando la ballesta de mayor alcance y le dijo:

—¡Coloca este venablo en ella y lánzala hacia los centinelas, lo más cerca que te sea posible!

En el arma que debía ser lanzada enrolló un mensaje, atándolo con fuerza, no fuese que durante el trayecto se desprendiera. En aquel menester lo encontró Albenbazol y extrañado, le preguntó:

—¿Qué haces?

Al-Azraq, con aquella peculiar osadía suya se volvió hacia su amigo diciéndole:

—¡Reto al rey o a sus caballeros para que corramos unas lanzas!

—Pero, ¿qué ligereza es esta? ¿Acaso piensas que su monarca va a aceptar el reto? ¿Qué piensas conseguir con esa actitud?

Al-Azraq se rió divertido ante los temores que demostraba el capitán y replicó:

—¡Si el rey cristiano es como me figuro, aceptará el desafío!

—¿Y entonces...?

—Entonces yo acudiré a él con un solo propósito: ganar la confianza real. ¡Ea, ballestero! —ordenó al soldado—. ¡Lánzalo ya!

Y siguiendo con el desarrollo de sus propósitos, advirtió a Albenbazol:

—¡Será más fácil vencerle estando dentro de su ejército que fuera de él! ¡Pensará que siempre es bueno tener un amigo entre los enemigos!

Albenbazol no estaba conforme con las apreciaciones del caudillo y porque no lo estaba, adujo:

—Tú piensas vencer, ¿no es eso? Sería la única forma de ganarte un poco de su confianza, pero, ¿y si pierdes?

—¡Si pierdo!... ¡Ja, ja!, ¿desde cuándo has perdido la confianza en el mejor de tus alumnos?

La saeta surcó el espacio y con dificultad llegó hasta las proximidades de uno de los guardianes. Vieron cómo este se había dado cuenta de aquella acción y que recogía el arma, desatando el aviso contenido en ella. Se encaminó hacia la tienda del monarca, que se hallaba solo en aquellos momentos.

—Señor, desde las murallas han enviado este escrito.

El rey lo tomó, y en un principio no podía dar crédito a cuanto en él se decía. Lo leyó por segunda vez y no pudo evitar su exclamación:

—¡Serán osados...! Decid a don Nuño de Ferris y a don Fabián de Mansilla que vengan a verme.

El escrito que tanta perplejidad había ocasionado en el rey decía así:

"A su Majestad, el rey Don Jaime I, rey de Aragón y Cataluña:

En esta fortaleza existen hombres tan valerosos como acaso no los haya en vuestro ejército, y dada la tregua momentánea en nuestra lucha me permito sugeriros celebrar un lance, en vuestro campo, entre dos de vuestros guerreros, pudiendo ser vos uno de ellos, y dos de los nuestros.

Si aceptáis el desafío, bastará con que alcéis la bandera blanca a la puerta de vuestra tienda de campaña, en cuyo supuesto saldremos de la fortaleza para correr unas lanzas, una vez haya amanecido.

Con el respeto que me merece vuestra condición:

AL-AZRAQ"

Cuando los dos capitanes del rey aragonés acudieron a su llamada, este les enseñó el escrito recibido. A su lectura, fue don Fabián quien primero reaccionó:

—¡En verdad que su atrevimiento es inaudito!... ¿Vos pensáis aceptarlo?

El rey dirigió la mirada a ambos caballeros y se limitó a comentar:

—¡Un rey no está para enzarzarse a duelos con enemigos más que en el campo de batalla! ¡Mi valor ha sido puesto a prueba en cien combates y ahora no es momento de arriesgar nada por un simple capricho de unos moros más o menos orgullosos! Por el contrario, si vosotros, mis mejores capitanes, estáis dispuestos a aceptar el desafío, creo que siempre vendría bien a la tropa un poco de distracción e incluso si les ganáis, como así espero, sería un golpe a su moral de defensa. No os obligo. Podéis pensarlo e incluso rechazarlo, porque para mí esto no pasaría de ser un juego de los muchos que hemos celebrado.

—¡Señor! —respondió don Nuño de Ferris—, ¿acaso pensáis que esa gente puede imponernos respeto alguno? ¡Izad, izad ahora mismo la bandera blanca manifestándoles que aceptamos su envite!

—¿Estáis seguros de quererlo así? —insistió el rey, que en modo alguno quería sentir sobre su conciencia el haber coaccionado a sus nobles para aceptar el duelo.

—¡Estamos seguros, Majestad!

Desde aquel instante, y una vez exhibida la señal solicitada por los árabes, comenzaron los preparativos. Se valló debidamente el campo de combate y a uno de sus costados se elevó una tribuna destinada a alojar al rey y su esposa, así como a los nobles y damas de honor. En el centro del rectángulo se instaló una valla de separación, deslindando el camino que debía seguir una de otra cabalgadura. Señalaremos que la propuesta era la de "correr unas lanzas", una especie de juego guerrero medieval, que no debe confundirse con un duelo, ya que el rito, para esta clase de disputas, solía ser en extremo escrupuloso en la época porque para que alguien pudiera batirse con otro se exigían tan rígidas normas que difícilmente permitían su celebración, y ello tuvo que reglamentarse así por la cantidad de duelos a muerte que celebraban los nobles. Solo por curiosidad, digamos que una de las normas era que los contendientes debían poseer el mismo rango, dentro de la alcurnia nobiliaria; que otra de ellas exigía una estatura similar entre ambos duelistas, contada desde los hombros, y lo mismo sucedía con la longitud de los brazos, que no podía ser superior uno de otro en unas pocas pulgadas. Si el duelo era a caballo, el caído no podía herir al animal ni tampoco se permitía el uso de determinadas armas según que el combate fuera en cabalgadura o a pie y jamás se utilizaba la denominada "daga de misericordia". Hemos querido destacar estos pormenores para distinguir la diferencia entre un duelo y un juego, por lo que en el caso presente tales reglas no eran de aplicación y sobre todo, por tratarse de una lucha entre enemigos.

Subió a la tarima el rey, acompañado de su esposa Doña Violante, conocida como Doña Violante de Hungría, quien nunca abandonó a su esposo en las campañas que emprendía. En ellas fue su aliento, su cobijo, su desahogo, su pedestal. Al lado del rey se acomodaron, según su alcurnia, los nobles que le acompañaban. Al de su esposa se situaron las damas de honor. Frente al estrado, dejando un pasillo, se colocaron, férreamente adheridos a la tierra, los estandartes nobiliarios y el pendón real cuatribarrado. La tropa rodeaba el recinto, los escudos, armaduras, armas y picas relucían en infinidad de destellos. Todo el conjunto en donde se había instalado el palenque era una infinita mezcla de destellos y colores. Los trompeteros se hallaban situados en un lateral y en estrado más alto, en espera de que

desde las murallas salieran a cumplir el reto los dos moros que se habían atrevido a ello. Hablando con el monarca se encontraban los dos nobles designados por el rey y que habían aceptado el desafío. Lo hacían con la armadura ya colocada, a excepción de los yelmos, ya que el sol comenzaba a dejar sentir su calor, que recalentaba los hierros con los que se protegían. Todo aquello resultaba incomprensible, casi irreal, como si en vez de una guerra lo que se trataba era de celebrar unos festejos. Sin embargo, también para estas celebraciones se exigían unas mínimas garantías, como las que se adoptaron para aquella ocasión. El palenque estaba vigilado por doce guardias desarmados, colocándose tres en cada uno de los ángulos. Custodiándolo existía una segunda línea de soldados a caballo, debidamente armados, y completaba el cuadro otra línea de guardias a pie, también armados. El público o tropa que acudió a presenciar la justa, cumpliendo también con las normas, no acudió ni con armas ni caballos.

El rey, la reina, nobles y damas lucían, para conmemorar el acontecimiento, sus más vistosos trajes, que aún daban un mayor esplendor al acto. A la reina Doña Violante, inquieta y siempre perspicaz no se le escapaban las miradas que de continuo dirigían sus damas hacia los caballeros cristianos que debían competir, ni tampoco sus divertidas murmuraciones, más de niñas que de mujeres, porque eso eran la mayoría de ellas, que se encontraban al servicio de la reina desde poco más de los once años.

—¡Qué elegante está don Nuño con esa negra armadura! —escuchó decir a una.

—¡Para gallardo y temible prefiero a don Fabián! —descubrió otra.

—Yo no creo —observó otra de ellas—, que esos moros puedan con ellos, porque según dicen, tanto don Nuño como don Fabián son los más valientes de nuestro ejército.

Pero Doña Violante no perdía la mirada que continuamente dirigía el llamado don Fabián a su dama doña Isabel de Padilla, una chiquilla aún que apenas terminaba de cumplir los doce años.

—¡Eso por supuesto! ¡Nuestros nobles son los más valientes de todos los ejércitos!

Y Doña Violante, sin perder su sonrisa, intervino en sus comentarios, para advertir con cierto orgullo:

—¡Pero nadie, queridas mías, más que el rey!

Ninguna replicó ante aquella consideración porque aunque orgullosas de sus caballeros, también sabían de la temeridad y valentía de Don Jaime.

El tiempo transcurría y nadie salía de Valencia. El fuego del sol comenzaba ya a ser molesto. El mismo rey demostró su inquietud, preguntando al noble más próximo.

—¿Habrán querido burlarse de nosotros? ¡Sería vergonzoso que nos hubiesen obligado a efectuar todos los preparativos del torneo para no acudir a él!

—No lo penséis, Majestad. Seguro que el retraso obedece a algo que no conocemos pero lo suficientemente interesante para esta demora. A esos infieles se les puede despreciar por muchos defectos, pero después de nuestras batallas, yo diría que una de sus virtudes es el valor.

—¡En eso confío!

La reina dirigía miradas hacia uno y otro lado, fijándose en todo, en ocasiones en los soldados, en la brisa que zarandeaba levemente los gallardetes… Tomó al rey del brazo y le dijo:

—Señor, ¿no diríais que por allí, por la puerta del Cid, salen unos cuantos árabes?

El monarca se fijó en el lugar indicado y pudo apreciar que hacia el lugar acudía un reducido grupo de sarracenos, contando hasta un total de cinco, de los cuales, dos encabezaban a los restantes. Vieron desde el campamento cristiano que también lucían sus mejores trajes, de vivos colores, valiosas sedas y chaquetines brocados en hilos de oro, excepto los primeros, que cubrían su pecho con peto y espaldar, llevando en las manos las lanzas de torneo y grandes escudos redondos.

—¡Señor —advirtió el juez de campo al rey—, debemos dejar lugar en la tribuna para los acompañantes! ¡Lo contrario sería una descortesía, sobre todo cuando los acompaña el propio rey Zaen!

Don Jaime no había reparado, a causa de la distancia, en aquel extremo y ordenó dejar sitio para los acompañantes. El pequeño cortejo llegó pronto. Los espectadores abrieron una fila para que por ella pudieran pasar. El rey árabe aparecía con toda la majestuosidad de su mando, montando un esbelto caballo tordo. Su capa de seda azul refulgía al sol como el acero. El turbante, impoluto, adornado con un pequeño broche; los pantalones, ajustados a los tobillos, eran de un rojo intenso. Se acercó hasta el monarca aragonés y saludó:

—¡Salam!

A pesar de la prestancia del monarca valenciano, todas las miradas convergieron en la altiva figura de aquel árabe que también cubría su cabeza con un blanco turbante, guarnecido por un gran rubí. Toda su figura, desde la inmensidad de sus ojos hasta la nerviosa y negra montura parecía pedir guerra. Las facciones del árabe eran perfectas, sin embargo, algo en ellas descubrían no solo arrogancia sino fiereza.

—¡Sentaos junto a mí! —ofreció Don Jaime al rey valenciano—. ¡Y que también lo haga vuestro séquito!

—Cortesía que os agradezco.

—Llegamos a pensar en que no acudiríais.

—Lo lamento, Don Jaime. El indomable Al-Azraq quería un buen contrincante, y en esta discusión, con su gran capitán Albenbazol, han estado hasta que he tenido que intervenir yo, designándolo. El enojo por tener que quedarse Albenbazol ha sido la causa del retraso. No obstante, confío en que saldrán bastantes soldados míos para presenciar el torneo.

Don Jaime volvió a mirar hacia las murallas y vio que desde ellas salían numerosos hombres para presenciar el espectáculo que iba a celebrarse.

—¿Vienen sin armas? —preguntó, un tanto preocupado, el rey.

—Por supuesto, Majestad.

Se dirigió al juez de campo, advirtiéndole que dejaran un espacio para que pudieran contemplar el torneo los árabes que acudían allí. Ya en la tribuna ambos reyes, Don Jaime apreció cómo el árabe que se encontraba frente a él le miraba con aquella insolencia que le era característica. Al-Azraq se encontraba por vez primera con aquel odiado rey cristiano, un rey alto, muy alto y de fuerte contextura. Desde su corona real bajaban hasta los hombros sus rubios cabellos, y a la vez que él lo estaba haciendo, también Don Jaime le analizaba con notoria curiosidad.

—Creo —advirtió el rey— que ha llegado el momento de las presentaciones.

Hizo un ademán y se acercaron los dos nobles cristianos.

—El caballero de la armadura negra es don Nuño de Ferris y su acompañante, el noble don Fabián de Mansilla.

Los aludidos hicieron ante los árabes una fría y displicente inclinación de cabeza.

—Nuestros hombres —continuó el rey Zaen— son el caudillo Al-Azraq y Yasef Omeya, ambos señores de castillos y capitanes de mi ejército.

Unos ojos femeninos estaban pendientes de todos los ademanes, palabras y gestos de Al-Azraq. La prestancia del árabe había causado admiración en el infantil corazón de doña Isabel de Padilla, una de las damas, como ya queda dicho, de la reina, además de la más querida y cuyos títulos de nobleza podían considerarse como de los más antiguos de la Corte.

Con habilidad, Al-Azraq, que no ignoraba la hostilidad contenida por cuantos le rodeaban en aquel momento, excepción hecha de los de su raza, y que nada les agradaría tanto como verles vencidos, decidió utilizar la lisonja, siempre buena aliada en casos como aquel.

—¡Permitid, Majestad —dijo dirigiéndose a Don Jaime— que viendo a una dama que ocupa también trono y ciñe corona, presuma que se trata de vuestra esposa!

—¡Lo es!

—En ese caso, señora, permitidme que os rinda pleitesía con la misma ternura con la que el rocío del amanecer acaricia los pétalos de las flores.

Doña Violante, que nunca había tratado personalmente con ningún caudillo árabe, se sintió desconcertada por la lisonja, por lo que un tanto sorprendida ante las adulaciones, respondió:

—En verdad, Al-Azraq, que sois gentil conmigo. Os lo agradezco.

Las palabras del árabe, dirigidas a su soberana, sin saber por qué no agradaron a doña Isabel de Padilla, que asistía a aquel regio diálogo. El rey aragonés vio algo que le llamó poderosamente la atención y con aquella impetuosidad de su carácter, se dirigió a Al-Azraq, diciendo:

—Observo que de vuestra cintura cuelga una notable cimitarra. ¿Me permitís que la examine más de cerca?

Al-Azraq empuñó el arma, y al sacarla de la vaina, mil haces de rayos culebrearon de su acero. Se la ofreció al rey y este, al tomarla entre sus manos, comprendió que, además de la belleza de su empuñadura, era tan pesada como su propia espada. La alzó en vilo, para sopesarla mejor y luego se la devolvió a su dueño, elogiándola:

—¡Poseéis una hermosa espada, fuerte, templada y de un equilibrio perfecto! ¡Casi podría asegurar que tan solo la mía podría comparársela! —y añadió en un monólogo— ¡Quizá nuestra vida debiera tener la misma duración que la que permita la forja de nuestras armas!

—¡Gracias, Majestad! —agradeció Al-Azraq.

Todos notaron que al rey Don Jaime le había agradado de singular manera aquel árabe.

Don Jaime quiso ser considerado y advirtió a Al-Azraq y a Yasef:

—Aunque el duelo no es a muerte, como ya conocéis, al tratarse tan solo de cruzar unas lanzas, aprecio que no habéis venido suficientemente protegidos ante cualquier contingencia que pudiera producirse. Vuestro peto y espaldar no nos parecen suficiente cobertura. Ved que mis caballeros están protegidos por la armadura.

—Esa es una prenda muy pesada que impediría la agilidad de movimientos; nosotros, señor, no estimamos que exista ventaja.

—En ese caso, no tengo nada que objetar. Cuando estéis dispuestos, iniciaremos el lance.

Como nada se escapaba a la perspicacia de Al-Azraq, este se había dado cuenta del interés que había despertado en doña Isabel de Padilla, por lo que dirigiéndose de nuevo al rey preguntó:

—Señor, además de vuestra esposa, existen otras damas de extraordinaria belleza, hasta extremo tal que llego a preguntarme si no será Alá quien ha enviado a la tierra parte de sus huríes en forma

de mujer.

—Bueno, Al-Azraq, no creo que vuestro dios estuviese dispuesto a darnos las mujeres que solo a vosotros os correspondan, pero al fin ¿qué queréis decir con ello?

—Quisiera, si cuento con vuestra anuencia y con la de mi rey, ofrecer la justa a una de ellas, pidiéndole que su pañuelo enaltezca la punta de mi lanza.

La impulsiva Doña Violante terció en la petición, divertida ante el hecho de conocer a cuál de sus damas ofrecía el lance aquel atrevido árabe, diciendo:

—¡Estoy segura de que para todas ellas sería un honor recibir vuestro ofrecimiento!

Ambos reyes afirmaron en silencio a la petición del árabe. El caballo de Al-Azraq se removió al sentir en su boca el suave toque del bocado. Luego, con lentitud, el árabe inclinó su lanza ante doña Isabel de Padilla. La dama, sintiéndose observada por todos se sonrojó pero tomó con suavidad el extremo de la punta que se le ofrecía y anudó en él su pañuelo. Si Al-Azraq hubiese sido más observador en aquel instante, se habría apercibido del torvo gesto de su contrincante, don Fabián de Mansilla, cuyos amores y desvelos por doña Isabel eran de sobra conocidos entre los nobles cristianos.

El rey Don Jaime se dio cuenta inmediatamente del malestar creado entre sus nobles con aquella acción, y con la finalidad de evitar cualquier altercado, decidió:

—¡Que comience el lance!

Las trompetas dejaron vibrar sus metálicas voces a la vez que los caballeros de uno y otro bando acudían a los extremos del campo. Los primeros que presentaron combate fueron don Nuño y Yasef. El primero se cubrió la cabeza con el yelmo, y una vez debidamente preparados los dos, iniciaron la carrera uno contra el otro, enarbolando las lanzas y cubriéndose con los escudos. El momento era expectante. El choque iba a producirse y cuando ya ambos se hallaban cerca, las lanzas se colocaron en posición horizontal. Se escuchó un fuerte chocar de palos. Ambos jinetes habían detenido el golpe con sus escudos y aunque el árabe vaciló, no llegó a caer de su caballo. Un grito general se oyó en el campamento ante el gran encuentro. De nuevo se prepararon los caballeros, enarbolaron otras lanzas, rotas las anteriores, a la vez que Al-Azraq indicaba a su capitán:

—¡Ten cuidado en el momento del golpe! ¡Sesga un tanto la lanza para derribarle mejor!

Yasef se limitó a asentir. A la señal del juez de campo volvieron a hostigar a sus caballos. El encuentro fue duro, tanto que don Nuño se tambaleó, pero pudo rehacerse con alguna dificultad. Su armadura le había protegido suficientemente del golpe enemigo, a la vez que el

árabe caía derribado. Un clamor de júbilo acogió la victoria del cristiano mientras los árabes recogían al vencido, que sangraba con abundancia. Fue Don Jaime quien ordenó al instante que el herido fuese debidamente curado.

El odio se reflejaba en los insondables ojos de Al-Azraq, aunque nadie hubiera podido averiguar cuáles eran sus verdaderas intenciones al aceptar la lucha contra aquel noble. Como ya había confesado a su amigo Albenbazol, sabía que al rey le agradaban esta clase de lances y si de algún modo podía acercarse al monarca era demostrándole su valor. En Al-Azraq todo era un plan premeditado, cuyo final era obtener la simpatía real. Pero el odio que se había ido depositando en su corazón continuaba y se acrecentaba según se producían los avatares de la guerra. En aquel instante recordaba a los soldados, quemándose en la torre, sin que el rey, en misericordioso gesto, hiciese algo por salvarlos, a pesar de sus peticiones de clemencia. Y ahora, la derrota de su acompañante era motivo suficiente para incrementar su encono.

Tomó la lanza, ajustó el escudo a su brazo izquierdo y se dispuso a la acometida. Vio cómo don Fabián de Mansilla se cubría el rostro con la visera, y se sonrió displicente ante tanta salvaguardia. El director del combate les avisó para que se prepararan; cuando efectuó la señal, ambos jinetes se lanzaron uno contra el otro. Ya próximos, de pronto, el caballo de Al-Azraq apareció solo, como si sobre él no cabalgara persona alguna. El movimiento del árabe fue tan rápido que don Fabián de Mansilla, cuya lanza ya apuntaba al enemigo, no lo encontró en el vacío. En propio impulso, al pretender proyectar sobre la lanza el peso de su cuerpo, incrementado con el que le proporcionaba la armadura, le hizo desequilibrarse y caer a tierra aparatosamente, mientras que Al-Azraq volvía a adquirir su normal posición en el caballo. Las burlas y risas se extendieron entre los presentes, indignando a don Fabián, que no quiso aceptar lo ridículo de su derrota. Entorpecido por la armadura, tuvo que ser ayudado por sus escuderos para ponerse en pie. Iracundo, desafió:

—¡Eres tan traidor como todos los de tu raza! ¿Por qué no luchas como lo hacen los hombres, sin utilizar innobles trampas?

Al-Azraq le miró unos instantes, con notorio desdén, ante el insulto recibido:

—¡Don Fabián, la apuesta era combatir con lanzas y ya está hecho! ¡No quiero ningún duelo! —añadió el rey Don Jaime.

Pero don Fabián de Mansilla no razonaba en aquellos instantes e incluso enfrentándose a la voluntad real, adujo:

—¡No habrá muertes señor, pero desearía conocer la habilidad de mi enemigo con la espada y en tierra!

La negativa real se iba a producir ante la osadía del noble don

Fabián, que no quería admitir la derrota ante sus soldados, pero fue la voz de Al-Azraq quien manifestó:

—¡Por lo que a mí concierne, no pongo inconveniente alguno en satisfacer los deseos de vuestro caballero!

El silencio se había producido en el palenque, expectantes ante la decisión real. Aquel lance inicial se había convertido en un duelo, provocado por el enfurecido noble.

El rey se debatía en sus dudas, entre si consentir o denegar la petición, pero la arrogancia del moro le había cautivado. Tenía la sensación de que despreciaba la vida, a la que no daba más valor que un simple guerrear. Y por fin accedió, no sin antes insistir:

—Perdonad, Al-Azraq, pero debo volver a señalaros que vos no lleváis armadura y él sí. Puedo facilitaros una para que os halléis en igualdad de condiciones. Nos pesaría que un espadazo pudiera heriros de gravedad.

—Os doy mis más efusivas gracias por vuestra consideración y estima —respondió Al-Azraq— pero me siento más libre sin esos hierros sobre mi cuerpo.

Doña Isabel de Padilla no comprendía cómo era posible que su rey permitiera un combate tan desigual y más, siendo ambos enemigos. Ni comprendía a Don Jaime ni al rey Zaen, obligado a intervenir en aquellos momentos. ¡Acaso era tanta la confianza del mandatario moro para estar seguro de la victoria de Al-Azraq! Pero ella, disconforme en su interior con la decisión adoptada y a pesar de las frases del moro que debía combatir, se dirigió a la reina suplicándole:

—¡Señora, mediad para que esa lucha no se celebre!

Doña Violante procuró sonreírle para alejar sus temores y le dijo:

—¡No os preocupéis, porque estoy segura de que don Fabián rendirá a ese moro, a pesar de su indiscutible valentía!

La reina no había comprendido los temores de su dama, acaso cegada con la idea de que venciera el cristiano, pero como si en aquel momento supiera qué le había querido decir doña Isabel, añadió:

—¡Ah, claro! ¡Vos sois la dama por la que lucha ese árabe! Le disteis vuestro pañuelo, ¿no pensáis que acaso don Fabián esté enfurecido por vuestra actitud?

—Hubiera sido una descortesía hacia nuestros invitados. Y por eso, precisamente, no quisiera que nada le ocurriera a ninguno de los dos!

Entre tanto, Al-Azraq había desenvainado la cimitarra. Después, con una parsimonia estudiada, tomó la lanza, desanudó el pañuelo que portaba como enseña de su dama y lo sujetó sobre el nacimiento del pomo de su arma. La seguridad del árabe encolerizaba al noble cristiano.

—¡Cuando queráis! —ofreció Al-Azraq.

Don Fabián de Mansilla inició el ataque, cegado por la indignación

y sobre todo, por el atrevimiento de pedir a doña Isabel una prenda para el combate. Sus ataques eran rápidos, veloces, buscando el cuerpo de su enemigo, pero todos ellos se encontraban con el aire, sin que al parecer, su contrincante le opusiera resistencia. Al-Azraq, a los ojos de los que presenciaban la lucha, parecía un tigre, saltando de uno a otro lugar, desplazándose con una agilidad inesperada en un hombre de su corpulencia. Para el caballero cristiano aquello se estaba convirtiendo en un suplicio, porque avanzar con la armadura y a la vez acometer, le consumía las energías.

—¿Es que me teméis, que tanto os alejáis de mí? —preguntó don Fabián, enrojecido de calor e ira.

—¡Todo se andará, señor! —se limitó a responder con mordacidad el árabe.

Y terminaba de decir aquellas palabras cuando su alfanje se abatió una y otra vez sobre el cristiano, que no esperaba tan rápida reacción. El señor de Mansilla sentía que en vez de luchar contra una espada lo hacía contra una maza. Cada vez que lograba detener un mandoble del árabe, notaba como si le rompieran los brazos. Una y otra vez el moro acero se reflejó en el aire, cegando a las gentes que le veían pelear, y muchas más fueron las que el arma golpeó a don Fabián, hundiéndole parte de su protección, hasta que en uno de aquellos fue derribado. Cuando don Fabián intentó levantarse se encontró con la punta del arma de su oponente, encarada bajo el mentón, desprotegida su cabeza del yelmo para la lucha a pie. Nadie se dio cuenta, pero en Al-Azraq se debatieron dos sentimientos opuestos: uno, el de matar a aquel hombre, vengando así, en parte, la muerte de muchos de los de su raza; el otro, la consigna real, reafirmada por su propio monarca, de que en aquel duelo no debía haber muertes. Si incumplía esta última orden caería en desgracia ante los dos reyes y lo que era peor aún, abandonaba sus propósitos, que eran los que en definitiva le habían impulsado a iniciar ese reto. Fueron unos fugaces pensamientos, tan rápidos como sus propios movimientos. Alzó su arma, separándola del caído. Guardó la espada y caminó hacia el estrado real mientras el silencio se mantenía en la multitud. Cuando llegó ante Don Jaime, saludó como era su costumbre llevando su mano al pecho, labios y frente, diciendo:

—Majestad, lamento la derrota de vuestro caballero, por vos, no por mí, que siento como propia la de mi capitán.

Después decidió situarse frente a doña Isabel de Padilla, y tomando en sus manos el pañuelo que le había entregado antes del combate, lo agitó en el aire:

—Señora, bien sé que sería mi deber devolveros la prenda que tan gentilmente me prestasteis, pero manteniéndola junto a mi corazón recordaré siempre el feliz momento en que tuve la ocasión de

admiraros.

Guardó el pañuelo entre su coraza, sin añadir más palabras. El rey Zaen se levantó, dando por concluido aquel encuentro, a la vez que recordaba a Don Jaime:

—Mañana vence el plazo para aceptar o rechazar la propuesta que os formulé.

—¡En efecto! Mañana vence.

—Os enviaré, a este fin, a mi embajada, para recibir vuestra contestación, que confío será la más conveniente para nuestros pueblos.

—¡Procuraré que así sea! ¡Enviadme la embajada! Y tened por seguro, que lo que yo decida más será en el nombre de Dios que en el mío propio.

El séquito y los hombres que habían acudido desde la fortaleza a presenciar la justa se reunieron. El capitán vencido también cabalgaba, aunque con alguna dificultad por la herida recibida. Los cristianos les dejaron paso de nuevo, no sin mirar con cierta curiosidad a aquel extraño árabe.

Este fue el modo en que el rey Jaime I de Aragón, su esposa Doña Violante, doña Isabel de Padilla y don Fabián de Mansilla conocieron al árabe Al-Azraq, ignorando entonces, las repercusiones que aquel encuentro tendría en el futuro de sus vidas.

VIII

Según el convenio establecido entre ambos reyes, Zaen decidió enviar una embajada a Don Jaime para conocer sus reflexiones sobre la capitulación ofrecida. Consideró oportuno que formara parte del séquito Al-Azraq, el fuerte e impetuoso árabe, que tan alto dejara en el campamento contrario su destreza y valor. Albenbazol, ya serenado por la discusión sostenida, también quiso acompañarle. Salieron de la ciudad, camino de la tienda real. A Don Jaime le satisfizo que entre los pocos árabes acudiera el gran luchador del día anterior. Pero no quería que su tropa supiera que recibía una nueva embajada, dada la suspicacia de muchos de sus nobles, por lo que les recibió con gran discreción, ya que esperaba lograr una solución satisfactoria para la Corona de Aragón.

—¡Me alegra volver a encontraros! —saludó el monarca, dirigiéndose a Al-Azraq.

—También me resulta grata esta visita, estad seguro de ello.

El rey ofreció asiento a los componentes de la embajada para iniciar prestamente las negociaciones. La oferta del rey valenciano ya era conocida por el caudillo moro, y como estaba en total desacuerdo con ella es por lo que, cuando lo consideró procedente, solicitó permiso del rey para ausentarse.

Salió del lugar, con ánimo de olvidar cuanto se estaba tratando y caminó por la verde hierba, en la que sus pies se hundían como en la mejor alfombra fabricada en sus telares valencianos. En el cercano horizonte se diseñaban las almenas dentadas de la gran muralla que rodeaba la ciudad que el rey cristiano quería conquistar. Todo en su cuerpo parecía un hormiguero de sensaciones dolorosas: —¡No

permitas que los cristianos entren en tu castillo de Alcalá! —le decía una voz femenina que él oía perfectamente, viniendo desde el infinito. —¡No, madre!; mientras yo viva no se levantará ninguna bandera cristiana en nuestras torres! Era un diálogo que se repetía infinidad de veces en su mente. Rodeando la población, multitud de núcleos de casas blancas, aldeas olvidadas como consecuencia de la guerra. La Rambla penetraba en Valencia con cautela, sin rápidos, sin bruscos saltos, lentamente, con sigilo, como si el agua temiera ser descubierta por aquella raza que tan bien la utilizaba, pero que le impedía el paso para llegar más y más lejos. ¿Qué de pérdidas no estaba costando aquella maldita guerra tanto en vidas, como en haciendas? El río seguía allí, como una cinta imborrable en el paisaje. ¡La Rambla! ¡El Turia! ¿Qué más da, si ambos son lo que son y nacen como ya nacían?

Adentrado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que un grupo de damas se aproximaba y cuando quiso enterarse, se encontró frente a ellas. En Al-Azraq se dibujó una sonrisa de complacencia y saludándolas con su natural altivez, pero con cortesía, dijo:

—Según parece, nada favorece más a estos campos que las avecillas remontando su vuelo al amanecer. ¡Señoras, mis respetos!

Doña Violante y algunas de sus damas, entre las que se encontraba Isabel de Padilla rieron ante las amables frases del sarraceno y fue la reina la que respondió:

—Aunque quisierais, nunca podríais ocultar vuestra raza. Ayer éramos huríes, hoy pajarillos, ¿qué seremos para vos mañana?

Al-Azraq miró hacia el espacio que le rodeaba y con toda convicción, respondió:

—Majestad, no lo sé pero fijaos en algo tan intranscendente como ordinario. Si el agua cae con lentitud, suavemente, casi sin llegar al suelo, le llamamos rocío; si cae con un mayor impulso, pero en pequeñas gotas, decimos que llovizna, si se deja caer con ímpetu, esa misma agua se denomina lluvia. ¿Cómo pues saber qué podréis ser para mí mañana? Sin embargo, de algo sí estoy seguro.

—¡Ah, sí! ¿De qué?

—De que siempre me pareceréis como las gaviotas cuando planean sobre las aguas, como las mariposas que aletean sobre el extremo de algún junco de la albufera; como el contraste de la nube más blanca sobre un cielo completamente azul.

—¡Zalamero sois! —confesó Doña Violante ante tanta comparación. Segura estoy de que con vuestras delicadezas sois capaz de rendir a la mujer más esquiva.

—No lo creáis, Majestad, porque parece como si con vuestras palabras quisierais compararme con algún poeta y bien que lamento no llegar a tanta altura.

Luego, con un gesto señorial, pero al mismo tiempo imperativo,

sugirió:

—Señora, ya que he tenido el placer de volver a contemplar a la que fue mi dama en el torneo de ayer, ¿me perdonaríais sostener una pequeña conversación con ella?

Doña Violante, a un pronto, se sorprendió ante la petición formulada, pero por otro lado su dama era muy dueña de decidir lo que por bien tuviera, así que solo replicó:

—¿Vos lo queréis, doña Isabel?

Su dama ruborizó. No respondió porque por un lado, si afirmaba, luego sería el comentario de todas, y por otro lado se sentía se sentía incapaz de negar, ya que su corazón le pedía estar junto a Al-Azraq. La reina, al observar su titubeo, decidió:

—¡Por nosotras, general, no quedará! —y advirtió a su dama—: Vamos allí cerca, junto a la alameda. Allá os esperaremos.

Una vez solos, ninguno de los dos parecía atreverse a decir las primeras frases, pero Al-Azraq, provocador de aquella situación, fue el primero en decidirse:

—No me juzguéis mal, doña Isabel. Ved en mí, no al enemigo, sino tan solo al hombre, un hombre que cuanto ha dicho a todas vuestras acompañantes tenía un único destinatario, que era vuestro corazón.

Doña Isabel se sonrió ante el descubrimiento y mirándole con rectitud, con esa limpieza que tienen las almas puras, le riñó:

—¡Huy, señor Al-Azraq! ¡Creo que de vos no puedo fiarme!... Sois capaz de mentir, ¿verdad? Si las adulaciones eran como decís, solo para mí, ¿no es eso ser embustero...? Y… ¿cuándo sé que es verdad? ¿Antes o ahora?

Al-Azraq afirmó muy serio:

—Señora, no puedo ocultaros que desde que ayer tuve el honor de conoceros, en ningún momento vuestra imagen se ha borrado de mi memoria. Vos habéis sido para mí como el rayo que ilumina la oscuridad, la tierra que hace crecer el trigo, la luna que mira a la tierra. Todo lo que dije y cuanto digo es lo que ayer me impulsó a solicitar vuestra señal de apoyo. ¡Y vos, señora, vos me la disteis!

Doña Isabel de Padilla se sentía agobiada ante tanto halago, que no sabía como responder.

—Como ha dicho mi reina, es proverbial la hermosura de vuestros requiebros, pero pensad que estáis dirigiéndolos hacia una cristiana.

—¿Y qué puede significar dicha diferencia? ¿Acaso, por serlo, no sois también mujer?

—Sí, pero mi religión solo permite que las dulces frases tengan como destinataria a una sola mujer y no como ocurre en la vuestra, que os permite tener varias, cautivándolas, acaso por celos, al dorado reservado de un harem.

—Es cierto que nuestra ley autoriza a que poseamos diversas

mujeres —respondió enseguida Al-Azraq—, pero no nos lo impone, y en mi caso ninguna ocupa mi corazón.

La coquetería de Doña Isabel no podía dejar de aparecer en un momento tan singular para ella.

—¡No será porque os han faltado ocasiones!

—Mi señora, podéis creerlo o no, pero para mi desgracia, todo anhelo, deseo y felicidad solo me lo ha provocado una cristiana. ¡Hasta ayer, yo era feliz, pero ya no!...

—¡Oh, Al-Azraq! ¿Es que lo sentís?

—Doña Isabel, si un pajarillo tiene sed, beberá del agua a su alcance, aunque esté envenenada. Si se ofrece un ramo de flores, por muy bien dispuesto que lo coloquéis en un búcaro, a los pocos días se marchitarán. Creo haber respondido a vuestra pregunta.

La dama no pudo contener su risa por tan incógnita respuesta.

—¡Cuántos acertijos utilizáis para decir algo tan simple! Porque vamos a ver, ¿qué soy yo en esos laberintos verbales, el pajarillo o el agua envenenada, el ramo de flores o el búcaro? ¡Señor!... ¡Es tan fácil responder con un sí o un no!

—Hermosa princesa de mis pensamientos, vos jamás podréis ser para mi más que una avecilla o una flor tan solo. ¡Vos lo sois todo, lo representáis todo en mi alma!

Doña Isabel de Padilla se turbaba ante la fácil palabra de Al-Azraq, a la vez que reconocía en su interior que aquella conversación no podía tener sentido alguno, ya que ambos se hallaban separados por inmensos abismos; uno, el de la distinta religión que profesaban, y otro, la continua lucha que sostenían moros y cristianos. Y pensando en aquellos obstáculos, es por lo que ella dijo:

—Mucho, creedme, me agradan vuestros cumplidos, pero pensad que nuestra amistad es totalmente imposible. Tendré que rogaros que no continuéis viéndome. Me colocáis en una situación muy violenta.

—¿Y qué verdadera razón existe? Doña Isabel, ¿acaso el sol no amanece igual para cristianos y musulmanes? ¿No trinan los pájaros, en el reducto de sus bosques, para ser escuchados tanto por unos como por otros oídos? ¡Señora, nada os pido salvo que no me rechacéis de vuestro lado! Hablaros, tan sólo y que vos me escuchéis.

La cristiana titubeó unos instantes porque ya le había expuesto al árabe las razones que aconsejaban evitar toda murmuración o malos entendidos.

—¿Olvidáis que nos encontramos en una guerra? ¿No pensáis que vuestros hombres están en la lucha contra los nuestros? Y si es así, ¿cómo podéis confiar en que nuestra amistad pueda ser factible, sin que tanto aquellos como estos nos consideren traidores?

—¡Traición! ¡Señora, qué horrible palabra! ¡Traición! ¿Se puede decir, en verdad, de un puro afecto, que él es traidor? Mi bella dama,

ni vos ni yo vamos a juzgarnos; yo no, al menos porque eso depende de otros designios que no son los nuestros.

En aquel momento de la conversación fueron interrumpidos por un soldado, que se dirigió a Al-Azraq, indicándole:

—La embajada que sostenía el rey está finalizando y os esperan.

Al-Azraq se dirigió a doña Isabel de Padilla, despidiéndose de ella, a la vez que le indicaba:

—Aún confío en volver a veros muchas más veces. No olvidéis cuanto hemos hablado porque son muchas las ocasiones en las que nosotros mismos nos cerramos toda posible salida.

Se encaminó el árabe hacia la tienda real, a la vez que doña Isabel acudía a reunirse con su reina y las damas. Doña Violante, con la mayor discreción, fue dejando a un lado a sus damas, para poder así hablar con doña Isabel, cuyo rostro le parecía, o al menos así se lo figuraba, que resplandecía más que habitualmente y con aquella inocencia, y a veces, insensatez, quiso curiosear en la vida de su dama.

— ¿Qué quería?

—¿Al-Azraq? —sonrió—. ¡Verme!

—Eso lo supongo pero... ¿sólo?

—¿Sólo qué?

—¡Jesús, niña, no parece sino que queréis figuraros tonta!... Si era solamente eso lo que quería.

—¡Eso ha dicho!

—¿Y no os parece un poco extraño que únicamente tuviera esa intención?

—¿Por qué? Ninguna frase ha pronunciado que nos haga pensar de forma distinta.

La reina se daba perfecta cuenta de que le estaba ocultando algo sobre aquel coloquio y asiéndola con cariño, reconvino:

—Vamos, que vos veis tan natural que un hombre que os vio ayer por vez primera, acuda a visitaros al día siguiente para eso sólo, ¡veros! ¿Se os ha ocurrido pensar que acaso se esté enamorando de vos? Y si ese es el supuesto, ¿qué pensáis hacer? ¿En qué lugar dejáis al conde de Mansilla?

¡Claro que sí! ¡Por supuesto que lo había pensado! Pero el musulmán solamente le había dicho requiebros, frases elegantes, pero nada más... Desde luego que se sentía sumergida en un sinfín de emociones y ante tremendas dificultades, en el caso de que apareciera el amor entre ambos. Sin embargo, ella, de alguna manera indescriptible, se sentía feliz con aquel afecto de un hombre que se había atrevido a desafiar a los cristianos a un torneo, pero como ya había dicho a Al-Azraq, eran muchas las diferencias que les separaban. Por eso, respondió a la reina:

—Pudiera ser, Majestad, pero él no me lo ha dicho. —Y luego

solicitó—: En verdad que desearía no continuar hablando sobre esta cuestión. Mi corazón está al lado de don Fabián pero presiento que mi alma se escapa hacia Al-Azraq. Dejad que este embravecido mar interior se tranquilice.

La reina la miró, no sin cierta severidad, por aquella parcial confesión, pero solo le recomendó:

—Pensad bien vuestros actos. No olvidéis que ese árabe es fuego que puede prender en un leño seco, como vos sois ahora. Dejad de verle porque presumo que así sufriréis menos.

Y todas, ya reunidas, iniciaron el regreso de su paseo por la parte segura del campamento cristiano.

El rey Don Jaime había dialogado con los embajadores del rey de Valencia y era inminente adoptar la decisión oportuna, lo que no hizo hasta que Al-Azraq estuvo reunido con ellos.

—Puedo aseguraros —comenzó manifestando el rey aragonés— que he estudiado detenidamente la oferta de capitulación que nos ha formulado el rey Zaen, pero luego de consultados a mis nobles y consejeros, todos son partidarios de continuar la lucha. No podemos, a estas alturas, conformarnos con los territorios que nos ofrecéis.

—¿Por qué no podéis, Majestad? —intervino Al-Azraq—. Consideramos que es una oferta excesivamente generosa para finalizar esta larga contienda. ¡Es mucho lo que se os entregaría! ¡Desde Valencia hasta Cataluña, y desde Aragón hasta el mar! ¡No quisiera pensar que vuestros nobles son tan ambiciosos que quieren más, hasta el extremo de rechazar dichos territorios, para lograr, eso piensan, más y más, sin meditar en absoluto que lo que se intenta es conseguir la paz, que en definitiva, es lo único que persigue nuestro pueblo!

El rey aragonés miró duramente al árabe y le reconvino diciéndole:

—Mis nobles, como acaso os figuráis, no son aves de rapiña. Quieren recuperar lo que han gastado en la guerra y eso, general, no podéis censurárselo.

Pero Al-Azraq no se amilanó ante las palabras de Don Jaime, sino que con aquella arrogancia que se desprendía de su persona, aún añadió:

—Pues mal valoran vuestros hombres nuestra propuesta, porque estad seguro, señor, y os lo digo con el mayor de mis respetos, de que si yo fuese el rey Zaen, acaso no os hubiera ofrecido nada, por la simple razón de que todo lo que queréis ocupar es nuestro, fruto de nuestro esfuerzo y tenacidad. ¡Todo!

El rey Don Jaime escuchó a Al-Azraq con un relámpago de ira en su mirada, pero aunque no lo manifestó, pensó que aquel hombre debiera haber nacido rey, tanto por su altivo porte como por su don de lenguas y su acreditado valor. No quiso enemistarse con él y por

ello le respondió lacónico:

—¡Pero no lo sois!

—Pero Majestad —quiso hacerle reflexionar—, ¿habéis pensado que con vuestra negativa, la guerra continuará y también continuarán sufriendo nuestros hombres y familias?

—¡Lo he reflexionado, Al-Azraq!, y aquí solamente existe un hecho cierto: que España es nuestra y la queremos.

Pero Al-Azraq no se daba por vencido con facilidad con una simple negativa y volvió a insistir:

—¿Pensáis, de verdad, en las consecuencias de una guerra indefinida? Vos sabéis bien que no nos rendiremos en ninguna plaza, fortaleza o castillo que pretendáis ocupar. Alcanzad vuestros deseos si podéis, acaso os lleve toda la vida, porque si vos contáis con numerosos ejércitos, también los tenemos nosotros. Las batallas serán continuas, se destruirá casi toda la riqueza existente en la actualidad y habremos encaminado a nuestros hombres hacia un camino de dolor sin fin. Y morirán de los nuestros y de los vuestros y miles de hombres dejarán de existir, porque hoy, el rey Don Jaime no ha aceptado el ofrecimiento del rey Zaen de Valencia. ¿Se os ha ocurrido pensar que luego, la Historia os juzgará si habiendo podido evitar tanto sufrimiento, nada hicisteis por evitarlo?

—¡Al-Azraq, no insistáis! ¡He pensado en todo cuanto habéis dicho y también, en ese caso, asumiré el juicio de la Historia!

Comprendieron que la decisión estaba tomada y ningún razonamiento haría variar al rey cristiano. El sol danzaba en el medio día del cielo y en las tierras valencianas se iba troceando el año 1238. La embajada había iniciado ya los preparativos para el retorno cuando Don Jaime llamó a Al-Azraq, que se volvió hacia él:

—¡Decid, señor!

—Considero —dijo el rey— que aunque seamos enemigos, esto no debe ser obstáculo para que entre nosotros no exista alguna amistad. Y si he de seros sincero, me admira vuestra destreza y la fortaleza de vuestro brazo.

—¡Es un honor escuchar tales palabras del rey aragonés!, y al igual que vos, tampoco veo que nada impida que personalmente podamos ser amigos, aunque nos convirtamos en enemigos en el campo de batalla.

—¡Cuánto ignoraba el rey Don Jaime que los propósitos iniciales de Al-Azraq se estaban cumpliendo de la forma en que los había planeado! El rey Don Jaime le invitó:

—En ese caso, sería para mí un honor que almorzarais conmigo. Es la mejor forma de conocerse las personas.

Tentado estuvo Al-Azraq de aceptar el ofrecimiento pero lo pensó mejor. No convenía despertar sospechas sobre sus verdaderas

intenciones y una inmediata aceptación de la hospitalidad real podría provocarlas. Por otra parte, tampoco le satisfacía tener intimidad alguna con su mortal enemigo. En su mente aún se dibujaban las terribles escenas de la incendiada torre. Con la mayor cortesía rechazó el ofrecimiento.

—Bien puedo aseguraros que nada me sería más grato, pero no estaría bien visto por mi rey que la embajada enviada retornara incompleta, sobre todo cuando la contestación de que somos portadores es contraria a sus deseos.

—Quizá tengáis razón, Al-Azraq, y que sea yo quien haya obrado más por los impulsos de mi corazón, que por la frialdad de mi mente. Sea, como queréis, pero sabed que siempre seréis bienvenido a mi campamento.

—Es gracia la que me hacéis, señor, y os aseguro que si no muero en alguno de vuestros ataques, aquí vendré con cierta asiduidad.

—¿Sabéis, Al-Azraq, lo que lamento? Que tengáis que ser mi enemigo, por raza y religión.

Una chispa irónica brilló en las pupilas del árabe ante la sinceridad real. Lo que desde el principio había pretendido, lo había conseguido; ahora era cuestión de saber aprovechar aquella ventaja. A lo lejos, en la ribera, las verdes hojas de los chopos que la ornaban se cimbreaban al viento, con aquel perdurable baile que iniciaban al más leve soplo de brisa. En sus poco profundas aguas, en muchos lugares se enredaban entre las matas los petirrojos, zarcos y verderones, y allá donde la corriente no existía, por las propias vaguadas se elevaban verdaderas nubes de jabardillos, quizá porque el verano ya estaba en sus postrimerías. En los amaneceres, un tanto apagados de la Rambla, se emanaba una tenue vaharina que se disipaba cuando sobre ella se lanzaba el sol. Era un paseo delicioso recorrer aquellas húmedas tierras, donde la hierba era de charol verde y los álamos ensanchaban su tronco plateado, elevándose como tinajas hacia lo alto, escondiéndose entre sus ramas toda clase de aves como las lloicas, los zarcos, el alionín o el mirlo. Desde la albufera, en ocasiones, hacían su aparición por aquellas aguas, la blanca mancha de alguna gaviota y hasta el pequeño zarapito. No tardaría el otoño porque las ramas de aquellos árboles ya habían iniciado su palidecer, y entonces, se cubrirían con amarillentas cimeras en contraste dorado con la luminosidad del cielo.

Al-Azraq saludó al rey desde el caballo; antes de emprender el regreso, Don Jaime elevó su brazo en señal amistosa.

—¡Que Alá os guarde!

—¡Que Santa María os bendiga! —respondió el rey aragonés.

No debe extrañar esta clase de saludo en Don Jaime, devoto ferviente de la Virgen María, quizá recordando la bondadosa piedad

de su madre; hasta tal extremo llegaba su devoción, que en casi todas sus conquistas transformó las mezquitas musulmanas y ordenó elevar templos cristianos, todos ellos, unos y otros bajo la advocación de Santa María.

El rey Zaen asumió con evidente disgusto la negativa a su oferta de paz, pero ante la noticia ordenó que se incrementaran los preparativos de guerra. Entre otros generales, Al-Azraq, Albenbazol y Albacoor asumieron la defensa de una gran parte de la muralla, disponiendo a sus soldados. Aquel devenir continuo enrarecía el ambiente y hasta un extraño que nada hubiera sabido de cuanto acontecía, hubiese sabido que muy pronto algo sucedería. Y así fue.

Don Jaime, al frente de todos sus hombres, máquinas de guerra, ondeando su pendón y todos los estandartes nobiliarios, al compás del sonar de las trompetas y redoble de tambores había decidido el definitivo asalto a las murallas de Valencia.

Los moros respondieron inmediatamente a sus avisos, haciendo sonar sus atabales y vibrar sus añafiles.

El combate fue terriblemente duro. Tanto en las almenas como en el campo que las rodeaban yacían muertos de ambos bandos. Al griterío y ruido de armas se añadían los lamentos y quejidos de los heridos. El rey Don Jaime se movía incansable por el campo de batalla, dando órdenes, situando a sus huestes, alentando a todos para lograr una pronta conquista de la plaza. Al-Azraq le veía evolucionar decidido, infatigable, desplegando toda su energía. Algo le captó la atención en Don Jaime, porque llamó a Albenbazol, que estaba próximo a él.

—¿Ves a aquel?

—Al-Azraq, yo veo tantos que creo que toda Europa está luchando contra nosotros —respondió su amigo.

Al-Azraq, aún en medio del fragor de la lucha y lo angustioso de los momentos que vivían, no pudo contener la risa ante la inesperada respuesta.

—¡Ese! ¡El rubio! ¿Lo ves? ¡Ahora está mandando que acerquen más las torres para estar más a tiro!, ¿sabes ya a quién me refiero?

Albenbazol miró hacia el lugar que le indicaba y es cuando divisó al rey cristiano.

—¿Es Jaime de Aragón, no?

—Sí, el mismo. ¿No observas algo en él? —y al no escuchar respuesta alguna descubrió:

—¡No lleva puesto el yelmo! Cubre su cabeza sólo con el casco de cuero duro.

Albenbazol le miró sin comprender qué es lo que quería decirle, pero cuando le vio coger la ballesta, colocando en ella una flecha, supo lo que sus palabras querían significar. Al-Azraq tensó la cuerda y

colocó debidamente la mortal punta; se asomó por una de las troneras desde la que podía disparar sin peligro y según apuntaba hacia el blanco, murmuró:

—¡Qué gran éxito para nosotros si lográramos abatir a su caudillo! ¡Seguro que se replegarían! Bien, Albenbazol... veamos si tu alumno aprendió lo suficiente para acertar este disparo.

Albenbazol titubeó con un gesto y sólo se limitó a manifestar:

—La distancia es muy larga.

Pero Al-Azraq no le hizo caso; miró con fijeza, moviendo con lentitud la ballesta hacia uno y otro lado, intentando fijar la puntería sobre un blanco tan inquieto como el elegido. Después de algunos intentos, exclamó:

—¡Que se lo trague la tierra! ¡Ese maldito no se detiene ni un momento!

Se había enfurecido y esto le hizo insistir con mayor ahínco. Apuntó con cuidado, quieto, tenso. Y al fin, disparó; salió volando la flecha que pasó a poquísimos milímetros de la cabeza real. Uno de aquellos continuos movimientos le salvó, aunque en realidad no se dio cuenta del peligro, de tantas flechas que le llegaban, estrellándose contra el escudo o el peto.

—¡Fallé! —fue como un rugido en Al-Azraq.

Se volvió con cierto asombro hacia Albenbazol, sin acertar a comprender su yerro.

—¡Fallé! —repitió.

Albenbazol, con su filosofía personal, comentó:

—Te dije que estaba muy lejos y si todas las flechas acertaran en las aves, una de dos, o no quedarían pájaros o no existirían flechas.

Al-Azraq se enfadó por lo que consideraba una frialdad de su amigo, como si no comprendiera la importancia de dejar fuera de combate al rey Don Jaime. En ese momento, ambos se dieron cuenta de que en las almenas de la parte sur existía un cierto desconcierto.

—¡Vamos allá!

La llegada de ambos a aquel lugar dio nuevos ánimos a sus defensores. Las escalas fueron empujadas hacia el vacío, cuando ya casi por la mitad de ellas trepaban los cristianos. Los arcos de Al-Azraq y su amigo derribaron a cuantos atacaban desde las torres próximas. En la muralla se estrellaban las piedras enemigas, produciendo graves fisuras en su estructura y numerosas almenas habían quedado desdentadas ante el impacto de los proyectiles. Muchos árabes yacían en el suelo, muertos, mientras que los heridos eran trasladados a la sala habilitada como enfermería allá abajo, en la ciudad. Desde allí, Al-Azraq volvió a ver al rey Don Jaime, cabalgando entre su tropa, y se decidió de nuevo. En esta ocasión utilizaría el arco. Sobre la cuerda asentó la flecha y después se asomó a la muralla

con manifiesta temeridad; tensó el arco, dirigiendo la punta de la flecha a la cabeza del rey. Saetas y flechas silbaban a su alrededor pero Al-Azraq no parecía temerlas. Estuvo quieto, muy quieto, conteniendo la respiración y la tensión de su cuerpo. Disparó. La flecha saltó del arco impulsada por la fuerte elasticidad del arma, surcó el aire y... ¡se clavó en la cabeza del rey! Un grito triunfal brotó de la garganta del árabe.

—¡Lo conseguí! ¿Lo oís? ¡He matado al rey cristiano! ¡Le he matado!

Volvió a mirar hacia donde se encontraba Don Jaime. Lo que presenció le dejó sin poder articular ninguna palabra. Don Jaime daba la impresión de que de un momento a otro caería del caballo, pero rehaciéndose con una gran dosis de voluntad permaneció erguido en el mismo. Se volvió hacia un lugar más protegido y allí se quitó una de las manoplas de la mano; después, aunque sangraba de una forma escandalosa, se arrancó rabiosamente la flecha que había perforado por completo su casco de cuero, atravesándole por la sien y saliendo por detrás. Los capitanes de su ejército cesaron en los ataques, acudiendo inmediatamente en auxilio del monarca.

—¡Señor! —le pidieron— ¡Vamos a retirarnos! ¡Necesitáis que examinen esa herida!

Él, apartando la sangre que cubría parte del ojo y los labios de un manotazo, se negó. Obligó a que le quitaran la protección de la cabeza y observaron que la flecha le había producido un profundo surco desde la frente hasta detrás.

—¡Vamos!, ordenó.

—¡Pero Majestad, no podéis continuar en el combate con herida tan grave! ¡Ya es milagro que no os matara! ¡Es preferible que os retiréis para que puedan atenderos!

El rey había tomado su decisión y de nuevo negó, insistiendo.

—¡Vamos! ¡Quiero que los soldados me vean entre ellos para que el ánimo no decaiga! ¡Después me retiraré!

Ante su temeraria decisión le facilitaron un yelmo, y durante algunos minutos, forzando una sonrisa que no sentía, resistiendo los fuertes dolores y sangrando, paseó junto a los soldados, infundiéndoles ánimos, volviendo aquellos a adquirir moral de victoria. Cuando hubo logrado sus propósitos se retiró discretamente a la retaguardia para que le curasen.

—¡Cristiano maldito! —murmuró Al-Azraq entre dientes— ¡Será posible que no haya humana fuerza que pueda vencerte!

Albenbazol se había acercado a su alumno y le dijo, para consolarle, después de haber presenciado lo sucedido:

—Tu disparo ha sido certero. Nadie, salvo tú, podía haberlo intentado.

—Pero no lo logré —contestó desanimado.

—¡Oh, no! Acertaste cuanto te lo permitió Alá. No debes sentirte defraudado.

Sin vencedores ni vencidos finalizó el combate aquel día. El rey Don Jaime había sido atendido por los médicos, tendiéndole en la cama. Su rostro comenzó a inflamarse, a pesar de la desinfección de que fue objeto la profunda herida, pero esta había comenzado su proceso inflamatorio, de tal forma que durante cinco días estuvo retenido en la tienda, con la cara desfigurada por la hinchazón. Fue el segundo día cuando el rey llamó a su esposa:

—¡Señora, señora!

Doña Violante, siempre solícita, se acercó a su lado. Observó que su esposo se deshacía en agua, de tanto sudar, y que tenía la respiración agitada.

Mojó un paño en agua y lo pasó por la frente y los labios calenturientos del enfermo.

—¿Qué os ocurre? ¿Por qué me llamáis con tanta urgencia? ¿Estáis peor?

La pregunta del rey la desconcertó.

—¿Es de día?

Doña Violante le miró con extrañeza, sin comprender, al principio, qué podía significar aquella interrogación.

—¡Por supuesto, mi señor, es de día!

Entonces es cuando escuchó horrorizada la confesión de su marido:

—¡No veo! ¡No veo nada. Estoy ciego! ¡Me he quedado ciego!

Enseguida fueron avisados los médicos que le atendían, que volvieron a sus pruebas y reconocimientos. Después de varias agotadoras horas, llegaron a la conclusión de que aquella ceguera era momentánea, producto de la deformidad producida en el rostro.

Para suerte de Don Jaime, así fue, y ya casi sanada la herida pudo reanudar los combates pare conquistar Valencia.

IX

Los acontecimientos se precipitaron, y el 9 de octubre de 1238 caía vencida la resistencia valenciana. El débil rey Zaen, siempre temeroso, y el que jamás pudo considerarse un espejo en el que poder alentarse sus soldados, se recluyó en su castillo de Dénia, en el que permanecería hasta siete años. Un hombre solo no podía ganar, y ante tanta cobardía y poca energía como la demostrada durante toda la contienda por el rey moro, poca sombra oponía Al-Azraq al numeroso ejército cristiano. Ya todo perdido y resuelta la rendición, Al-Azraq formó parte del séquito del rey Zaen, juntamente con sus hombres, para salir de la ciudad. Sus ojos parecían de cristal por las lágrimas que los cubrían, cuando ya, fuera del recinto amurallado, volvió el rostro para contemplar por última vez su hermosa Valencia. Vio también ondear la bandera cristiana en las almenas y aquella visión le hizo daño. Mas si su exterior demostraba una tristeza indescriptible, su corazón seguía latiendo enfurecido e indómito, dispuesto a proseguir los combates, pero esta vez solo, sin auspicios ni vasallajes a ningún rey de su raza. Él mismo sería, en adelante, su propio soberano y asumiría directamente tanto sus victorias como sus derrotas. Valencia podía haber sido salvada. Bastaba un hostigamiento continuo y desconcertante al enemigo, como ya hiciera en Cullera, hasta crear el nerviosismo en las tropas contrarias, pero el timorato rey Zaen solamente pensaba en qué le ocurriría si vencían los cristianos, y su poca habilidad y menos entereza es lo que le había hecho sucumbir.

Una vez más retornaba a su castillo de Alcalá, lugar donde había decidido permanecer utilizándolo como eje central de sus posteriores operaciones. Al-Azraq sabía muy bien que por poco que se razonara sobre ello, sus enemigos no se conformarían con haber logrado entrar en Valencia, y que su reacción sería inminente para asaltar y ocupar los castillos de la serranía, pertenecientes a la Corona valenciana, y debía prepararse para aquella posibilidad.

El pequeño ejército avanzaba entre las primeras estribaciones de las montañas en silencio; ningún hombre se comunicaba con el de al lado. Por encima de ellos el sol proyectaba sombras sobre la tierra, y en el rostro se les enredaba el viento, perfumado por esos múltiples olores que se desprendían de la montaraz vegetación. Nada decían. Cualquiera hubiera podido percibir el abatimiento con el que avanzaban. Al paso de aquellos hombres tan solo se escuchaban los cascos de los caballos al golpear la tierra, el rodar de las piedras, el entrechocar de aceros, y de vez en cuando, el piafar de los caballos. ¡Valencia perdida! —parecían escuchar una y otra vez, en el silencio del aire—. ¡El rey Zaen en Dénia, como último reducto de su

esplendor! ¡Muy poco para quien había tenido todo! —se decía el mismo Al-Azraq. Tras ellos quedaban pueblos como Alzira, Xàtiva, Llutxent, Pego... Todos guarnecidos por sus respectivas fortalezas. Pero nadie reparaba en nada durante aquel cansino avance de derrotados. Solo sentían, solo eran capaces de notar sobre sus hombros la pesada losa de la derrota. El pecho de Al-Azraq estaba repleto de múltiples sentimientos: ira, decepción, humillación… sentimientos compartidos, en mayor o menor medida, entre todos, pero más singularmente por sus valientes capitanes Albenbazol y Albacoor. ¡Si alguno de ellos hubiera sido el rey de Valencia, cualquiera de los bravos generales, la ciudad jamás hubiera sido vencida! ¡Jamás! Y Al-Azraq estaba bien seguro de sus deducciones.

Sólo cuando desde el valle se vio su castillo emplazado en la cima de aquellas montañas, pareció renacer la esperanza en todos sus hombres. Fue entonces cuando Al-Azraq enunció, por fin, aquellas palabras que le ahogaban la garganta y que expresaban toda su aflicción y su incontenible cólera, pronunciadas más que para ser oídas por sus propios hombres, para que resonaran por los valles, alquerías, cortadas, ríos, bosques y el más insignificante de los regatones.

—¡Yo juro, por Alá, que jamás me declararé vencido! ¡Nunca admitiré esa victoria cristiana, porque todos los hombres de mi raza que ocupen estos montes y mis leales capitanes les combatiremos hasta morir! ¡Mientras mis generales o yo no hayamos muerto, estad seguros de que los cristianos no gozarán de sus victorias!

Y sus palabras se entrelazaron con el viento, haciéndolas transmitir a todos los moradores de valles, pueblos y alquerías. La guerra en la sierra se había iniciado.

Albenbazol intentó calmarle manifestándole:

—Hemos perdido. ¿Por qué sangrar más aún?

—¡No! —rechazó como si aquello fuera un picotazo en pleno verano de alguna avispa— ¡No hemos perdido! ¡Han perdido ellos, el rey Zaen! Pero ahora no, ahora plantearemos batalla a mi manera y no al uso del cristiano. Seremos un ejército que atacará por sorpresa y en distintos lugares a la vez. Después de cada ataque nos refugiaremos en las montañas. ¡Utilizaré la astucia, y para ello seguiré fingiendo amistad hacia el cristiano, al que visitaré con asiduidad! ¡Ah, no, por Mahoma!, ese rey debe saber, y muy pronto, lo muy cara que le costará eso que él llama su victoria.

Y dichas estas palabras, más parecidas a unas promesas que a sí mismo se hacía, emprendieron el ascenso en busca del refugio de su castillo.

La nobleza cristiana se apoderó de los objetos más significados de

la ciudad. Entre ellas, las más elegantes casas, pertenecientes a ricos árabes, en cuyas fachadas, dándoles mayor esplendor, resaltaban adecuadamente colocados y con innegable sentido artístico de los adornos, infinidad de ataurique que se adentraban en los patios, formando encajes de ribetes como hilos de bolillos traducidos en yeso. El rey había ocupado el palacio de Ruzafa. Transcurrían los días y los conquistadores se extrañaban de tanta tranquilidad, en comparación con la pasada barahúnda de la guerra. La vida pasaba lenta, desperezándose en cada nuevo amanecer, y el río Turia se perdía zigzagueando alegre, indiferente, escondiéndose en ocasiones entre juncos y zarzas, o camuflado por los árboles, cuyas ramas se entrelazaban en lo alto, formando sobre él una verde bóveda.

El rey Don Jaime recibió el anuncio de que el árabe Al-Azraq se encontraba en Valencia y deseaba visitarle. Al monarca, después de su reciente triunfo todo parecía satisfacerle, incluso tener consigo a aquel valiente musulmán. El invitado entró en el salón, elegante en su atuendo y erguido en su porte. Después del ritual saludo, fue el rey quien primero comenzó la conversación.

—¡Querido Al-Azraq! ¡Nos complace volver a veros, sobre todo porque pensaba que os hallabais en vuestro castillo!

—Y así ha sido, Majestad, pero algo en mi corazón me ha obligado a salir de allí.

—¿Y qué puede ser? ¿Acaso la añoranza?

Fue poco diplomático el rey al formular aquella pregunta con la que sin duda hería al árabe; sin embargo él no pareció acusar reacción alguna, porque con absoluto convencimiento respondió:

—¿Añoranza? ¡No, Majestad! ¡No, porque Valencia volverá a ser nuestra! Como ya os dije, si yo, en vez de ser un emir del ejército, hubiese sido el rey, estad seguro de que vos no os hallaríais en esta ciudad ahora, o... acaso fuese yo quien no estuviera aquí.

El rey Don Jaime sintió como si en las palabras del árabe flotara una oscura amenaza a la que no dio importancia, porque era él quien había sido el provocador.

—Estas son las vicisitudes de la guerra, amigo mío. Unas veces se gana y otras, no... Pero no hablemos más de esto, que no es conversación grata para ambos.

Ambos conversaron como antiguos amigos. Al-Azraq, a petición del rey le describió el emplazamiento de su castillo, escondido entre breñas y peñascos, donde anidaban las águilas y las lechuzas, los pequeños azores, y en donde bajo cada roca se escondía, por lo general, algún alacrán. Existía, no cabía duda alguna, una mutua simpatía, o al menos así lo creía el rey aragonés. Un soldado de la guardia, entró.

—¡Majestad, vuestro hijo Don Alfonso, desea veros!

—Decidle que espere un instante. Terminaré pronto.

Al-Azraq se puso en pie, dispuesto a marcharse, para dejar a solas al rey con el infante.

—Hoy, Al-Azraq, sí; hoy comeremos juntos, porque vuestro rey no os lo puede impedir.

El árabe sonrió por la deferencia.

—Hoy, Majestad, podéis disponer de mí, porque mi propio rey soy yo.

Luego, como si fuese un pensamiento repentino, le dijo a Don Jaime con la mayor diplomacia y cautela.

—Estando aquí, señor, me parecería una descortesía no saludar a doña Isabel de Padilla. ¿Concedéis vuestro permiso para que pueda visitarla?

Don Jaime rió divertido ante la petición del árabe y señalándole con ademán precautorio, le dijo:

—Ninguna objeción tengo que hacer salvo... ¡que tengáis cuidado con don Fabián!

—¿Don Fabián? ¿Mi enemigo en el torneo?

—El mismo. Sabed que está enamorado de esa dama y quizá no vea con buenos ojos que frecuentéis la compañía de doña Isabel.

—De nada podría ofenderse, porque nada pienso arrebatarle; sin embargo os agradezco vuestro consejo.

La dama de la reina hacía muchos días que estaba inquieta, triste, sin ánimos. Haber conocido a aquel árabe, valiente y a la vez misterioso, la había turbado originando en su ser una infinidad de encontrados y opuestos sentimientos. Su religión, nobleza y raza la separaban irremisiblemente de aquel musulmán, pero su atractivo personal era tan grande que por más que lo intentaba, no podía olvidarlo. Por otra parte, tampoco podía dejar de pensar en el noble don Fabián de Mansilla, siempre solícito, siempre atento a sus más insignificantes deseos. Hasta que Al-Azraq no había existido para ella, toda su ternura y cariño se habían centrado en él, en don Fabián. Luego, después de aquel combate y la posterior visita del árabe, cambió todo para ella. ¡Era desesperante! Mientras deseaba estar una vez más con Al-Azraq, le molestaba incluso dialogar con don Fabián, y lo más insufrible de todo era que no podía confiar a nadie sus aflicciones ni la inmensidad de sus dudas, por lo que comenzó a adoptar una actitud de indiferencia ante cuanto le rodeaba, buscando, con intención, levantar un muro entre ella y sus semejantes. La reina, buena observadora, se daba cuenta del cambio de carácter que se iba produciendo en su dama, pero prefirió ignorarlo para no violentarla, como ya había ocurrido en fechas anteriores.

Aquella mañana, sentada frente a la ventana de palacio, hilaba y destrenzaba un ovillo sobre su mediano bastidor cuando entró su

dama de compañía. Las palabras que dijo parecieron desatar un huracán en su interior.

—Ahí fuera os espera el moro del otro día.

En su indignación, se volvió hacia la mujer riñéndola:

—¡No os permito que insultéis a las personas que vienen a visitarme, sobre todo si también son amigas del rey!

La mujer había utilizado intencionadamente y con desprecio el adjetivo "moro", pero no esperaba el enfado de doña Isabel, a la que consideraba una chiquilla consentida, por lo que, no sin cierta picardía, se excusó:

—¡Ah! ¿Pero no es moro?

—¡No, no lo es, al menos con la intención que lo dices! ¡Además, los moros provienen de otro lugar de África y Al-Azraq es un árabe español!

—Está bien, señora, perdonad, pero yo creía que esa gente eran todos iguales.

La rebeldía de su ama terminó por enfurecerla, y extendiendo el dedo, ordenó:

—¡Salid, salid de aquí enseguida!

Poco después entraba Al-Azraq y pronto se dio cuenta de la agitación de la mujer; no había mejor espejo que su propio rostro para saber que algo le había sucedido. Los ojos brillantes, temblorosas las manos y entrecortada respiración.

—Perdonad, mi señora. No quisiera que mi visita pudiera originaros algún disgusto o desazón.

Doña Isabel de Padilla inició una tímida sonrisa procurando tranquilizarse.

—¡No , señor, no sois vos!

—Esa respuesta alegra mi corazón porque pensad que sería un suplicio para mí venir a palacio y renunciar a veros. Si algún aguijón pudiera herirme, sin duda serían las frases con las que soy recibido.

Doña Isabel no quería ofenderle, y menos aún, que habiendo acudido a verla, tuviese un mal concepto de su hospitalidad, por lo que añadió:

—Claro que me alegra veros. —Y dispuesta a ser sincera con el árabe, descubrió—: ¿Acaso no habéis pensado en la inmensa zozobra que padecía al no tener noticias de vos? ¡Nada me dijisteis de que os marchabais con el rey Zaen, y eso me le lastimó muy hondamente!

Al escuchar aquella confesión de doña Isabel, una gran sonrisa apareció entre el cabello negro de su barba, dejando al descubierto unos blanquísimos dientes.

—Ninguna de vuestras campanas del más puro bronce podría tañer con tal dulce sonido como el que termino ahora de escuchar. ¿Vos sufriendo por mí?

Y Al-Azraq giró sobre su cuerpo, con los brazos en cruz, en una pirueta de gran satisfacción y exclamó de nuevo:

—¡En verdad que Alá es generoso conmigo! ¡Vos pensando en mí cuando yo suspiraba por volver a veros, por estar juntos y por temor a que mi ausencia os hubiera hecho olvidarme!

El rostro de doña Isabel estaba enrojecido ante la explosión de alborozo de su visitante. Él se situó junto a ella y serio ya, manifestó:

—¡Señora, tengo una duda angustiosa de la cual desearía que me sacarais!

Ella rió por la solemnidad con la que terminaba de hablar.

—¿Que vos tenéis una duda, señor? ¿Vos, tan seguro de todo y tan culto le pedís a una pobre mujer que os desvele vuestras propias dudas?

—¡No os riáis de mí, os lo suplico, porque como acontece entre todo mortal, yo también tengo un corazón vulnerable y a él le habéis herido sin misericordia alguna!

—¿Es posible eso? ¿Que yo haya malherido vuestro corazón?

Al-Azraq se sintió molesto por las bromas de la dama, y un tanto enojado, advirtió:

—¡Doña Isabel, no admito que juguéis con mis sentimientos hacia vos! ¡Si no me amáis, decídmelo y sacadme de mi ignorancia! ¡Si por el contrario algo os he llegado a inspirar!...

Doña Isabel había evitado que Al-Azraq dijera su declaración, pero no había podido impedirlo. Era necesario adoptar alguna decisión ante aquel dilema.

—No quiero que prosigáis por esos derroteros, porque al igual que yo, vos sabéis cuántas cosas nos separan.

—Perdonad, señora, pero yo soy de los que piensan que nada hay en la vida que no pueda ser superado.

—¡Depende de qué cosas!...

—¿Como cuáles? ¡Mi raza! —y juntó sus manos, como en una muda súplica— ¿Es eso? ¡Doña Isabel, esa raza jamás debería ser un obstáculo! ¿Pensáis, acaso, que seríamos nosotros lo primeros? ¡Ahí tenéis el ejemplo de mis padres y tantos otros iguales! Cristianos con musulmanas y árabes con cristianas. ¡No! —rechazó de nuevo—. No creo que mi raza, y ni siquiera mi religión, porque ninguno de ambos obstáculos son lo suficientemente fuertes como para impedir nuestro cariño.

Ella le miró con fijeza, algo sorprendida por su vehemencia; después inclinó el rostro. Al-Azraq advirtió enseguida que la tristeza se había apoderado de doña Isabel.

—¿Qué os sucede? Yo sólo puedo deciros que os adoro y que mi vida depende de que podáis corresponderme porque necesito vuestra mirada, que parece acariciar, y vuestros labios, que vibran suaves en

temblores al igual que las alas de una mariposa cuando se posa sobre las flores, que...

—¡No prosigáis, por favor! —cortó la dama con lágrimas incontenibles, como si lo que escuchaba le estuviera haciendo muchísimo daño.

Al-Azraq enmudeció. Contempló el abatido gesto de la joven y es cuando dijo:

—¿Debo entender, señora, que me rechazáis?

—¡No, no es eso, Al-Azraq! ¡Yo no os rechazo!

—¿Decidme, pues, qué sucede?

Ella le miro con ternura, dentro de su gran tristeza y tembló su voz cuando decidió confesar:

—¡No, no soy yo quien os rechaza! ¡Es mi gente, es mi pueblo! ¿Acaso no queréis entenderlo? Sólo en visitas que casi pueden llamarse furtivas, nos permiten hablarnos. Las damas de la reina cada vez parece que me miran con mayor desdén, casi con desaire. La reina, nada dice, pero sé que no está conforme con vuestros galanteos hacia mí. ¡Es todo eso! ¿Y de dónde proviene? ¡No hagamos como los gorriones cuando van a dormir, no escondamos la cabeza ante el abismo que nos separa, porque aunque vos no lo creáis, existe!

—Y ese abismo, naturalmente, es mi raza.

—Y vuestra religión.

—¡Exacto! ¡Mi religión! Y es curioso —divagó por unos momentos —. El centro, el núcleo, tanto de vuestras creencias como de las mías, es el mismo. La existencia de un único díos, y también la seguridad de que ambos tuvieron un solo profeta. Vuestra religión predica la bondad y también la nuestra. Nuestro foco de culturas religiosas viene a ser el mismo: Jerusalén. Allí nace la religión judaica, la islámica y la cristiana. Mi religión...

Decidió callar. Por unos momentos el silencio se adueñó de la pequeña sala. Al-Azraq, conocedor del impacto que sus palabras iban a provocar en doña Isabel, las pronunció con lentitud, pausadamente.

—¡Si vos, por amor, no sois capaz de renunciar a vuestro cristianismo, yo sí estoy dispuesto a hacerlo de mis creencias!

Doña Isabel de Padilla levantó su mirada, posándose incrédula en el rostro del árabe, temiendo que estuviera jugando con sus sentimientos, ya maltrechos por tantos embates.

—¿Que vos seríais capaz de...?

Pero no había ninguna sonrisa en el rostro moro, sino que con absoluta seriedad, confirmó:

—¡Sí, mi señora, sería capaz!

La señora de compañía de doña Isabel irrumpió de nuevo en la estancia, advirtiendo al árabe:

—Nuestro rey quiere veros.

Con un suspiro recibió la noticia Al-Azraq, quien se limitó a decir:

—Decidle que enseguida estaré junto a él.

Cuando de nuevo se quedaron solos, dijo como últimas palabras:

—Ahora no tenemos tiempo para continuar, pero si vos lo permitís proseguiremos tan pronto como sea posible.

—¡Sí, Al-Azraq!

—Entre tanto quisiera pediros algo que sería muy entrañable para mí —y ante su gesto de que continuara, pidió—, ¿es mucho exigir que mantengáis vuestro afecto hacia mí hasta ese próximo día para decidir barrer todos los obstáculos?

Doña Isabel, absolutamente complacida por la promesa de Al-Azraq, respondió:

—¡Estad seguro de que guardaré vuestra ausencia, hasta que ese momento llegué!

Al-Azraq, para demostrar hasta qué extremo estaba dispuesto a cambiar sus hábitos, en vez de utilizar su saludo usual se inclinó ante ella, como se despedían los cristianos.

¡Poco sabía la ingenua doña Isabel de Padilla que transcurrirían varios años antes de volverse a ver! Pero no adelantemos acontecimientos, que ya vendrán, por sí mismos, en el desarrollo de este relato.

X

El rey Don Jaime, estimando consolidada la conquista de la ciudad, decidió acudir a Montpellier para solventar diversas cuestiones que había demorado en exceso, y los nobles franceses ya estaban un tanto soliviantados. Por ello dejó al mando de su ejército al infante Don Alfonso, heredero de la Corona. Esta decisión fue conocida por Al-Azraq, quien, con su astucia, aún tuvo tiempo de entrevistarse por última vez con el propio rey, olvidando intencionadamente a doña

Isabel para no comprometerse, como ya había hecho en la última conversación que sostuvieron. Y fue también Al-Azraq quien informó a sus hombres de aquella eventualidad, porque desde luego él no había renunciado a recuperar los territorios que les arrebataron. Sus generales le escuchaban muy atentos, con la certeza de que Al-Azraq había previsto todas las ventajas y sus riesgos, sobre todo cuando en Alcalá había conseguido un ejército relativamente numeroso con los soldados que quisieron unírseles.

Y comenzó la revuelta árabe. Se inició arrancando desde las montañas. Desde las murallas de Valencia nada se apreciaba, pero cuando salía alguna compañía, esta era inmediatamente atacada y destruida. El ejército cristiano sufría un continuo hostigamiento enemigo. Era una lucha persistente, solapada, latente...

—¿Cuántos hombres estarían dispuestos a seguirnos, una vez dentro de la ciudad? —preguntaba Al-Azraq.

—Es difícil saberlo porque están ocultos, unos dentro de la misma ciudad y otros en los caseríos. Con todo, estimo que acaso llegaremos al millar —respondió el desconocido, que había acudido allí para informar de cuanto sucedía al caudillo árabe.

—¡Un millar! —exclamó Al-Azraq con un hálito de desaliento— ¡Son pocos para vencerles, sobre todo ante la imposibilidad de introducir a nuestros soldados dentro de las murallas!

De nuevo se dirigió al hombre que tenía ante sí, preguntando:

—¿Estás seguro de que si entro en la ciudad con algunos hombres, los que están escondidos se unirían a nosotros para luchar?

—¡Seguro que os seguirán!

Al-Azraq quedó pensativo ante la respuesta. Tenía una ambiciosa idea, pero requería gran serenidad y astucia. No podía improvisar una acción tan delicada y por eso decidió:

—Esta noche meditaré sobre las posibilidades y mañana te diré lo que hayamos convenido. Por lo pronto, tú debes volver para comunicar mis propósitos. Ahora eres más necesario en aquel lugar.

—Como ordenéis. Esperaré vuestra respuesta.

Al-Azraq se reunió con sus generales para examinar las distintas oportunidades, los diversos aspectos. Fue Albenbazol quien cortó las ilusiones de Al-Azraq, que cada vez iban ascendiendo de la cota prevista, y que con aquel aplomo y serenidad que sacaba a relucir en los más difíciles momentos, advirtió:

—¿No pretenderás plantear una batalla seria con solo un millar de hombres? Si en algún momento lo has pensado, recházalo y vuelve a la realidad. Una cosa son las emboscadas y otra muy distinta, ocupar esa plaza. Una cosa, insisto, es provocar escaramuzas para mantener el espíritu de rebelión y otra, enzarzarnos en un combate desigual.

Al-Azraq, ante aquellas advertencias tan lógicas y legales tuvo que

volver a la realidad de los propósitos iniciales.

—Bueno, tampoco quiero arriesgar más de lo necesario, pero pienso que toda victoria es siempre una victoria y la suma de todas ellas será la que nos permitirá la reconquista.

—En ese sentido, tu plan de continuos levantamientos puede ser válido, pero para ello es necesario que los hombres nos sigan sin ningún temor.

—¡Nos seguirán! —aseguró Al-Azraq—. Les va mucho en estos lances.

Al amanecer, un jinete iniciaba su cabalgadura hacia la ciudad del Turia, portador de órdenes concretas para alentar la rebelión de quienes habían sido vencidos. Era necesario reunir, con discreción, a los más sobresalientes guerreros que habían participado en la lucha y solo en el supuesto de existir conformidad se daría la señal convenida.

Desde aquel instante, por las calles estrechas y recovecos de Valencia, los musulmanes iban dándose consignas, al amparo de las sombras que proporcionaba la propia angostura de la calle. Los avisos corrían sigilosos, también por los almendros y naranjos de las vegas, y los cristianos, alojados ya, unos en casas de los vencidos, otros en palacio, y los más, oteando desde las murallas, no se percataban de que un mudo silencio se había corrido sobre los árabes. Tampoco se sentían preocupados, ni daban importancia alguna a que en ciertas viviendas de la ciudad se reunieran algunos árabes. Y mientras este oculto movimiento se iba produciendo desde lejos, siempre ocultándose de las avanzadillas cristianas, unos ojos vigilantes observaban el movimiento de los cristianos. Ningún ocupante de la población sentía sensación de peligro, bajo la confianza de ocupar la plaza que tanto esfuerzo les había costado; sin embargo, aquellos ojos atisbaban día y noche cuantas alteraciones se producían. Eran unos ojos que esperaban ver algo, y los días transcurrían sin que aquello sucediera. Los musulmanes continuaban con su forma tradicional de vida, acudiendo los campesinos a realizar su trabajo diario los días en que se les permitía; los demás, o se hallaban presos o se encontraban subordinados a alguno de los nobles vencedores. Por esta razón nadie se extrañó de que se encendiera una hoguera en el campo, quemando hierbas secas y rastrojos, tarea esta siempre necesaria en las labores agrícolas. Y nadie analizó el por qué de que aquel fuego fuese encendido cuando ya comenzaba a anochecer y mucho menos, que naciera en un punto concreto de la vega.

Era la señal; los árabes que se encontraban libres estaban dispuestos a que Al-Azraq les dirigiera en la lucha. Desde aquel momento desapareció la vigilancia sobre la ciudad.

Al atardecer del siguiente día un grupo de campesinos se introdujo en Valencia; para los centinelas, aquellos hombres que entraban por

distintas puertas no levantaron sospecha alguna. Era lo habitual de cada día. Después se procedía a cerrar las enormes portadas de la ciudadela. Cuando las sombras fueron adquiriendo mayor intensidad, otras se escondían en ellas, adentrándose en puertas de algunas viviendas que se abrían furtivamente, con rapidez, de la misma forma en que se cerraban. En una de ellas, Al-Azraq, ocultando su indumentaria militar bajo otras ropas de labriego, se dirigió a los reunidos.

—Algunos de mis hombres y yo hemos acudido en vuestra ayuda. No se trata de vencer, porque nuestro número es insuficiente para esa empresa, pero sí de soliviantar, de azuzar al ejército cristiano haciéndoles que nos teman y se inquieten ante una gran ofensiva, una gran ofensiva que, estad seguros, se producirá pronto, tan pronto como veamos decaer el ánimo enemigo. Cuando en la revuelta lancéis vuestras flechas, estad seguros de acertar, porque el grito de alguno alertaría a los demás. Sé que será imposible evitar todo ruido, pero cuanto más lo consigamos, mayor será nuestro éxito. Tened presente que debe ser un ataque rápido, y una vez producido, retirarnos al instante. Si alguien es descubierto debe esconderse, y si no lo lograra, que acuda a la puerta de Boatella, porque allí iremos todos una vez que la alarma cunda por la población. Tened los caballos dispuestos para salir al galope y que Alá esté con nosotros.

Los pocos hombres reunidos salieron de las diversas viviendas donde habían sido aleccionados tanto por Al-Azraq como por sus generales. Iniciaron su caminar hacia distintos lugares de las murallas, y según lo hacían se iban sumando más personas, siguiendo a los distintos grupos. Aprovechando la noche, se fueron colocando en lugares que ofrecían protección. Del carcaj de Al-Azraq partió la primera flecha y uno de los centinelas perdió la vida. Aquello pareció ser la señal esperada porque infinidad de veces vibraron los arcos musulmanes. Los soldados, cuando se dieron cuenta de que eran atacados, lanzaron la voz de alarma. Salieron a relucir alfanjes y cimitarras, cuyos aceros se abatían contra los ocupantes de la fortaleza. Algunos de los principales, al escuchar el estruendo, abrían la ventana o salían a la puerta para averiguar lo que acontecía, y allí mismo alguien se encargaba de derribarlo, hiriéndole de muerte. Entre la oscuridad y el griterío, en un caos infernal, se alzó una voz ordenando:

—¡A la puerta! ¡Abridla!

Unas llamas comenzaban a elevarse en la ciudad, ardiendo almacenes de trigo y frutas, así como en numerosos establos, de donde relinchando con horror, salieron desbocados infinidad de caballos. La escena era dantesca mientras que un tumulto de hombres armados se dirigió al lugar de salida. Los gritos de ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Nos atacan!,

se oían cientos de veces por la población, como ecos que se repetían por todos los recónditos lugares. La revuelta se había extendido. Sonaron trompetas y el golpear de cascos de caballos por las empedradas calles. Infinidad de sombras se silueteaban, con alguna dificultad, entre sombras y llamas, gritos y gemidos, mugidos de reses y ladrar de perros. El alboroto era terrible en aquella noche valenciana.

—¡A la puerta! ¡A la puerta!

Por cientos se agruparon ante ella. Descorrieron los seguros, a la vez que algunos arqueros disparaban contra aquellos que la protegían. Muchos musulmanes ya estaban montados y tan pronto como se abrieron las hojas, pasaron velozmente por la abertura, acaudillados por Al-Azraq, dirigiéndose hacia las tinieblas, en busca de las primeras estribaciones de la montaña. Algunos de los que atacaron prefirieron volver silenciosamente a sus viviendas amparándose en las sombras. Si el árabe quería sembrar el desconcierto e intranquilidad entre los cristianos, era evidente que lo había logrado.

Desde aquella noche, Valencia adoptó muchas más precauciones. Las puertas de la muralla se cerraban cuando el anochecer iniciaba su andadura; los soldados encargados de su custodia exigían a los musulmanes que se identificasen, antes de permitirles el acceso al interior. A pesar de aquellas medidas de cautela, siempre existían a lo lejos unos ojos vigilantes y atentos a toda eventualidad. Los árabes espiaban en todo momento y cuando encontraban la ocasión propicia, unos espejos, si era de día, o una hoguera si el momento adecuado era de noche, resultaba suficiente para alertar a los grupos de hombres que esperaban entre los bosques, algo alejados.

Los soldados cristianos tuvieron la sensación de hallarse en continuo peligro, porque cuando salían, ya fuera en uno o varios escuadrones, siempre se encontraban con un número indefinido de moros dispuestos al ataque. Aquella lucha patente, aunque secreta, de un enemigo invisible que se retiraba después de cada confrontación, estaba produciendo en los cristianos acusados estragos, no solo por los muertos de muchos de ellos, sino aún más en su moral de vencedores.

Algunos nobles, ante tanto levantamiento, decidieron convocar a los hombres que tenían bajo su mando, para hacer frente a aquella secreta rebelión e iniciaron continuas batidas, pero los enemigos parecían, las más de las veces, invisibles; en otras, entraban al combate de improviso, dejando siempre en inferioridad de condiciones a los cristianos.

Y tanto desconcierto originó la lucha que sólo Al-Azraq alentaba, que al final decidieron adoptar otras soluciones, pero les faltaba el gran caudillo cristiano.

—¡Es imposible continuar así! ¡Necesitamos destruir al enemigo, a

ese astuto y escurridizo Al-Azraq!

—¿Y quién nos dice que sea él en realidad? Es amigo del rey Don Jaime.

—¿Que quién nos lo dice? ¿No os basta con la confesión de los enemigos que hemos capturado? ¿No os basta saber que Al-Azraq es moro y por tanto, nuestro enemigo?

—¡No, no cabe duda! —afirmó don Alonso de Castro—. Es necesario atacarle, desde luego, pero debemos organizarnos en debida forma, y lo que es fundamental, atacarle en sus propios reductos.

—Sí, claro que sí —ironizó otro de los nobles—, pero para atacarle es necesario reunir de nuevo al ejército, porque con los que hemos quedado aquí, no pretenderéis atravesar aquellas montañas... En lucha abierta jamás alcanzaríamos las primeras lomas de la serranía.

—¡Todo está bien! ¡Todo, señores! —interrumpió don Fernando de Ribera— Pero lo que sí es cierto es que si no adoptamos una solución definitiva, a la larga, ¡y no tan larga!, perderemos Valencia. Son tantas ya las bajas que si no fuese por el cerco de las murallas, los sarracenos habrían recuperado la ciudad. Y no dudéis que lo intentarán en el momento en que menos lo pensemos! ¡No lo dudéis! Y porque Al-Azraq es muy capaz de lanzar ese ataque es por lo que creo que debemos dar cuenta al rey de lo que está sucediendo.

La propuesta de don Fernando de Ribera, tan dura como veraz, fue inmediatamente aceptada y acordaron enviar al rey Don Jaime emisarios para que le informaran de cuanto acontecía.

—Deben ser varios, no sea que maten a alguno durante la misión. Tenemos que estar seguros de que nuestro aviso llega al rey.

Y en efecto, la misiva le llegó al rey Don Jaime en Montpellier, ciudad a la que había acudido meses antes. Ante la gravedad de la situación ordenó iniciar los preparativos para acudir a Valencia. Convocó a sus caballeros para relatarles lo que estaba aconteciendo y la necesidad de desplegar nuevamente las huestes hacia Valencia, para apaciguar la rebelión, un levantamiento que no era a lucha abierta, pero así, a juzgar por cuanto le habían contado, cruel, oculta y continuada, provocando el desconcierto entre los soldados, y lo que era peor, su desaliento. Supo que parte de los insurrectos, temerosos de represalias, habían huido uniéndose a aquel árabe que en su momento llegó a considerar y lisonjear como amigo: Al-Azraq. Que era él quien instigaba aquellas revueltas. Conocedor de su destreza y valor, Don Jaime decidió poner fin a aquellos ataques volviendo para reafirmar su conquista. ¡Poco sabía el rey Don Jaime los muchos años que precisaría consumir de su vida en tal empeño!

Y el Conquistador llegó de nuevo a Valencia, acaudillando a sus ejércitos.

—¡Son los moros de la sierra los que nos atacan, Majestad! —le

dijeron.

El rey les miró, como si no comprendiera lo que querían decirle, y sólo replicó:

—¡Pues también conquistaremos los castillos de sus montañas!

—¡Majestad! —adujo el que hablaba con el rey, con cierto escándalo— ¡Esa será una lucha casi imposible! El ejército no puede evolucionar entre peñas y bosques con la misma facilidad con que lo hace en los llanos. ¡Existen cuevas, barrancos, alturas y hondonadas en las que seríamos para ellos un blanco fácil!

El rey volvió a mirar a quien le dirigía la palabra y con ceño adusto, argumentó:

—¿Acaso no son más altos los Pirineos, y también en ellos hemos combatido? ¿Es que pensáis que hay otro medio de apagar la rebelión? ¡Mientras esas montañas no se encuentren en poder de los cristianos, continuaremos estando en peligro!

Don Jaime sabía que una nueva guerra le originaría cuantiosos gastos, porque, por desgracia, bien conocía a sus nobles. La mayoría de ellos aceptaban sumarse al ejército real siempre que él les prometiera, además de dinero en cifras cuantiosas, la concesión de títulos, honores y privilegios; y a su pesar, así tenía que actuar aquel gran rey, porque de otra forma le hubiera resultado imposible lograr sus victorias, y finalmente, la Reconquista.

En un lugar distinto al de la reunión real era otra la conversación que se mantenía, y de muy distinta naturaleza. Doña Isabel de Padilla, junto con otras damas y amigas, se entretenía en la confección de un nuevo traje que lucir en la corte. Las lentejuelas se incrustaban en la tela azul, y brillantes hilos dorados tejían a su alrededor flores de diversa naturaleza. Los vivos colores de las hilvanadas madejas se enredaban sobre la amplia falda y el corpiño, enriqueciendo de colores todo el atuendo. Era el resultado de que Doña Violante, acompañando a su esposo, había vuelto a Valencia y se habían instalado en el hermoso palacio de Ruzafa. Transcurría la mañana con absoluta tranquilidad, hasta el momento en que doña Isabel, cansada del trabajo, pidió descansar para continuar al siguiente día. Todas se marcharon menos su ama de compañía, que estaba deseando quedarse a solas para decirle cuanto sentía, así que una vez que estuvieron ambas sin nadie que las escuchara, el ama comenzó:

—No os enfadéis conmigo, que si os digo las cosas es porque os quiero. Solo por eso. Vos no quisisteis escucharme cuando os decía que ese moro no era de fiar. Pues bien, ¿veis como yo tenía razón? ¿Lo veis? —y lanzaba el pico de su barba hacia su dama como una lanza que apuntara a un concreto objetivo—. ¡Él es el culpable de que entre nuestros hombres haya habido tantos y tantos muertos! ¡Él, como si fuese un demonio, ha tendido multitud de trampas a los soldados,

donde unos han sido decapitados y otros muchos, mal heridos!

Doña Isabel sabía que todo era verdad y que su árabe ¡su árabe! era quien había vuelto a poner en jaque a los ejércitos cristianos, pero replicaba a las censuras que le dirigía su ama. ¿Qué podía decirle? ¿Negarle algo que resultaba tan evidente? ¡Oh, qué ingratos estaban resultando los santos con ella! ¿Por qué tuvo que enamorarse de aquel musulmán de gestos elegantes, férrea voluntad y decidido tesón por reconquistar lo que consideraba como suyo? Pero ella insistía en guardar silencio a las censuras de su ama, que aún continuaba añadiendo:

—¡Mejor haríais con pensar en don Fabián de Mansilla, al que hasta la respiración parece que se le corta cada vez que estáis junto a él! ¿No os da lástima? Desde que sostuvo aquel duelo con "vuestro" sarraceno —y silbó ahí las palabras—, se siente avergonzado ante vos. Y eso es injusto, señora, que buenas muestras de caballerosidad, hidalguía y valentía ha demostrado en infinidad de ocasiones, como para juzgarle por una derrota inesperada. ¡Tampoco el rey gana siempre y no por eso deja de sernos querido y respetado!

Doña Isabel miró hacia el claro azul del cielo de Levante y respiró hondo, en un suspiro incontenido. Luego, con una voz débil, dolida, dijo:

—¿Queréis dejar vuestros comentarios? ¿Es mucho pediros?

Pero su dama no parecía dispuesta a ceder en sus críticas, solo con el ánimo de hacer reflexionar a la joven, y a pesar de la petición, dado el grado, tanto de amistad como de nobleza que les unía, persistió:

—¡Ay, ay, mi niña! ¿Qué pócima os daría ese nuestro enemigo para que no escuchéis a quienes os quieren? ¿Os habéis dado cuenta de que se os pasa la edad de casaros? ¡Ya han transcurrido dos años desde que le visteis por última vez! ¡Son casi quince los que tenéis y continuáis siendo virgen! ¡Ningún noble se atreve a acercarse, por temor a esas intempestivas respuestas, tan cortantes, unas veces, como irónicas otras, con que soléis responderles! ¿Acaso no tengo razón en cuanto os digo? ¡Hijita, hijita mía, perdonad que os diga que para mí tengo que vuestros amores son sacrílegos y que alguna desgracia va a ocurriros!

Doña Isabel seguía sin replicar. Las lágrimas brotaban de sus ojos, cayendo silenciosamente por el rostro, porque las frases pronunciadas por su amiga le dolían tanto como si con ellas estuviera hiriéndola en el corazón. En voz baja, solamente se atrevió a decir:

—¿Y no pensáis que acaso no sea él el culpable? ¿Qué es lo que hace? ¡Defender lo que es suyo, defender a los de su raza, intentar reconquistar lo que le hemos arrebatado! ¿Es censurable para vos esa actitud? ¿Lo es?

Su amiga se había dado cuenta de la gran tristeza que inundaba el

rostro de doña Isabel. Por otro lado, había mucho que discutir sobre el razonamiento de doña Isabel, pero prefirió no hurgar en la gran herida de su alma.

—¡Vos debéis decidir sobre cuanto os he dicho! Vos sola debéis hacerlo porque afirmaría que es Satanás ¡Oh, Jesús!, el que se os ha metido en las entrañas, ¿por qué no solicitáis el auxilio o el consejo de alguno de nuestros abates o prebostes? Acaso ellos sepan, mejor que yo, encaminaros en esta situación.

Pero doña Isabel no contestó. Continuaba mirando por la ventana, como si por ella pudiera encontrar la solución. Ante su mutismo, la dama salió de la estancia dejándola sola.

Doña Isabel se daba cuenta de las murmuraciones que entre damas y caballeros se intercambiaban por su actitud, contraria a los intereses de la Corona. Tenía razón su dama cuando decía que se le estaba pasando la edad de contraer matrimonio. ¡Quince años! Todas sus amigas ya se habían desposado y solo ella, por mantener una esperanza, un amor casi imposible, se hallaba relegada. ¿Olvidada? ¡No, no por don Fabián, que aunque sin fe alguna esperaba que algún día doña Isabel confiara en él! Pero por otro lado, si amaba a Al-Azraq, ¿por qué no creer en la reconversión que le había prometido? ¿No sería un bien para el propio Don Jaime?

La vorágine de sus preocupaciones había aumentado desde que volvió a Valencia con el séquito de la reina y llegó un momento en que necesitó sentir el aire y el sol de la mañana; la conversación con su dama le había provocado tanta amargura que deseaba sentirse rodeada por la naturaleza y en esas horas, más que nunca. Se adelantaba un poco al horario que tenían establecido las damas de la corte para pasear por los jardines, los bellos jardines de palacio, para poder estar a solas con sus propios pensamientos. Bajó al jardín. Allí los árboles crecían esplendorosos, llenos de pujanza y tupido verdor. En los olmos, como una pátina plateada que se manchaba en muchas ocasiones con el verdín de la humedad, trepaban con fiereza por el tronco, moteando de verde charol, la bravía yedra y el tímido jazmín. Las rosas y lirios se abrían maravillosamente vestidos mientras algunos almendros cubrían de nieve las ramas con el azahar de sus frutas futuras. Doña Isabel inició su caminar con la vista fija en el camino por el que deambulaba, aunque lo hiciera impensadamente, como si todo cuanto le rodeaba no fuese con ella. Al pasar junto a uno de los álamos del jardín escuchó un chistido apagado, procedente del tronco, miró hacia el lugar y es cuando descubrió a una figura humana, escondida detrás. Doña Isabel estuvo a punto de gritar, pero aquel hombre, cubierto con una chilaba, y el rostro, por la capucha, le indicó enseguida que no gritara, a la vez que le pidió que se acercase. Doña Isabel le reconoció enseguida y no pudo evitar un grito de

alegría:

—¡Al-Azraq! —exclamó jubilosa.

—¡Silencio, doña Isabel, o soy hombre perdido! Sólo he venido a veros tan pronto como he tenido noticias de que vos estabais aquí.

—Pero, ¿qué locura habéis cometido? ¡Todo el ejército cristiano os busca y sin embargo, os arriesgáis a venir!

—¿Qué locura no es capaz de hacer un hombre por su amada? Ya sabéis que el rey no me permite visitaros y que nuestra enemistad es patente, pero no os preocupéis que pronto volveremos a estar juntos y realizaremos nuestros proyectos... Porque vos no me habréis olvidado, ¿no, doña Isabel?

Ella se ruborizó al tener que confesarle lo mucho que estaba sufriendo ante una situación como la que Al-Azraq le había originado, por lo que preguntó, con cierto candor:

—¿Y por qué no deponéis las armas? ¡Los años pasan y la guerra no termina nunca! ¡Soy criticada por los míos, solo por guardaros la ausencia y yo... yo, Al-Azraq, no puedo resistir más esta situación! Pienso si no sería preferible —y en este extremo le costó continuar, palideciendo visiblemente— olvidarnos de que ambos existimos y seguir cada cual por su camino.

Al-Azraq le tomó las manos y las besó múltiples veces, en señal del profundo cariño que le tenía, a la vez que exclamaba:

—¡Lucero de mis ojos! ¿Cómo podéis pedirme tan gran sacrificio? ¡No puedo, no debo rendirme y vos es lo que me estáis pidiendo! ¿Es tan poca vuestra estima por mí? ¿Qué diría mi gente si así obrara? ¡Que he sido un traidor! ¿Y vos me pedís que sea eso, un traidor?

—¿Y qué pensáis que dicen de mí en palacio? Todo el mundo, todo sabe nuestro amor, ¿y sabéis lo que murmuran? ¡Ah, no, vos no podéis saberlo, porque estáis por ahí, haciendo vuestra guerra, a la que estáis dispuesto a dar todos los años de vuestra vida! ¿Qué os importan a vos mi honra y mi dignidad?... La reina se siente agraviada con nuestras relaciones; los caballeros me señalan, como lo que vos habéis dicho, ¡como una traidora! Y esto, Al-Azraq, tiene que terminar. Tiene que finalizar aunque en ello me vaya el corazón, mis sentimientos, mi vida...

Al-Azraq la dejó que se expansionara, que se desahogara de tanta amargura como estaba padeciendo y luego, a todo lo manifestado, solo supo decir:

—¡Sin embargo, doña Isabel, os quiero tanto!...

La última palabra quedó balanceándose en sus labios, como queriendo expresar así su inmenso cariño, y añadió:

—¡Amada mía! ¡Tened confianza en mí! Yo procuraré encontrar el medio para que el rey me permita estar junto a vos. ¡No desmayéis, porque todo he de solucionarlo! ¡Os lo prometo! ¡Tened un poco más

de paciencia, solo un poco!

Unas voces se escucharon en los caminos del jardín y aquello le alertó. Al-Azraq, después de besar de nuevo las bellas manos femeninas, dijo:

—¡Vienen! ¡Me voy, pero por vuestro Dios, no me olvidéis y recordad cuanto os he dicho!

Se introdujo entre la vegetación del lugar, desapareciendo. Lo hizo con tanto sigilo que incluso doña Isabel pensaba que aún se encontraba por los alrededores. Como viese que las voces provenían de las demás damas de la reina y se acercaban hacia ella, procuró lucir una de sus mejores sonrisas adoptando aire de indiferencia y se unió a ellas, en el matinal paseo.

Las espadas cristianas fueron desenvainadas de sus fundas, enarbolados los gallardetes, y en los aires, ondeando, apareció el estandarte real. El ejército del rey Don Jaime comenzaba su aventura por la encrespada sierra levantina. En 1242 es vencida la resistencia de la importante ciudad de Alzira, la de la feraz huerta gracias a la completa red de regadíos construida por los árabes. Es penoso confesar que aquella gran riqueza desapareció cuando Jaime I decidió la expulsión de los moros, a pesar de las peticiones de clemencia que recibió no solo de los propios árabes, sino incluso de la enérgica intervención a favor de los vencidos que le cursó el Papa Clemente IV, como ya se verá posteriormente.

Se sucedieron las batallas, a cada cual más sangrienta e importante. El rey don Jaime sitia, posteriormente, varias veces, la significativa ciudad de Xàtiva, considerada como plaza estratégica. Al-Azraq se multiplica. Tan pronto aparece en un lugar de la lucha como desaparece para atacar otros castillos ya ocupados por cristianos, recuperándolos para los musulmanes. Era una situación insostenible, tanto para un bando como para otro. Las fortalezas de la sierra no eran gigantescas. Servían más como auxilio a la plaza fuerte, como podían ser Valencia y Alicante, que como verdaderos bastiones, ya que era muy poca la gente a la que podían albergar. Y en estas conquistas y reconquistas, Al-Azraq tomo su decisión. Le convenía parlamentar con el rey porque sólo así conseguiría sus dos principales objetivos: evitar mayores conquistas de sus enemigos y dar tiempo a los soldados de su raza para organizarse debidamente. Con habilidad hizo llegar sus deseos al rey aragonés, a quien no fue fácil convencer, disgustado por la actitud levantisca del árabe, pero consideró que la propuesta podía ser ventajosa para sus hombres, consistente en respetar los castillos pertenecientes a Al-Azraq y sus posesiones a cambio de la paz ofrecida, acto que fue firmado por Al-Azraq y el infante Don Alfonso mediante el tratado del 16 de abril de 1244, en el castillo de Alcalá.

Con aquel pacto, sometido el caudillo árabe, Jaime I consideró concluida la guerra y terminada la reconquista, con lo que Al-Azraq volvió a obtener el beneplácito real y acudía con asiduidad a la corte. Doña Isabel no cabía en sí de alegría ante la noticia de que su amado había preferido capitular, finalizando así el rencor existente entre el rey y Al-Azraq. Aquel día el sol le pareció que iluminaba más, que la hierba era más verde, el Turia más cristalino y los pájaros y jilgueros más revoltosos que de costumbre.

¡Pobre Doña Isabel! ¡Qué poco sabía cuál iba a ser su futuro destino!

Cuando Al-Azraq apareció por primera vez, después de su

enemistad con el rey Jaime, los nobles lo vieron pasar tan altivo como siempre, y sus manos se crispaban ante la audacia del que ellos consideraban como vencido. Entre las damas, unas le contemplaron con indiferencia, otras murmuraban sus amores con doña Isabel y muchas reconocían, bajo quedos cuchicheos, la prestancia de aquel hombre.

Transcurrieron unos pocos días, en los que doña Isabel parecía vivir un interminable sueño de felicidad.

—¡Mi hurí cristiana! —le dijo en aquella ocasión—. Hace ya tiempo que os dije algo muy importante para nuestro porvenir, ¿lo recordáis? Os manifesté que era capaz de convertirme a vuestra religión. Es cierto que han transcurrido ya algunos años, pues reconoced que no soy el culpable del retraso, sino de esta maldita guerra que emprendió vuestro rey. Pero antes de proseguir, quisiera preguntaros ¿no sería posible que fueseis vos la que renunciarais a vuestras convicciones?

—¡No, eso no! —exclamó muy seria y enérgica, como si la pregunta de Al-Azraq hubiese sido una blasfemia.

—Señora —adujo el árabe—, pensad que no seríais vos la primera ni seguramente la última que lo hiciera.

—¡Jamás, Al-Azraq! ¡Eso no me lo pidáis jamás!

—¡Está bien, señora! ¡Está bien! —aceptó el musulmán ante la intransigente actitud de la dama—. No insistiré, sin embargo sí hay algo en lo que quisiera que recapacitarais.

—¿Sí, en qué?

—Me refiero a vuestro denominado Paraíso.

Ella le miró con desconcierto porque no intuía a qué podía referirse.

—¿A nuestro Paraíso?

—¡Sí, doña Isabel! Y me explicaré enseguida. Si vuestra religión es la verdadera, por más que he leído vuestro libro sagrado, ni Cristo ni Dios dicen jamás en qué consistirá la eterna bienaventuranza. ¿Me equivoco?

—Bueno, querido mío, esto es algo inesperado para mí, pero acepto gustosa la explicación. Cuando morimos, Dios premia a quienes le han sido fieles, llevándoles junto a él y contemplando su reino para toda la eternidad.

—¡Ahí está!... Vosotros los cristianos no sabéis en qué consiste el Paraíso. Se os habla de un lugar incorpóreo, al que yo, según vuestra explicación, no veo atractivo alguno. Por el contrario, si os detenéis a pensar en que acaso sea la inequívoca nuestra religión islámica, podéis comprobar qué diferente es nuestro Edén al vuestro. Se nos dice que allí existirá una exuberante naturaleza, donde vivirán todos los animales en paz y concordia; que los ríos manarán limpios y

transparentes; que los árboles producirán frutos maravillosos y gran variedad de flores perfumarán el ambiente; que habrá bellas huríes poblando aquel lugar encantador y todo será pura placidez y deleite. Ante tal descripción, doña Isabel ¿cómo puede compararse vuestro Paraíso al nuestro? ¿No veis que el lugar previsto para nuestro eterno reposo es muy superior, infinitamente más agradable y acogedor que el vuestro?

Doña Isabel no sabía si Al-Azraq le estaba hablando en serio o en broma; por eso se limitó a decir:

—¡Siempre tan materialistas!... Pensando en comer, beber, y en bellas mujeres... Sí, vuestro Edén está muy bien, pero es para vosotros. A nosotras ni se nos menciona salvo como no sea para ser objeto de vuestras distracciones. ¡No, Al-Azraq, nuestro Paraíso es para todos y el vuestro solo es para los hombres! No lo quiero. Además, si según vos yo soy vuestra hurí en la tierra, ¿por qué no va a querer mi Dios que también lo sea en nuestro Cielo? Y para todo ello solo es suficiente...

—Al-Azraq adelantó las palmas de sus manos, como parapeto, interrumpiéndole y finalizando:

— ... Es suficiente con quereros ¿no es eso lo que ibais a decir? Pues bien, mi dueña y señora, os quiero y mi amor llega hasta tal extremo que...

Intencionadamente interrumpió la frase. Doña Isabel ansiaba, deseaba con toda su alma, escuchar aquella confesión que tanto tardaba en llegar.

—... Que como ya una vez os prometí, abandonaré mis creencias y aceptaré las vuestras. Pienso que siendo generosos y compasivos, tanto Dios como Alá no dudarán en perdonarme si me equivoco.

¡Por fin! ¡Lo había prometido! Y a doña Isabel le pareció haber sido transportada a otro mundo, de tierras distintas y gentes más felices. ¿Acaso no había esperado años para convencerle? ¿Por qué pues no podía exteriorizar su contenida alegría? Tomó sus manos y dijo:

—Hoy puedo aseguraros que soy la mujer más feliz del mundo. —Y con el candor propio de mujer enamorada, preguntó—: ¿Se lo diréis vos a los reyes? ¡Estoy segura de que vuestra decisión les complacerá!

—Al menos en eso confío, y hasta es más, ¡les pediré que sean nuestros testigos de ceremonia!

—¡Yo no me atrevería a tanto por si lo rechazaran!...

—¿Y por qué han de hacerlo, si además de convertirme a vuestra religión, pienso ceder al rey mi castillo de Rugat?

—¿Eso también haríais por mí? —preguntó gozosa.

—¡Eso también, porque vos lo merecéis todo!

Un ímpetu incontenible se apoderó de la mujer, que asiéndole las

manos, pidió suplicante:

—¡Vamos a decirles nuestros deseos! Seguro que no esperan un gesto tan generoso por vuestra parte.

Doña Isabel no se equivocaba porque los monarcas se sintieron muy satisfechos por la anunciada reconversión de Al-Azraq, y más aún, por la ofrenda del castillo. Naturalmente, a la petición de doña Isabel para que les apadrinara en su boda, no hubo objeción alguna.

XI

La comitiva real se puso en marcha. En una litera se situó la reina con su dama doña Isabel, y en otra, las damas de compañía. El rey se colocó junto a la litera de su esposa. Al frente unos pocos hombres con el estandarte de Don Jaime, y detrás, cerrando la avanzada, unos treinta soldados, y otros con tambores y trompetas para hacer llegar la noticia de la llegada de los reyes desde larga distancia.

Detrás ya hacía largo tiempo que habían dejado Valencia. Delante se enfrentaban con las primeras laderas de la sierra. Una gran sensación de quietud y tranquilidad parecían provocar aquellos agrestes paisajes. Tanto el rey como la reina habían emprendido la cabalgada como un paseo agradable, bajo la confianza de conocer aquella parte del territorio, y así caminaban serenos, cruzando montes, por cuyas hendiduras se escapaba el agua, y percibiendo los entremezclados aromas de pinos, tomillo, romero, orégano y multitud de otros que se diluían en el suave viento de aquellos lugares. De vez en cuando avistaban algún castillo emplazado en las alturas de las montañas, y en otras, torres vigías de piedra. El rey pensó que la sierra estaba perfectamente fortificada.

—¿Os cansáis señora? —preguntó Don Jaime a su esposa, después de haber avanzado durante varias horas por aquellas sendas y vericuetos—. Sí es así, decidlo y acamparemos, que si algo nos sobra

en este viaje es tiempo.

—¡Oh, no, no señor! Doña Isabel estará impaciente por llegar a Rugat. ¡Está tan ilusionada que cualquier alto en el camino le parecería una eternidad!

El rey sonrió comprensivo cuando miró a la dama de la reina y ordenó continuar. El paraje, conforme se avanzaba, resultaba cada vez más abrupto, en donde los bosques se convertían en verdaderas guaridas de animales, con las rocas más perfiladas en sus cimas y los barrancos adquiriendo notable profundidad.

—¡Esto es hermoso! —manifestó el rey— ¡Tiene la belleza salvaje de la sierra! —y dirigiéndose hacia doña Isabel, añadió—: ¡No me extraña que vuestro amado saliera tan salvaje de estas entrañas!, y digo salvaje en un sentido de valeroso y luchador, ¿no pensáis así?

La mujer le miró con cierta timidez pero confirmó las palabras reales con un gesto, añadiendo:

—¡Y hasta parece que cuanto nos rodea contenga algún misterio!

Sobre el aire vieron planear un águila con una placentera majestuosidad. Algunos estuvieron algún tiempo mirándola evolucionar, hasta que de pronto adoptó una posición vertical, y encogiendo las alas se lanzó en picado, a una velocidad increíble sobre un lugar del bosque; se la veía caer encogida, como un trapo desaliñado, que en nada se parecía a la reina de los aires. Luego la vieron cómo remontaba nuevamente el vuelo, llevando entre sus garras una presa que no pudieron distinguir.

El viaje resultaba grato, tanto por el buen tiempo que les acompañaba como por la variedad de animales salvajes, unos más grandes y más pequeños otros, que se escondían al oír el paso de los caballos. El bosque estaba lleno de vida, de esa vida oculta que solo él sabe imprimir a sus silencios. Entre jaras pasaban junto a enormes telas de araña, en donde su dueña, de cuerpo amarillo con anillos negros, esperaba la incauta caída de alguna presa, y entre los trenzados de sus hilos resplandecía alguna gota del rocío de la noche. Seguían cabalgando cuando los hombres observaron que desde unas grandes matas surgieron, de pronto, varios pájaros, como si huyeran asustados. Solamente algunos de ellos se dieron cuenta de aquel detalle; pensaron que su propio ruido les había sobresaltado y no dieron mayor importancia. Si no hubiesen caminado tan confiados, se habrían apercibido que desde hacía algún tiempo, la espesura por la que estaban cruzando se había quedado silenciosa. Solo el rozar de los aceros y los pasos de las cabalgaduras era cuanto podía escucharse. El rey, de pronto, sin saber la razón, se sintió intranquilo y un escalofrío debió recorrer su cuerpo, porque sus sentidos le avisaron de que algo extraño, imperceptible, estaba ocurriendo. Detuvo la cabalgadura para comprobar si eran ciertos sus temores y cuando fue a levantar la mano

para ordenar a sus hombres que se detuvieran, un griterío formidable surgió de aquellos árboles. Al principio los cristianos se desconcertaron, y las mujeres, sin poder remediarlo, comenzaron a gritar. Todos los matorrales, árboles y zarzas parecieron cobrar vida, rodeando a la comitiva. Y de cada mata, detrás de cada árbol aparecieron moros enarbolando sus armas. Sonaron los añafiles y el rey vio cómo todo un ejército se abalanzaba contra ellos. A su cabeza, mandándoles, descubrió a un árabe cubierto con su coraza de acero: Al-Azraq. Reaccionó enseguida y ordenó:

—¡Nos atacan! ¡Defended a las mujeres!

Y mientras esto decía, enrolló su capa en el brazo izquierdo a modo de escudo y sacó su espada. El terror se había apoderado de las mujeres, que no cesaban de gritar. Los moros, en un número impreciso, pero algo mayor que la escolta real, embistieron con furia. El rey, haciendo alardes de valor, blandía su espada una y otra vez, y cuando la dejaba caer, su enemigo era hendido de cabeza o pecho casi por completo. Al-Azraq se dio cuenta de los estragos que entre sus hombres estaba haciendo el rey y abriéndose paso entre la refriega, llegó hasta Don Jaime, al que provocó diciéndole:

—¡Hoy podemos comprobar cuál de nuestras espadas es la mejor!

El rey le miró con furioso enojo y a la vez que levantaba su arma, sólo dijo:

—¡Traidor!

Al-Azraq se rió de su indignación mientras detenía el terrible espadazo. Múltiples veces chocaron los aceros ambos contendientes, pero ninguno parecía ser superior al otro. Don Jaime nunca se había encontrado con un enemigo tan fuerte y feroz como Al-Azraq y ambos reanudaban su personal lucha cuando lo permitían los ataques de sus enemigos.

—¡Eres vil, Al-Azraq, al escudarte en una pobre mujer para lograr vencer al rey de Aragón!

—¿Acaso habéis dejado a los de nuestra raza otro camino? ¡Sois vos quien comenzasteis esta guerra!, no me achaquéis, pues, sus consecuencias.

El rey insistía, redoblando sus esfuerzos para vencer a Al-Azraq, pero este, riéndose de su impotencia, detenía todos los golpes que le dirigía. Don Jaime tuvo que reconocer interiormente que era preferible ser él quien se defendiera de la cimitarra del árabe, porque estaba seguro de que habría sembrado la muerte entre sus caballeros. Las literas detenidas, los soldados enarbolando las armas, los caballos golpeándose unos contra otros; aquel cuadro era infernal para cualquiera que lo hubiese presenciado. Sin embargo, el ejemplo del rey fue seguido por sus hombres, infundiéndoles valor su propia temeridad. Los sarracenos comenzaron a retroceder. El singular duelo

entre el rey y Al-Azraq continuaba sin que entre ellos se vislumbrara quién podía ser el vencedor. Al pronto, el árabe se dio cuenta de que había sido cercado por los soldados del rey y de que sus hombres comenzaban a emprender la huida. Una exclamación repleta de fiereza salió de su garganta, gritándoles:

—¡Cobardes! ¡Volved a la batalla!

A pesar de su ira comprendió que él solo no podría con los enemigos que aún quedaban, mayormente si entre ellos se encontraba el rey. Adoptó con rapidez su decisión y manejando su arma con aquella singular habilidad, se abrió camino entre sus enemigos a la vez que anunciaba:

—¡Suerte has tenido, rey cristiano! ¡Confío en que no tengas tanta la próxima vez que nos encontremos!

Y montando su alfaraz de negro acerado, remontó la colina, ocultándose en el bosque.

Cuando la batalla concluyó, la tierra, madre y tumba de todo lo que existe mostró el lamentable espectáculo. En su litera, doña Isabel, presa de los nervios lloraba desconsolada; de nada servían las acariciadoras palabras de Doña Violante, ni sus ademanes maternales tratando de infundirle ánimo, pero doña Isabel repetía una y otra vez, insistente y desquiciada:

—¿Por qué? ¿Por qué tenía que engañarme? ¿Por qué fingió su amor durante estos años? ¿Por qué, Dios mío?

El rey se acercó hasta ella, y posando su mano sobre la cabellera de doña Isabel procuró consolarla.

—¡No lloréis, doña Isabel, no lloréis por alguien que nunca os ha merecido! ¡Ese hombre es ruin, ladino y traidor, hasta tal punto que esta emboscada estoy convencido de que la venía fraguando desde muchos meses atrás! ¡Pero no lloréis más, porque vuestro sufrimiento es el nuestro y vuestro desengaño el mismo que nosotros hemos sentido!

Luego, dirigiéndose hacia la colina por donde había huido Al-Azraq, gritó:

—Ya podéis buscar refugio, infame, porque desde ahora te condeno a muerte! ¡A muerte!

La amenaza retumbó entre los riscos, estrellándose y perdiéndose en ellos. ¡A muerte!, sentencia que dicha por el rey ya no admitía clemencia alguna. Desde aquella emboscada era ya cierto que en Valencia sobraba el rey o Al-Azraq, y quien debía huir era el árabe, que había sido derrotado.

Aquel suceso desencadenó toda la ira de Don Jaime, que puso al instante en pie de guerra a su ejército para comenzar el asalto a los castillos de la sierra. ¡Nidos de ratas! Y su nueva ofensiva se inició contra Xàtiva, la ciudad tantas veces asediada por las tropas

aragonesas y tantas veces victoriosa, hasta que en 1248 fue finalmente vencida. ¡Xàtiva, la hermosa! ¡Xàtiva, la que parecía invencible! La estratégica ciudad servía para ir aumentando las avanzadillas cristianas en el territorio valenciano. El rey Don Jaime dividió a sus ejércitos poniendo al frente de uno de ellos al infante Don Alfonso, y él asumió la otra parte. Cientos de hombres, unos a pie y otros a caballo se adentraron por la sierra levantina. Por una parte, el señor de Rebollet atacó sin piedad alguna, apoderándose definitivamente del castillo de Dénia, Xaló y Pego; por otra, don Bernardo de Abella, héroe relevante en las cantadas gestas de Santa María del Puig, fortaleza que fue demolida por los propios árabes para evitar que fuese conquistada por los cristianos, sin que aquella decisión tuviera repercusión alguna porque a costa de grandes esfuerzos, la fortificación fue levantada de nuevo, resistiendo con posterioridad los desesperados ataques de los musulmanes por recuperarla, produciéndose una carnicería que a tal grado llegó que, posteriormente, el rey, una vez posesionado, la transformó en recinto sagrado dedicándola a la Virgen María, que es en la actualidad el Monasterio de Santa María del Puig, símbolo del cristianismo para las gentes del Levante español.

El mismo noble, don Bernardo de Abella, coadyuvó en los asaltos no solo de la ciudad de Valencia sino en los de la Safor y Dénia; luego traspasó el Montgó, conquistando para el rey aragonés los castillos de Teulada, Benissa, Altea y Calpe. Sus huestes avanzaban venciendo a los pueblos de la sierra, llegando hasta Villajoyosa, anexionándose castillos de tanta importancia como los de Polop, Penàguila, Confrides y Benidorm. El noble don Antel de Mur, seguido de su mesnada catalana del Pallás, conquista otra parte de la sierra, estableciéndose, al fin, en Ràfol, el más importante reducto árabe de la zona.

Era el momento deseado por el rey Don Jaime, que confiscó todos los bienes y castillos de Al-Azraq, incluido el de Alcalá, de cuya plaza huyó el sagaz árabe, introduciéndose en Alicante, por ser este el lugar más seguro, ya que se trataba de una parte del territorio cuya conquista estaba reservada a las fuerzas del rey Alfonso X, adjetivado más tarde con el sobrenombre de “El Sabio”. Ya en Alicante, Al-Azraq, tanto por su nombre como por su posición, pudo facilitarse los adecuados medios para proseguir sus planes de revancha. Como ya decíamos, era tan influyente tanto por su familia como por su fama, que le fue fácil lograr la amistad de los infantes de Castilla: Don Fadrique y Don Manuel, señor de Elche. Cuenta la Historia que este mutuo conocimiento fue posible porque entre el rey aragonés y el de Castilla existían graves diferencias, provocadas, de un lado, por los éxitos que Don Jaime estaba obteniendo en sus conquistas, y por otro, ante la falta de palabra que con respecto a la dote de Doña Violante, hija del rey Don Jaime y esposa de Don Alfonso el Sabio, había tenido

aquel. Por estas razones, los infantes veían con buenos ojos la oposición de Al-Azraq al rey Don Jaime e incluso le aseguraron apoyo y le brindaron recursos y seguridad en Alicante.

En aquel paréntesis de su personal batalla contra el rey de Aragón, Al-Azraq iba reclutando adictos a su causa. No cesaba un instante de proyectar ataques contra su adversario. Era más que una batalla entre moros y cristianos una lucha personal entre ambos contendientes. Alguno sobraba en el suelo español y ninguno estaba decidido a abandonarlo. Y fue entonces, en aquella espera, cuando Al-Azraq tuvo conocimiento de la sublevación de un pequeño grupo de árabes, que se apoderaron del castillo de Penàguila, emplazado en plena sierra. Aquel acto individual fue como un aviso para el árabe, quien inmediatamente se encaminó a las montañas, seguido de sus siempre leales Albenbazol y Albacoor para fomentar la rebelión porque el caudillo árabe había sentido renacer sus esperanzas ante el nuevo levantamiento.

Con tenacidad y una astucia sin límites fue recuperando uno a uno, numerosos castillos de la montaña, contándose que alcanzó a dominar hasta dieciséis fuertes. Pero no todo eran venturas para el árabe porque hasta él llegó el descontento de sus hombres, por no haber recibido sus pagas. Aquel era un serio contratiempo, porque si algo influía negativamente en su lucha era que sus hombres carecieran de iniciativa. Es cierto que gracias a las cosechas obtenidas de sus tierras, herencia de sus fallecidos padres, tenía los graneros repletos, pero precisaba transformar aquella riqueza en dinero. Ante este dilema detuvo los combates y resolvió reunirse con los infantes castellanos. Una vez ante ellos, les descubrió:

—Altezas, me encuentro en una difícil situación, hasta el extremo de que no puedo continuar guerreando contra el rey Jaime.

—¿Por qué? ¿No tenéis seguidores en la lucha?

—Los tengo, pero ya conocéis la mentalidad de los soldados. ¡A ellos les tiene sin cuidado la guerra! Y no se dan cuenta de que no es por mí ni para mí por lo que combaten, sino que se trata de recuperar los territorios perdidos, recuperar, insisto, sus pueblos, sus casas y tierras pero al parecer se hallan resignados a su suerte; solo piensan en recibir sus salarios.

Don Fadrique dedujo que Al-Azraq había acudido a ellos en busca de un préstamo que le aliviara en aquella situación, por lo que dijo:

—A malos valedores acudís, si es dinero lo que precisáis para vuestra campaña, porque cuanto tenemos también lo necesitamos para mantener nuestros ejércitos.

Al-Azraq sonrió con cierta conmiseración, porque aunque era cierta aquella afirmación, no alcanzaba a tanto como para negarle una ayuda económica, pero rápidamente adujo:

—No es a eso por lo que he venido, porque yo tengo el suficiente para atender esta necesidad, pero será tan pronto como sea posible vender mis cosechas. ¡No, Don Fadrique, no mi buen Don Manuel, no es dinero lo que se os pide!

Ambos infantes se desconcertaron ante las palabras del árabe, y casi al unísono preguntaron;

—Si no es dinero, ¿qué es lo que precisáis de nosotros?

—¡Una tregua! —fue la lacónica respuesta de Al-Azraq.

De nuevo los herederos de la corona se miraron con asombro, ante petición tan peregrina.

—¿Una tregua? ¿Por quién?...

Y al formular la pregunta, ambos comprendieron al instante que es lo que pedía Al-Azraq.

—¿Nos estáis pidiendo que intercedamos para que el rey de Aragón os conceda un alto en los combates?

—¡Exactamente eso!

—Pero vos sabéis que nosotros no estamos en guerra contra él y por otra parte, conocéis la tirantez de nuestras relaciones.

—También lo sé.

—¿Entonces?... Deberíais ser vos mismo quien se la solicitara; eso sería más comprensible para él.

—¡Creedme que a mi jamás me la otorgaría y tengo razones suficientes para saberlo con certeza, desde el momento en que me tiene sentenciado a muerte! Pero a vosotros sí, vosotros podéis ser los intermediarios, bien por propia persona o a través de vuestro padre. Pensad que si no me ayudáis, el aragonés continuará ensanchando sus propiedades hasta extremos tales que no sé qué insignificancias dejará para el reino de Murcia.

Aquellos razonamientos afectaron profundamente el ánimo de los infantes. Ante sus dudas, Al-Azraq aún advirtió:

—Pensad en lo que os digo. Al rey aragonés tampoco le sobran los medios y acaso esta sugerencia, llevada a él por vosotros, le resulte conveniente.

A los infantes era indudable que les convenía que aquel atrevido musulmán prosiguiera su acoso al monarca catalano-aragonés, y pensándolo bien, visto que solamente solicitaba su mediación, no tuvieron, al final, inconveniente en intentar la tregua para Al-Azraq por parte de Don Jaime.

—¡Quedad tranquilo! —aconsejó Don Fadrique— porque mañana hablaremos con nuestro padre sobre la posibilidad que solicitáis.

—Con esa promesa es suficiente, porque sé que haréis cuanto sea factible.

Al-Azraq observó que existían preparativos para iniciar una cacería. Caballeros y perros organizaban una tremenda algarabía en la

plaza del castillo. Fue Don Fadrique quien le invitó.

—Dejaos por ahora de preocupaciones guerreras y uníos a nosotros en la batida que vamos a dar por la sierra. Creo, además, que os conviene para conocer a diversas personas de nuestra nobleza.

Al-Azraq intuyó enseguida que no sería bien recibido por los caballeros cristianos y rechazó la oferta, sonriendo con malicia.

—Creedme que os agradezco la atención pero yo soy incapaz de matar a los inocentes animales que pueblan nuestras tierras, porque bastante hacen con sobrevivir en un medio tan hostil. Lo que en verdad me agrada es ser cazador, pero de los castillos del rey aragonés.

Aquella respuesta les produjo gran alborozo porque no tenían el menor aprecio hacia Don Jaime, y con ella quedaba claro el odio que el árabe sentía, y bien sabían ambos que si alguien era capaz de frenar el incontenible avance de Don Jaime, este no podía ser más que Al-Azraq.

Transcurrieron unos pocos días hasta que los infantes le hicieron llegar su aviso para que acudiera.

—Al-Azraq —le descubrió Don Manuel—, nuestro padre ha intercedido ante el rey Don Jaime para conseguiros el aplazamiento que solicitabais; él ha aceptado pero pone como condición que dicha tregua sólo la consiente desde Pascua florida a Pascua granada. Eso ha sido todo. No ha accedido a conceder un plazo mayor.

Al-Azraq se pasó la mano sobre su barba, que ya comenzaba a canear, con un claro gesto de duda.

—¡Es poco tiempo! —confesó—. ¡Poco para lo mucho que he de solucionar y organizar! —Luego, dirigiéndose a los infantes, añadió—: Pienso que a todos, y al decir a todos me refiero tanto a árabes como a cristianos, exceptuando, por supuesto, al rey aragonés, nos convendría alcanzar un aplazamiento superior.

—¿Superior? —se escandalizó Don Manuel—. Ya os hemos dicho...

—Sé perfectamente lo que me habéis dicho, y os agradezco la tregua, pero resulta insuficiente, y por nuestro bien nos es necesario que la prorroguéis.

—¿Y cuánto tiempo precisaríais?

—Estoy convencido de que con un año sería suficiente.

Don Fadrique no disimuló su escepticismo, que no pasó desapercibido al árabe.

—¿No podréis lograrlo?

—¡No, Al-Azraq, no creo que podamos!, ¡Don Jaime no os tiene en buena estima, sobre todo desde aquella encerrona que le preparasteis en las montañas!, si a eso añadís que Doña Violante ni siquiera quiere escuchar vuestro nombre, podréis comprender que la tarea de convencer al rey es poco menos que imposible. Sabemos, por la misma

reina, que hicisteis promesa de amores a una de sus damas, que inocente confió en vos durante años y eso, al parecer, jamás os será perdonado.

Al-Azraq inició unos pasos ante sus aliados, meditando en cuanto terminaba de escuchar. Cada uno de sus movimientos denotaba la agilidad y fortaleza de aquel sarraceno. Los infantes estaban convencidos de que aquel hombre era un enemigo implacable, e incluso entre ellos, en más de una ocasión habían comentado que si entre los árabes hubieran existido solo quinientos soldados con aquella preparación, el rey Don Jaime no hubiera logrado sus conquistas. Sin embargo, él solo, con un ejército deficiente, a excepción del demostrado valor de algunos de sus generales, tenía en constante sobresalto a los catalano-aragoneses y valencianos, a quienes incluso había vencido en diversas contiendas. ¡Sí, Al-Azraq era un terrible enemigo!

Se detuvo ante ellos y respondió a sus veladas acusaciones diciendo:

—¡En la guerra toda estrategia es válida y toda posibilidad debe ser utilizada! ¿Acaso él, de haber podido tenderme algún engaño, no lo hubiera aprovechado? —y después de justificarse con aquellas palabras, reconoció—: No obstante, tiene razón Doña Violante para odiarme, porque su dama, una preciosa mujer, no se merecía ser usada como el cebo de un pez! ¡Lo siento! —afirmó— pero antes que mi posible bienestar, debo liberar las tierras y a los hombres de mi raza.

—No tenéis que justificaros ante nosotros. Vos hacéis la guerra a vuestro modo, pero perdonad que os rectifiquemos en algo que habéis dicho: que Don Jaime, si hubiera podido os hubiera también puesto una celada para capturaros. Nuestro pariente, os aseguro que no tiene esa forma de actuar, ¿acaso no fuisteis multitud de veces a su campamento y a su palacio y nunca intentó mataros? Puedo aseguraros que más de un noble lo hubiera deseado, y sin embargo jamás consintió que nadie atentara contra vos. Nosotros no nos entendemos con Don Jaime, pero su nobleza queda fuera de toda duda.

Al-Azraq miró con fijeza a Don Fadrique ante la manifiesta censura que contenían sus palabras, y plantándose ante él replicó:

—Reconozco la nobleza de vuestro pariente, ¿por qué no?, pero pensad que tampoco las circunstancias eran las mismas. Yo ya no podía elegir ante sus conquistas ni ante su poderoso ejército. Todo debo aprovecharlo, ¡todo!, si eso me conduce a la victoria final.

Intervino Don Manuel, con el fin de que aquella conversación no adquiriera algún matiz desagradable, diciendo:

—Bueno, en definitiva, eso son cosas vuestras, sin embargo os recomiendo que en la actual situación, procuréis no caer en manos del

rey aragonés!

—¿Intentaréis, pues, obtener la tregua que os pido?

—Lo intentaremos, pero ya sabéis cuál fue su pacto. Volved una vez transcurridos algunos días y sabréis sobre su respuesta.

Al-Azraq salió preocupado de la reunión. No era suficiente el plazo otorgado, y temiendo la intransigencia real se propuso activar todas las provisiones. Albacoor se acercó para interesarse por el resultado y al conocer la situación, le sugirió:

—¡Debemos hablar con nuestros hombres para convencerles de que deben seguirnos, bajo la firme promesa de que cobrarán! ¡Decirles que es imperioso, sobre todas las cosas de la tierra, defender nuestros valles, frutos y alquerías!

—Sí, podemos decírselo, pero no olvidéis que salvo unos cuantos que lucharían hasta morir por sus pertenencias, otros son soldados asalariados, a los que nada importa lo que aquí suceda. ¡No obstante, intentaré convencerles!

Cuando días después los infantes le anunciaron que el rey aragonés no accedía a ampliar la tregua, Al-Azraq supo con certeza que no podía esperar clemencia alguna.

Y transcurrido el plazo, Jaime I irrumpió en la serranía con su ejército. Es imposible describir cada una de las batallas, de los asaltos, de la ocupación y retroceso de las tropas de cada contendiente. Pero sí es de destacar el daño que sufrió Al-Azraq hasta el extremo de impedirle continuar la guerra. El rey cristiano se apoderó de sus almacenes llenos de grano, con el que el árabe pensaba pagar a sus hombres, y resultó ser de nuevo el rey aragonés el que apaciguó la rebelión; en tan solo ocho días recuperó sus dieciséis castillos perdidos. Es entonces cuando envió un mensaje a su suegro, tan irónico como inquietante, diciendo: “En solo ocho días he recuperado los dieciséis castillos de la caza de Al-Azraq, y tengo, además, al cazador”. Por alguien había sabido de las burlas que el musulmán le había dirigido, y fue de gran preocupación para los infantes saber que Al-Azraq estaba preso.

—¡Ordenará que le maten! —comentó Don Manuel— ¡Si ya le condenó a muerte antes y pudo escapar, ahora ya no tiene ninguna posibilidad!

—¡Era un hombre valeroso! —juzgó Don Fadrique, como si Al-Azraq hubiera sido ya ejecutado—. Es cierto que, en ocasiones, se sirvió de malas artes para lograr sus propósitos, pero pienso que sus defectos en nada palian su coraje.

Al-Azraq estaba maniatado, en presencia del rey aragonés. Se encontraba en aquella sala, presidida por el trono, junto al cual, en otro, se sentaba la reina; en el lugar se hallaban, además de algunos

prelados, obispos y clérigos, y lo más distinguido de la nobleza, incluidas las damas. Los escribanos de la corte ocupaban sus estrados, impersonales, serios. Detrás de los tronos reales, asistiéndolos se situaban los pajes; a un lado caía flácido el cuatribarrado estandarte. El juicio contra Al-Azraq había comenzado. El rey le miró agriamente. Su levantisco enemigo estaba allí, en su poder, y estaba dispuesto a dejar caer sobre él la severidad de la justicia humana. Era mucho el daño que le había originado, muchos los quebraderos de cabeza que aquel maldito árabe le había producido, muchos los gastos que se había visto precisado a invertir para destruir lo que él lograba.

—¡Al final ya veis que habéis perdido y que vuestros actos cobardes, propios de los de vuestra raza, van a ser juzgados! ¿Queréis saber lo que siento por vos en estos momentos? ¡Asco, solo asco! Aún no puedo explicarme cuál fue la razón que me impulsó a consideraros como mi amigo. ¡Amigo de vos, un hombre mezquino, capaz de las mayores vilezas, desleal y orgulloso! ¡Cuántos males me hubiera evitado si jamás os hubiera conocido! ¡Cuántos! —reflexionó en voz alta el rey.

—Al-Azraq aparecía ante todos erguido, con talante más de vencedor que de vencido. Su mirada se encontró, fortuitamente con la de doña Isabel de Padilla, que también se encontraba allí, obedeciendo a la reina, aunque su deseo era no asistir a aquel juicio. Él, disimuladamente, le inclinó la cabeza en un mudo saludo con el que parecía pedirle perdón por el gran engaño; después continuó mirando al rey, como si ambos se hallaran solos en la sala, y respondió a sus anteriores acusaciones:

—El rey cristiano habla por boca de su pueblo, pero no por la del mío. ¡Sé que estoy condenado a muerte y por Alá que lo acepto!, sin embargo, debo reconocer que es humillante para mí morir tan... ¿cómo os diría, Majestad?... de forma tan poco digna. Como guerrero siempre confié en que mi final se produciría en el campo de batalla, y es más —descubrió, como un oculto secreto que siempre había alentado—, os confieso que incluso tenía la esperanza de que se produciría en un combate abierto entre vos y yo.

El rey captó al instante la verdadera intención de Al-Azraq e inmediatamente intervino atajándole;

—¡No intentéis utilizar vuestras tretas conmigo! ¡Mi decisión sobre vos la tomé hace ya mucho tiempo! Pudisteis entonces escapar de mi castigo pero habéis hecho algo que debo reconocer para vuestra satisfacción: que huisteis no para escapar, sino para poder seguir luchando. Es lo único que puede honraros, pero no esperéis provocarme a un combate personal. ¡Sería mucho rebajar a un rey!

—Lo comprendo, Majestad, y nada más lejos de mi intención que el sentido que habéis dado a mis palabras. Yo sólo os digo que el lugar

donde debe dejar de existir un guerrero no es bajo las armas de los verdugos, sino frente a las de los enemigos a campo abierto.

—Digamos, pues, que habéis tenido mala suerte. La sentencia de muerte, por todas vuestras traiciones y levantamientos se llevará a efecto mañana, al amanecer.

Y con aquella sentencia dio por finalizado el juicio. Levantó la mano, ordenando que se llevaran al preso. Dos soldados se acercaron para sujetarle, lo que con su inevitable altivez, rechazó, siguiéndolos a su calabozo.

Tan pronto como finalizó el juicio real, los monarcas se retiraron a sus habitaciones. Fue entonces cuando Doña Violante, la reina, recibió la visita de doña Isabel de Padilla y nunca esperó escuchar las palabras que le dirigió, palabras que encerraban una verdadera súplica.

—¡Señora, perdonadme por lo que voy a pediros! —comenzó con evidente temor por lo que iba a decir— ¡Sé que es una osadía por mi parte, lo sé, pero confío en que sabréis disculparme!

La reina, al notar su estado de crispación y humildad, la alentó a que le dijera cuanto deseaba:

—¡Vamos, doña Isabel, tenéis toda mi confianza! ¿Qué es lo que os preocupa? —la miró fijamente y un presentimiento le hizo preguntar — ¿No será algo relacionado con ese moro?

Su dama inclinó la cabeza con aflicción y respondió:

—¡Sí, a el me refiero, Majestad!

La extrañeza se reflejó en el rostro de la reina, que no esperaba aquella reacción de su dama de confianza.

—¿Y qué es lo que solicitáis?

Por un momento doña Isabel no contestó, como costándole hablar, temerosa de que su petición fuese rechazada.

—¡Señora, lo que os pido de todo corazón es... que Al-Azraq no sea ejecutado!

La reina no pudo evitar su sorpresa ante la petición:

—¿Y sois vos quien pide clemencia para ese traidor, un hombre que estuvo a punto de matar a nuestro rey? ¿Un árabe que os engañó de la forma más rastrera que se podía imaginar? ¡No es posible que lo que me pedís sea en serio!

—¡Sí, Majestad, así os lo pido! Porque contra su traición he sido ampliamente recompensada con vuestro cariño.

—¡Y por la comprensión de don Fabián! Él fue quien olvidando vuestros amores con Al-Azraq os brindó tanto su amor como su comprensión.

—¡Cierto, Majestad, y nunca agradeceré bastante su generosidad! No obstante, permitidme que os haga la misma consideración que Al-

Azraq formuló en el juicio; que él todo lo hizo en defensa de su pueblo y a ello supeditó todos sus propósitos para obtener su liberación.

Doña Violante no comprendía a su dama, sobre todo por el escarnio al que la sometió, el riesgo que corrieron las vidas de los hombres que la acompañaban, las muertes que se produjeron, y sobre todo, en el grave peligro en que colocó al rey.

—¿Lo habéis pensado bien?

—¡Creedme que sí, Majestad! Y pienso que es más generoso para un cristiano saber perdonar. Bien sabe Dios que no es otra mi intención. Yo he olvidado por completo a ese hombre, pero, sin que interpretéis de otro modo mis palabras, quisiera que su vida fuera respetada.

Doña Violante comprendió que era imposible convencer a doña Isabel, por lo que para tranquilizarla, le aseguró:

—Nada os garantizo, pero comentaré vuestros deseos al rey.

—Con eso me doy por satisfecha y le doy mis más sentidas gracias por vuestra mediación. Y algo quisiera confesaros, si he de continuar siendo sincera, y es que merced al engaño de Al-Azraq, he podido apreciar el gran afecto que por mí siempre sintió don Fabián de Mansilla. ¡Cuánta paciencia ha tenido conmigo y cuán generoso ha sido a la hora de mi desgracia!...

—¿Y no se os ocurre pensar que vuestra intercesión ante nuestro rey para salvar a Al-Azraq puede enojarle?

—¡Oh, no, Majestad! ¡Si llegara a saberlo, cosa que os rogaría mantuvierais en secreto, estoy segura de que comprendería que mi petición no es más que compasión hacia un hombre que se despega de todo sentimiento, de toda humanidad por defender a su pueblo, y si para lograrlo tiene que mentir, engañar o poner en riesgo su vida, lo hará! ¡Y esa generosidad, entendida así por él, merece, aunque os parezca insólito, mi respeto y a la vez, mi piedad!

Doña Violante no pudo evitar las lágrimas de tanto que le conmovieron los sentimientos de su dama. La abrazó impulsiva.

—¡Sois adorable! ¡Sabía de vuestra ternura y bondad, pero nunca imaginé que llegaran a tanto! ¡Sabéis dejar de odiar y actuar con generosidad de corazón! Ese hombre no sabe lo que perdió.

—Gracias, Majestad, por ser tan comprensiva.

Cuando ya se despedía de su dama, y antes de que saliera de la habitación volvió a advertir:

—No olvidéis que nada os prometo, porque como bien sabéis, la decisión no es mía ni yo puedo revocarla.

—Lo sé, pero vos sois el cobijo del rey, su consuelo, ¿pensáis de verdad que os negaría algo?

—Mucho confiáis en mi ascendiente sobre el rey! ¿Acaso habéis olvidado que fue él quien estuvo en trance de morir ente la espada de

Al-Azraq?

—¡Por supuesto que no! Pero él es noble de corazón, generoso y compasivo, lo cual quiere decir que nunca actuó a impulsos del odio, sino de la justicia.

—Me temo que eso es precisamente lo que alegará para negarme la clemencia que solicitáis y yo, en verdad, no sabré que responder —dijo la reina con cierta preocupación, ante la insistencia y confianza que en ella depositaba su dama.

—Señora —adujo doña Isabel con rapidez—, basta con que le digáis que junto a la Justicia también existe la Misericordia, porque no es más justo quien siempre lo es, si no sabe, en ocasiones, usar de la benevolencia, y cuando así actúe es cuando un rey lo es más. Es entonces y solo entonces, cuando demostrará saber estar sobre los demás hombres.

La reina se quedó sorprendida ante la argumentación esgrimida por su noble dama. Jamás pudo pensar en la grandeza de espíritu que se encerraba en aquella mujer. Salió seria, meditando en la extraña conversación que tanto impacto había causado en su ánimo, ¡qué dama tan sublime! —se dijo—. ¡Qué entereza se encierra en ese cuerpo tan frágil y hermoso!—. Y presa de aquellas ideas, se perdió por los pasillos del palacio.

Las rosadas luces del amanecer pintaban ya algunos jirones de nubes ancladas en el cielo de claro azul. Al-Azraq esperaba en la mazmorra la llegada de los soldados; esperaba el momento sin temor, asumiendo la decisión del enemigo con paciente fatalidad. En su mente no podían ocultarse sus ideas sobre la forma en que le sentenciarían, —¡seguramente decapitado!—, respuesta que adquiría forma en aquel húmedo silencio que le rodeaba, abrazado por aquella lúgubre y tétrica oscuridad. No había dormido en toda la noche, más que por temor, cuyo corazón no lo sentía, sino acosado por los recuerdos de sus muchos años de guerra, por su juventud, por la niñez ya de antiguo pasada... Le dolían los brazos y los pies, sujetos por grilletes que le impedían casi todo movimiento. La espera era dura, incluso para un hombre como aquel árabe. Confiaba en que todo transcurriera rápido y pronto, porque no quería dar a su enemigo la satisfacción de verle, ni un instante, atemorizado ante su fin. Sus oídos percibieron el rechinar de la gran puerta de hierro que protegía los calabozos. Unas antorchas iluminaron pálidamente, al principio, la bóveda pétrea que le cubría; la luz fue haciéndose más nítida, al tiempo que los hombres que sostenían las antorchas avanzaban hacia él; —¡Ha llegado el momento! —musitó—. ¡Alá, dame valor, el necesario para saber morir, y cuando esto haya sucedido acógeme con

Tu inmensa bondad!

Los soldados abrieron su celda sin pronunciar palabra alguna; le desataron de los aros de hierro que le sujetaban al muro de piedra para encadenarle seguidamente de brazos y manos, y luego le ordenaron:

—¡Sígueme!

No opuso ninguna resistencia y se situó en el centro de los cuatro soldados que habían acudido e inició la marcha. Al salir por la angosta puertecilla al patio tuvo que cerrar los ojos instintivamente, por la luz tan viva que hirió sus ojos. Nada vio en él y cierta extrañeza le causó el que los soldados le ordenaran cruzarlo, sin detenerse, porque era en ese lugar donde se solían ejecutar las sentencias. Subió unas escaleras y le obligaron a entrar en la misma estancia en donde se celebró su juicio el día anterior. No estaban en ella más que el rey y la reina, los escribanos, algunos de los más relevantes capitanes del ejército cristiano y unos cuantos soldados. Al-Azraq estaba desconcertado y una desconocida inquietud comenzó a invadirle.

Le situaron frente al rey, que con su gesto severo comenzó diciéndole:

—Os preguntaréis, a buen seguro, la razón de estar aquí.

—Así es, Majestad. Jamás confié en volver a veros.

Don Jaime guardó silencio intencionadamente, como si cuanto iba a añadir fuese a tener una mayor repercusión entre las paredes de aquella sala.

—¿Recordáis el grave daño que hicisteis a una de nuestras nobles damas? Os pregunto, Al-Azraq, si por algún momento olvidasteis lo rastrero de vuestro engaño.

El aludido no replicó precipitadamente a la pregunta, sino que la pensó unos instantes, antes de responder.

—Lo recuerdo, señor. Aquel fue un acto innoble por mi parte, ¿es eso lo que queréis escuchar de mí? ¡Pues es cierto, fue injusto y bárbaro!, pero respondedme vos también, ¿de qué otro modo podía haberos arrastrado al lugar que tenía elegido? ¡Sí, Majestad! ¡Fui cruel con esa dama, que no fue más que un cebo en nuestra lucha! Y, ciertamente, la quería, lo que me hace sentir más culpable aún, porque he de reconocer que ella no merecía tal humillación.

— ¿Queréis decir que reconocéis vuestra falta?

—Sólo quiero decir que la dama real merecía mejor trato y continúa mereciendo mi más profunda estima.

El rey suspiró profundamente, como si las contestaciones de Al-Azraq le asombraran. Miró hacia Doña Violante, que con gran quietud presenciaba aquel diálogo entre su esposo y su gran enemigo.

—¡En verdad, Al-Azraq, que no os entiendo! —manifestó el rey— ¿Cómo podéis tener el cinismo de exponer que tenéis aprecio hacia

alguien a quien pusisteis en peligro?

—Si a alguien, como vos decís, puse en peligro, fue a vos. Ella jamás fue mi propósito, ni ella ni vuestra esposa. Podéis creerme o no, pero os juro que nada les hubiera sucedido a vuestras damas y esposa si hubiese vencido.

Fue entonces cuando Don Jaime, ante tan encontrados sentimientos, como monologando, expuso:

—¡Qué intrincado es el corazón de las personas! A veces resulta desconcertante. ¡He aquí un caso insólito! Un caso en el que un hombre comete la más vil de las felonías contra una mujer y resulta que ella intercede ante Nos para que no os ejecutemos.

Aquella revelación fue como un estallido en la cabeza del árabe, hasta el extremo de que, a pesar de todo su hermetismo, su rostro no pudo evitar dejar traslucir la sorpresa.

—¡Así es, Al-Azraq! Sería mi real deseo exterminaros para siempre, pero la generosa intercesión de esa dama a la que tan bien conocéis, no puede ser desoída por el rey, por el hecho de que acaso fue ella la que recibió la más grave ofensa.

Al momento el árabe había adquirido su habitual talante indolente por cuanto terminaba de decirle el rey. En el salón casi podía cortarse el silencio, cuando fue interrumpido por Al-Azraq.

—¡Majestad, ruego que trasladéis a esa dama mi gratitud más sincera y los más profundos de mis respetos! ¡Lo merece por su noble acción, pero rechazad su petición, porque para mí sería indigno deber mi vida a una dama, a pesar de su enorme generosidad!

El rey se enfureció ante tan arrogante respuesta.

—¡Sois ingrato, Al-Azraq y ciertamente que no sé si lo sois por altivez o por raza! Pero en este caso entiendo que no cuenta ni mi voluntad ni la vuestra, sino la de la agraviada, y esa, Al-Azraq, me merece tanto respeto que me obliga a dejaros en libertad. Y llego a pensar que acaso sea para vos mayor remordimiento que la propia muerte: el saber que debéis la vida a una mujer cristiana. Pero ¡no abuséis más de vuestra suerte y desapareced para siempre de mi reino! ¡Si no lo hacéis estad seguro de que mi espada llegará hasta vos! Dos son ya las veces que os libráis de mi justicia, pero pensad que mi clemencia no llegará por tercera ocasión.

Dicho aquello, como si ya el musulmán no le importara lo más mínimo, se dirigió a los soldados y ordenó:

—Lleváoslo y desencadenadle en la puerta de la muralla.

Al-Azraq sabía que era inútil pretender que el rey siguiera escuchándole, por lo que con la posibilidad que le permitían sus ataduras, se inclinó ante los reyes. Entre ambos se había dicho todo, y sin embargo, en el diálogo ni una vez fue mencionada doña Isabel de Padilla, como si ambos estuviesen de acuerdo en no ensuciar más el

nombre de aquella generosa mujer.

XII

Vencida la resistencia de Xàtiva, considerada por Jaime I como una de las plazas estratégicas para consolidar su conquista de la capital, se sintió menos amenazado; en su poder contaba con Cullera, Alzira, Xàtiva, el Puig, esto es, con los llanos o lugares menos abruptos, acertados para formar el cinturón protector de Valencia.

Y es entonces, cuando harto de los levantamientos moros y de tan larga guerra, sin pensar en consecuencia alguna decide la expulsión de los árabes. Por montes, ríos, vegas, cortadas y bosques solamente se escuchaba la misma palabra: ¡Expulsión!, ¡Expulsión! Acudieron al rey infinidad de embajadas sarracenas pidiéndole que reconsiderara su decisión pero ni siquiera admitió la intercesión del Papa Clemente IV. Don Jaime desatendió todas las peticiones y ordenó que se consumara el exilio de los moros.

¡Qué congoja en los rostros! Se formaron largas filas de hombres y

mujeres, que portando cuanto de su patrimonio podían, desfilaron por aquellas tierras, dejando detrás de ellos gran parte de ganados, casas, huertas... ¡Allí quedaban para siempre las tumbas de sus antepasados! ¡Allí comenzaba su vagabundear, su penoso abandono! Cualquiera puede imaginarse la enorme desolación de aquellas gentes, a las que para mayor escarnio hubo nobles que para dejarles pasar por sus tierras, exigieron el pago de unos tributos, que a ellos les enriquecieron pero que empobrecieron más a aquellas personas, humildes en su mayoría, que ya habían cargado con lo más necesario y escaso. Los pequeños burros morunos se tambaleaban ante tan inmensa carga; sobre sus lomos se hacinaban cajas con animales domésticos, como gansos, gallinas, conejos… Detrás, los fieles perros seguían, cansinos, a sus amos; los niños en edad de caminar lo hacían sujetos de las manos de sus padres cuando estos podían extendérsela, por los enormes bultos que transportaban sobre sus espaldas; encorvados viejecillos avanzaban penosamente, apoyándose en sus báculos de madera, no siempre rectos. La inmensa caravana caminaba doliente, entristecida, mientras el sol descargaba sin piedad sobre aquella inmensa hilera de gentes el ardor inmisericorde de su fuego. Y aquella implacable orden fue de un alcance distinto al previsto por Don Jaime porque sólo sirvió para empobrecer a los pueblos, que faltos de mano de obra, comenzaron a perder su pujanza hasta hundirse en la más oscura de su pobreza. Pensaba el rey aragonés que de aquella forma tan rígida alejaba el peligro de nuevas guerras, sin pensar que en Murcia y Alicante especialmente, aún continuaba la resistencia árabe, eso sin contar el reino de Granada y otros aún subsistentes en la península Ibérica, con lo que en cualquier momento, sus ejércitos podían volver sus armas contra él.

Alguien, sin embargo, no salió: Al-Azraq. Huido por las estribaciones celtibéricas montó en cólera al conocer tan inclemente medida, e inmediatamente, acompañado de sus adictos generales y soldados leales recorrió pueblos, alquerías y lugares para reclutar hombres que estuvieran dispuestos a dar la gran batalla al rey aragonés. Así, grupos de moros se ocultaban entre los bosques y casas, derruidas o no; en cortadas y desfiladeros; en cuevas y escondrijos formados por las montañas, pendientes nada más que de la llamada de su caudillo. Aquel oculto movimiento árabe no fue conocido por los cristianos, al observar en cada movimiento que realizaban la máxima cautela. Con constancia y asiduidad, Al-Azraq fue pertrechando y armando a todos sus adictos para el próximo combate.

—¡Ahora no se trata de si podré pagaros o no! —les advertía en sus incursiones por la montaña, siempre cabalgando en su negro caballo árabe, negro como la propia muerte—. ¡Se trata de vuestros hijos, de todos vuestros familiares, inicuamente arrancados de su

tierra! ¡Tenemos que defender lo nuestro, lo que hemos construido con esfuerzo y años de trabajo! ¡Hombres de mi raza, no desfallezcáis en estos supremos momentos! ¡Debemos vencer o morir, no hay otra alternativa!

Y los reunidos, animados por aquel esforzado árabe, de gran corazón e igual valor, corearon;

—¡Sí, vencer o morir!

El movimiento musulmán era cada vez mayor, porque sabían que debían adoptar una solución rápida, porque todos ellos no habían cumplido la orden de salir y en cualquier momento podían ser detenidos, y sus bienes, sus pocos bienes, confiscados. De esta forma, Al-Azraq logró formar un ejército de más de sesenta hombres. Finalmente, cuando consideró que los preparativos eran ya suficientes, dio la orden de ataque, y a partir de aquel momento las montañas valencianas y alicantinas se poblaron de soldados y jinetes sarracenos. En corto espacio de tiempo el ejército moro se apoderó de la sierra, expulsando a los cristianos, y su poderío logró alcanzar toda la serranía, desde Montesa a La Marina. Al-Azraq ocupó los lugares más estratégicos, en sus diversas vertientes como eran Benicadell, Serrella, Aitana, Mariola y Bérnia, con sus castillos, encrucijadas, pasos y accidentes naturales.

Las noticias de la guerra eran sobrecogedoras porque el enemigo se había vuelto cruel, no existía en sus hombres un atisbo de piedad. En los vencidos cristianos descargaban todo el odio que habían ido acumulando por las vejaciones recibidas, y por vez primera, el valiente corazón del rey Don Jaime temió. La sublevación había sido rápida y efectiva hasta el extremo de que el monarca llegara a considerar que la conquista de Valencia estaba definitivamente perdida. Eso era algo que su espíritu no podía soportar, y haciendo uso de su gran energía y autoridad ordenó que acudieran sus nobles para decidir qué era lo más aconsejable en tan graves circunstancias.

—¡Debemos formar un ejército tan numeroso como el de los sarracenos! Para ello no hay otra posibilidad que la de unir nuevamente los ejércitos catalanes, aragoneses y valencianos para atacar todos a la vez.

—¡Eso costará mucho dinero, Majestad!

—¡Siempre el dinero! —grito el rey con enfado—. ¿Acaso ha desaparecido la dignidad entre nuestros nobles? ¿Es que para ellos no existe otra fuerza que la del dinero? ¿Acaso no os he dado privilegios, fueros y tierras?... ¿Qué más queréis? ¿Acaso soy yo el culpable de que no hayáis sabido defender lo que en su día os concedí? Ahora, caballeros, ahora es distinto, porque no está en juego un castillo más sino la totalidad de nuestras conquistas, la totalidad de un reino que hemos logrado vencer, después de muchos, ¡muchos! años de

combatir. ¡Nuestro pensamiento no puede ser otro que el de recuperar cuanto hemos perdido! La tropas de Al-Azraq sé que están preparando el asalto definitivo a Valencia y puedo aseguraros que si no tenemos formado pronto ese ejército que necesitamos, Valencia sucumbirá y de nada habrán servido cuantos nobles, caballeros y soldados han dejado su vida en esa conquista.

Algunos de los asistentes no pudieron evitar pronunciar unas palabras de recriminación que dolieron profundamente al rey:

—Señor, con todo el respeto, permitidme que os diga que de todo cuanto ahora ocurre solo vos sois responsable. Libertasteis a Al-Azraq en vez de ejecutarlo y ordenasteis la expulsión de los moros. Son elementos lo suficientemente importantes como para haber fomentado esta nueva rebelión.

—¡Por supuesto! ¡Siempre el culpable es el rey, cuando resulta que ese mismo rey se ve obligado de continuo a mendigar la fidelidad de sus nobles! ¿Y quién se hizo rico con la expulsión? ¡Preguntad, preguntad a Don Fadrique, señor de Villena, cuánto cobró por cada moro expulsado que atravesaba su señorío!

El rey suspiró con profundidad, y sin más observaciones, añadió:

—Señores, el peligro es tan evidente que considero necesario insistir en él. Si queremos que Valencia no sea reconquistada por los musulmanes tenemos que combatirles, y lo que yo pregunto es si estáis dispuestos a seguirme.

Los nobles que le eran fieles y leales, incluido el Maestre de los Templarios, le respondieron enseguida afirmativamente; los más egoístas o ambiciosos no quisieron quedar descubiertos y también se adhirieron a la propuesta real.

Así fue como el rey Don Jaime logró formar el numeroso ejército que necesitaba para reducir a los árabes de las montañas. Decidió formar con él dos partes; una de ellas la confió al mando del infante Don Pedro —debido a que el infante heredero de la Corona, Don Alfonso, había muerto en Calatayud en el año 1260—, y del capitán Pérez de Arenós. La otra parte la colocó bajo su propia dirección. Los montes fueron mudos testigos de los mortales combates, de jinetes derribados, de caballos despeñados, de hombres aullando como fieras, de tierra enrojecida por la sangre de los dos bandos. La presión cristiana, aumentada por el valor de sus capitanes era cada vez más insostenible para los árabes, hasta el extremo de que Al-Azraq tuvo que retirarse a Vall de Gallinera, en donde se le reunió el general Abrahim Albacoor. Al verle solo, la pregunta le surgió inmediatamente:

—¿Qué ha ocurrido con Abu Ben Hazem? —preguntó Al Azraq temiendo la respuesta al observar el maltrecho ejército con el que volvía.

—¡Ha muerto!

Tanto él como Albenbazol sintieron un fuerte golpe en el pecho. Albacoor añadió:

—Hizo frente a los cristianos hasta que su brazo se agotó. Fue rodeado por ellos pero a la oferta que le hicieron de rendirse acometió con mayor valor, y aquella actitud le costó la vida.

Los ojos de Al-Azraq se quedaron fijos en un punto del cielo, como si en él pudiera hallar la silueta de su general, cabalgando por el infinito, en busca de un lugar en la eternidad. Sus pensamientos fueron interrumpidos por Albacoor, advirtiéndole:

—¡Los enemigos no están lejos de aquí y vienen dispuestos a atacar este castillo!

Al-Azraq ordenó inmediatamente las defensas del baluarte, pero cuando vio cuántas eran las fuerzas que fueron apareciendo entre las montañas, consideró una temeridad hacerles frente y así se lo confesó a su amigo Albenbazol.

—Sería partidario de luchar, pero no sé si tú opinarás igual que yo, que sería una temeridad, porque serían muchos de los nuestros los que morirían en un combate desigual, ¿qué opinas?

—¡Cierto, somos pocos!

—Pues si estamos de acuerdo prefiero que el castillo se rinda porque es la única forma de que el rey respete la vida de nuestros soldados.

—¿Y la tuya? —preguntó inquieto su antiguo maestro.

—¡No, la mía no la perdonará! Si nos rendimos tendremos que huir.

—Si tú te marchas, tan pronto como ice la bandera blanca en el torreón, yo te acompañaré!

Al-Azraq golpeó suavemente la espalda de su amigo y con emoción respondió:

—¡Qué feliz me siento, dentro de las desgracias, de tener un amigo tan generoso como tú, que incluso en la más angustiosa desventura, siempre está a mi lado!

Albenbazol hizo un gesto de indiferencia ante las frases de gratitud y a ellas respondió con un lacónico recordatorio:

—Hace ya muchos años que le juré a la más hermosa de las mujeres que jamás te abandonaría, ¿acaso piensas que lo he olvidado?

Y dio la vuelta encaramándose hasta donde estaba el mástil del torreón, bajó la bandera y en su lugar izó la blanca en señal de rendición. Luego se acercó a su amigo y ambos montaron en los caballos para salir antes de que llegasen las tropas cristianas.

Fuera del recinto, señalándose las siluetas entre las abruptas crestas, preguntó al general moro:

—¿Hacia dónde?

—A Dénia, y desde allí, hasta el reino de Granada.

Y los dos jinetes se perdieron entre los riscos.

Por aquel entonces el reino de Granada era poderoso y rico. Su palacio era el más insigne construido por el Islam. Si Córdoba fue pujante y esplendorosa, cuna de califas, se diría que Granada le había arrebatado el liderazgo.

Hasta aquella ciudad habían llegado los ecos de las batallas entre árabes y cristianos, e incluso la fama del levantisco Al-Azraq, por lo que tan pronto como se tuvo conocimiento en la ciudad de su llegada fue considerado con una especial predilección. Los propósitos de Al-Azraq no eran otros que los de conseguir ayuda para continuar su particular duelo contra el rey aragonés. Fue el propio rey de Granada el que quiso conocerle y le instó a que lo visitara incluso antes de que Al-Azraq hubiera solicitado su audiencia. A su invitación acudieron Albenbazol y él.

Al palacio se entraba pasando por un majestuoso arco de piedra labrada, aunque para ello también había algunas de menores dimensiones a lo largo de la muralla. Después del arco, infinidad de jardines, luminosos y verdes, trazaban el camino principal, aunque otros de menor anchura se internaban por el bosque de árboles y plantas, de tierra rojiza que ocultaba el paso o la huella de los caminantes por el lugar. Al costado, una acequia de piedra dejaba fluir el agua sobrante de los jardines, con un ronroneo continuo, que solo oírlo daba la sensación de frescor. Delante, el gran palacio de puertas grandes y columnas de alabastro laterales. En los muros, infinidad de ajimeces, con sus finas columnas. En la sala de entrada o antesala, la luz se rebullía entre los ataurique, profusamente distribuidos sobre los lienzos de las paredes, como si fueran encajes de hilo sobre sábanas extendidas. Las bóvedas asomaban cruzadas por piedras que corrían de una a otra esquina, como nervios de una pétrea estructura. Allí todo era grandioso y solemne. Desde las ventanas se podían admirar los jardines perfectamente simétricos y las fuentes manando agua, necesaria para el desarrollo de las plantas, y alimentando a los enormes troncos de humedad y energía vital. Después de los protocolarios saludos entre ambos jefes árabes, el rey preguntó muy interesado:

—¡Decidme cómo pelean los cristianos! ¿Qué tácticas utilizan? ¿Cómo han sido capaces de apoderarse del reino valenciano? ¡Contadme! ¿Es cierto que ese rey ha ordenado la expulsión de todos los de nuestra raza de sus tierras?

Al-Azraq le miró sin recato alguno, como si no fuese un rey quien le hablara. Se limitó a decir;

—¡Sí, es cierto que ordenó la expulsión de los nuestros, pero

muchos valientes prefirieron seguir luchando y morir a tener que abandonar sus tierras!

—Y por lo que observo, vos fuisteis uno de tantos.

—Es verdad, al igual que mis valientes generales. Sin embargo, al resto de vuestras preguntas yo respondería, Majestad, que todo ha sucedido porque Granada está muy lejos y por tanto, nada importó a los granadinos que los árabes levantinos perdiésemos la guerra.

—Diría, Al-Azraq, que vuestras palabras suenan a cierto reproche contra nosotros, ¿me equivoco?

Con serena entonación, replicó el aludido:

—¡No, por supuesto que no!

El rey se removió inquieto en los almohadones ante la claridad de la respuesta.

—¿Luego queréis decir que yo soy el culpable de vuestra derrota?

—¡Así es como pienso, Majestad!

Le desconcertaban las respuestas secas y decididas de Al-Azraq, y por ello siguió interrogando:

—¿Por qué?, ¿en qué podéis culparme?

—¿Y me lo preguntáis?, ¿qué ocurrió con la ayuda que os solicitó el rey Zaen? Estuvo esperando vuestra contestación hasta que pudo resistir.

—¡Y la otorgué! —aseguró el monarca—, solo que alguien se encargó de que ese embajador vuestro no llegara a su destino porque fue muerto durante el viaje de regreso a vuestras tierras.

—Pero si supisteis eso, bien pudisteis enviar a uno de vuestros hombres para remediar aquel silencio —replicó.

El rey efectuó un gesto negativo, disconforme con la apreciación del árabe.

—¡No lo entendéis! Nosotros nos enteramos de que un traidor había asesinado a vuestro emisario bastantes días después y supusimos, acaso equivocadamente, que en cualquier caso, dado el tiempo transcurrido, lo que debía suceder ya habría sucedido.

Al-Azraq comprendió que no podía insistir en aquel aspecto si no quería enojar al monarca, pero obsesionado por sus propias ideas preguntó:

—Señor, si yo os solicitara auxilio para reconquistar mi tierra, ¿podríais prestármela?

Un ademán indefinido fue la respuesta. Valencia quedaba muy distante de Granada y por aquel entonces nada empañaba el poderío que sustentaba. Después preguntó:

—¿Y no preferiríais ambos incorporaros a mis ejércitos? Llegará algún momento en que los cristianos también intentarán conquistar este territorio. Para entonces quiero que mis fuerzas estén tan adiestradas que lamenten haberlo intentado siquiera. Entre tanto,

vosotros ya habéis guerreado lo suficiente para obtener un merecido descanso que solamente lo podéis encontrar aquí, en Granada.

Al-Azraq negó inmediatamente con la cabeza, rechazando la generosa oferta real:

—¡No, Majestad! En la sierra aún quedan hombres que confían en mí y no puedo abandonarles en manos del rey Don Jaime. Debo ayudarles en la medida en que me sea posible.

—Bueno, mi valiente caudillo, bueno, respeto vuestras ideas, aunque por supuesto no las comparta, pero en ese caso, ¿en qué consistiría esa ayuda? ¿En máquinas, caballos u hombres?

—En hombres y caballos, señor.

El dedo índice del monarca granadino se disparó hacia Al-Azraq preguntando:

—¿Y en qué número?

Al-Azraq juzgó muy bien que debía ser prudente en su petición, si no quería obtener una negativa.

—¡Es difícil precisar, Majestad! El ejército cristiano es muy numeroso...

—¿Y qué queréis decirme con eso?, ¿que precisáis de un elevado número? ¡Imposible! ¿No pensaréis que voy a dejaros casi la totalidad de la guarnición?

—¡Por supuesto que no, señor! ¡Jamás hubiera pretendido nada semejante! Considero que tendría suficiente con un millar de hombres, siempre que se trate de verdaderos soldados. El resto lo completaré con los que aún se resguardan en la sierra.

El corazón de Al-Azraq, cuando salió de la audiencia, parecía como si fuese chocando contra los huesos de su pecho. ¡Mil jinetes granadinos!... era mucho más de lo que podía esperar de aquel rey nazarí, primero en su dinastía, y que tan comprensivo había sido con su causa. En verdad que Muhammad I, conocido como Muhammad Al Ahmar, “el rojo”, por la coloración roja de su barba, el iniciador del reinado de Granada, no le había defraudado en sus pretensiones. Fue entonces cuando oyó que su amigo le indicaba.

—Observa qué parte de palacio tan maravilloso hemos visto y, sin embargo, aún no está terminado.

Era cierto que la construcción del magnífico palacio de la Alhambra se hallaba en la primera de las fases de su construcción, pero sus jardines y fuentes eran lo primero que Muhammad I había decidido que se plantaran y construyeran. El emplazamiento, sobre una colina, la convertía en una ciudadela estratégica además de palacio de reyes. Al-Azraq, a la indicación de su amigo, advirtió:

—El rey, por lo que puede apreciarse, no ha querido aprovechar el antiguo palacio de Ibn Nagrela, visir que fue de los ziríes. Por eso ves demoliciones, reconstrucciones y ampliaciones por todos los lugares

próximos. Estoy convencido de que desea construir un palacio que sea la mayor maravilla de los conocidos hasta ahora, del más puro estilo árabe.

Un grupo de mil jinetes salió de Granada, capitaneados por Al-Azraq, en marcha hacia Valencia. Pero el árabe, conocedor ya muy bien de las tácticas cristianas y de lo numeroso de su ejército cuando se procedía a la unión de todos los nobles, consideró que su primer objetivo consistía en recuperar su castillo de Alcalá, y una vez conseguido, sitiar una de las plazas fuertes que le permitieran intentar la conquista de la capital del reino.

Procuró avanzar durante la noche para pasar lo más desapercibido posible entre sus enemigos, no entrando por el reino de Valencia, sino dando un rodeo que le permitiera mayor posibilidad de movimientos. Era preferible entrar en la sierra por la parte Sur, que no por la del Norte, toda en poder del rey Don Jaime. Y en este avance, el número de sus hombres iba acrecentándose, saliendo de cualquier cueva, casa derruida, o grieta de las montañas. Eran los supervivientes de sus anteriores combates, que al conocer su vuelta inmediatamente se reunieron junto a él. Los ejércitos cristianos ignoraron aquellos movimientos, ya que sabedores de que el caudillo Al-Azraq había huido a Granada, nada esperaban de él. Las noches eran cada vez más desapacibles, pero por orden de Al-Azraq no se encendían fuegos cuando descansaban de tan largas jornadas; este tan solo lo consentía cuando se encontraban en algún desfiladero, o bien dentro de grandes grutas que él conocía a la perfección. Quería mantener el secreto de su retorno, que consideraba vital para una posible sorpresa. En sus queridas montañas, un continuo desfile de sombras alargaba la fila de los soldados que atravesaban ríos y barrancos, sombras de hombres desesperados que confiaban ciegamente en el caudillo Al-Azraq, a quien consideraban como el único que podría llevarles hasta la victoria final.

—¡Ya estamos cerca! —dijo alguien.

En efecto, a las luces del atardecer se delimitaban en el horizonte las torres de su castillo de Alcalá, ¡su muy querido y jamás olvidado castillo! Se dio cuenta de que eran muy pocos los hombres que lo guarnecían, y sus defensores, al ver reunidos a tanto enemigo, optaron por la rendición, tal como hiciera él meses atrás, y de nuevo ondeó la bandera de la media luna en aquellas columnas.

Dueños ya de aquel punto, Al-Azraq decidió mantener un abierto diálogo con su general Albenbazol y los capitanes granadinos. Mucho tiempo duraron los debates para decidir cuál podría resultar el punto más vital para la reconquista; se consideraron infinidad de posibilidades, todas menos sitiar el punto neurálgico de sus propósitos: Valencia.

—No contamos ni con catapultas ni con fundíbulos. Solo contamos con armas ligeras y naturalmente, con la caballería, por lo que resulta necesario, en primer lugar, conquistar alguna de las plazas estratégicas para sitiar Valencia por estas simples razones: que serán fortalezas menos protegidas numéricamente y que en ellas podemos encontrar la maquinaria de guerra necesaria para un ataque serio.

—¿Y cuál sería la más apropiada: Cullera, Xàtiva, Alzira...?

Al-Azraq movió negativamente su mano, rechazando todos aquellos nombres y explicó con una marcada intención de descubrimiento:

—¡Ninguna de ellas!, hay otras tan importantes como las que Albenbazol ha mencionado y a las que los cristianos no han prestado excesiva importancia.

—¿Como cuál?

Se volvió a su amigo y compañero en cien combates, colocó uno de sus dedos en un punto de un mapa que habían extendido sobre uno de los paneles y descubrió:

—¡Aquí! ¡En Llutxent!

Y aquel nombre pareció ser la consigna. Se movilizaron todos los hombres del numeroso ejército, y como la ola que nace en el mar por una erupción volcánica, se levantó en gigantesca cresta, arrasando campos y aldeas hasta conquistar aquella población, cuya resistencia nada podía con aquella incontenible invasión. Rendidos los sitiados en loca huida, salieron del recinto, maltrechos y humillados, formando una caravana de hombres vencidos, que a Al-Azraq le recordó mucho la que tuvieron que caminar los de su pueblo cuando fueron expulsados. Ya en la fortaleza, el árabe manifestó cuáles eran sus deseos para hacer la guerra definitiva a los cristianos.

—¡Hemos de ser rápidos! —consideró—. ¡Y lo hemos de ser para que nuestros golpes les provengan de distintos sitios y lugares, desde castillos diferentes! ¡Hay que volverlos locos para que nunca sepan, ni siquiera presuman, cuándo y dónde les atacaremos! Lo primero es reforzar Llutxent adecuadamente para resistir cualquier asedio. Albenbazol y yo comenzaremos, una vez más, la recuperación de los castillos de la sierra. Nos son de gran utilidad porque a ellos les protegen las montañas.

Como un huracán incontrolable, la destrucción parecía haber prendido en el corazón musulmán, buscando la guerra en cualquier lugar, rincón o patrulla. Casi treinta años llevaba Al-Azraq guerreando contra aquel maldito aragonés. Incluso, aunque no lo confesara, llegó a dudar de si su adorado Alá era menos poderoso que el rey cristiano, de tan afligido que se había sentido en sus derrotas; pero nuevos vientos parecían soplar a favor del caudillo árabe. En fulminantes e inesperados ataques se apoderó de Vall de Gallinera. Con su castillo de

Alcalá y la última fortaleza conquistada —Gallinera— estableció en la sierra el puente necesario para hacerse fuerte. Y en su osadía llegó a rendir las plazas de Finestrat, Serra y Pego; más tarde decidió acudir a liberar a la población de Penàguila. El levantamiento, el nuevo levantamiento era serio y preocupante y así se dio cuenta Don Jaime con temor, ya que resultaba necesario presentar nuevamente combate a aquel indómito árabe, pero era crucial, para intentar la lucha final, desalojarlos de aquella sierra, repleta de escondrijos, repliegues y accidentes geográficos casi inaccesibles en su mayoría. Los enfrentamientos se sucedieron, y en la titánica guerra por recuperar los castillos perdidos, Al-Azraq vio caer de su caballo, mortalmente herido, a su fiel Albenbazol.

Se acercó junto a él sin temor a que algún cristiano le atacase por la espalda, aunque ya Albacoor había formado un círculo defensivo sobre sus amigos. Una gran cuchillada se abría a la altura de su mandíbula y parte del cuello. Intentó incorporarle para llevarle a lugar seguro, pero su amigo, con mirada perdida y sin perder su frío gesto, levantó con dificultad su brazo, pidiéndole que no le tocara. Casi le resultó ininteligible cuando murmuró:

—No lo hagas, amigo mío. Nada puedes hacer por mí, sino incrementar mi dolor…

Quiso mirarle pero la vista de Albenbazol estaba vacía. Hablaba con dificultad y ambos sabían que la muerte del valiente general se produciría pronto.

—¿Sabes lo que siento, después de haber combatido durante tantos años juntos?

Al-Azraq, para entenderle, tuvo que acercar sus oídos a los labios del herido; cuando pudo comprenderle, con lágrimas en los ojos negó en silencio, pero observando que su amigo ya se había quedado ciego, respondió cerca de él:

—¡Lo ignoro hermano, lo ignoro!

—Que me muera sin poder cumplir la promesa que le hice a tu madre en sus postreras horas.

—¡No digas eso! ¡Tú siempre me protegiste, fuiste mi sombra y mi manto; tú, hermano, has hecho más, mucho más de aquello a lo que te comprometiste!

Una dolorida sonrisa entreabrió con dificultad los labios del moribundo sarraceno. Aún insistió:

—¿Crees que he cumplido?

—¡Calla amigo mío, calla!

Un estertor vibró en el cuerpo del herido; por los labios abiertos manó sangre, confundiéndose con la que, a borbotones, salía de la profunda herida, pero en medio de sus dolores aún preguntó con inquietud:

—¿Y qué harás tú solo? ¿Qué te ocurrirá ahora que no podemos acompañarte ni Abu Ben Hazem ni yo?

—¡No te preocupes! Tampoco el cristiano es invulnerable, como has comprobado en muchas ocasiones. No hables. ¡Ganaremos!

Albenbazol le tomó la mano, y en muda despedida, su cabeza se inclinó con flacidez hacia un lado. El general árabe había muerto.

Los ojos de Al-Azraq se volvieron hacia sus enemigos con rabia. Luego llamó a su corneta para que tocara a retirada. Pensó que era preferible mantener la plaza de Llutxent, cuyo asalto aún no habían intentado los cristianos. Lentamente se retiró hacia Alcalá para avituallarse y establecer la debida estrategia. Pasaron unos días durante los cuales Don Jaime ignoró por completo cuál sería la reacción del árabe, conocedor del gran afecto que sentía por su amigo muerto en combate. Cualquier ruido en la noche le intranquilizaba porque conocía de la audacia de Al-Azraq, de su sigilo y temeridad. Y entre todas estas dudas, el gran combate llegó, pero llegó cuando el rey Don Jaime convalecía, enfermo, en Alzira. No pudo, pues, acudir a la cita con su rencoroso enemigo. Intranquilo, sudoroso y consumido por la fiebre tuvo que contentarse con que llegaran los mensajeros, que parecían no caminar deprisa. A cada instante estaba gritando, desde su lecho, preguntando por ellos. —¡No, no han llegado aún! —le respondían engañándole porque era incierto—. Los enviados no querían darle las noticias porque sabían que diciéndole lo ocurrido, aún quebrantarían más la salud real; pero hubo un momento en que no tuvieron más alternativa que visitar al rey. Cuando penetraron en el interior de la habitación, Don Jaime les buscó en los ojos una respuesta que tardaba en llegar, unas noticias que temía, y así, escudriñándoles para encontrar la verdad, preguntó irritado:

—¿Qué ha sucedido?

Los hombres se miraron sin atreverse a contestar.

—Os pregunto qué ha ocurrido, ¡aunque enfermo, aún sigo siendo el rey!

No podían eludir la respuesta y como si temieran que las palabras se escaparan por entre los resquicios de las puertas y ventanas, respondieron;

—¡Señor, esta vez ha vencido el caudillo Al-Azraq!

Las manos del monarca se contrajeron con impotencia, como si la noticia le hubiera herido tanto como su propia enfermedad. Más que exclamar, rugió:

—¿Que hemos sido vencidos?

—Sí, Majestad, pero nuestras tropas se están reagrupando para intentar un nuevo ataque.

Aquellas frases le indicaron que reagruparse significaba haber cedido terreno al enemigo.

—¿Cuántas veces atacasteis?

—Numerosas, señor.

—¿Y en todas os vencieron?

Los soldados bajaron su mirada hacia el suelo. El rey no precisó más detalles, en aquel momento, pero sabía que entonces sus ejércitos se encontraban prácticamente contra las murallas de Valencia. Las graves dolencias que el transcurso de los años había producido en aquel recio cuerpo y el furor con que recibió la noticia, la grave noticia, le hacían temblar de indignación. ¡Aquel maldito moro había sido su continuo e implacable enemigo! ¿Por qué no le ajustició cuando pudo? ¿Por qué no pensó en que Al-Azraq era de su propia tenacidad y que mientras viviera, jamás se doblaría ni ante él ni ante nadie? ¡Qué grave fue su error!... ¡Qué locura!... Él sabía bien que así como en la estrategia no cometía errores, no había sucedido igual con sus órdenes y decisiones políticas y acaso haber concedido la libertad a aquel montaraz sarraceno, su sombra inseparable, había sido eso: un error en la política de su gobierno.

A todo esto, Al-Azraq, conocedor, por un lado, de la sorpresa que había provocado en los cristianos con sus continuas victorias, y de otro, de la enfermedad del rey aragonés, que se veía precisado a poner al mando de sus soldados al infante Don Pedro, consideró que había llegado su momento. La estrella mahometana parecía que de nuevo había vuelto a lucir. Y la aprovechó. Aún desorganizado el ejército real volvió a la carga y fue tan fuerte su empuje, que no solo logró mantener bajo su dominio a Llutxent sino que se apoderó de la estratégica plaza de Montesa y obligó a los cristianos a retirarse hacia las murallas de Valencia. ¡Aquello era la derrota total! ¡El desastre cristiano! Y el rey, desde su doliente lecho veía cómo se desmoronaba el reino que con tantos años, sacrificios, riquezas y sufrimientos había logrado. Llamó al infante Don Pedro para que le detallase mejor los acontecimientos. Y cuando fue debidamente informado, el rey pareció adquirir una nueva vida, un oculto vigor que con voz estentórea gritó:

—¡No podemos rendirnos! ¿Lo entendéis, Don Pedro? ¡No podemos rendirnos! ¡Es imposible que ahora se hunda cuanto he consolidado con los años! ¿Qué fuerza apoya a ese sarraceno que es capaz de llegar, incluso, hasta las puertas de Valencia? ¿Cómo es posible que saliendo de sus reductos moros hayan logrado volver en contra la contienda? ¿Es que no hay hombres en nuestro ejército con el valor suficiente para contener su gigantesco avance?

Y jadeando por la ira interior que le consumía y por el esfuerzo que le había ocasionado pronunciar las palabras, se recostó sobre la almohada.

—¡Tranquilizaos, Majestad!

¡Comprendo vuestra indignación pero no es bueno para vos

dejaros llevar por los sentimientos!

El rey ladeó su rostro, enflaquecido y pálido por el mal que le estaba destruyendo, y preguntó:

—¿Y qué será de todos nosotros, enfermos o no, si perdemos Valencia? ¿Habéis pensado en eso?

—¡Por supuesto, señor, y creedme que a todos nos apena!

—¡Está bien pero con eso nada conseguiremos! Decidme, ¿qué pensáis hacer?

—En las circunstancias actuales intentar atraer a mayor número de nobles con sus soldados y que nos sigan una vez más. Ellos saben que si perdiéramos esta guerra, también ellos se quedarían sin privilegios, fueros, casas y haciendas. ¡Es mucho lo que nos jugamos en la próxima confrontación!

Don Jaime hizo un cansado gesto afirmativo ante las observaciones del infante.

—¡Mucho, sí, tanto como toda mi vida!

—No pensad en lo que ha ocurrido —alentó Don Pedro—, y reposad tranquilo. Alzira es un lugar seguro para vos ¡Incluso diría que este ambiente y el aroma de su vegetación os favorece!

—Sí —respondió el rey en un murmullo, pero obsesionado insistió —: Sí, pero Alzira no es Valencia.

Don Pedro le tomó la mano en cariñoso ademán de despedida.

—Descansad. Os tendré informado de todo cuanto acontezca y del resultado de mis entrevistas.

El rey le retuvo la mano entre las suyas, enflaquecidas, y aún preguntó:

—Sí, pero contadme si han muerto muchos de los nuestros.

El infante temía que le formulara aquella pregunta. En todo momento había estado eludiendo la cuestión y ciertamente que le extrañaba que no lo hubiera hecho antes. Y evitaba comentar aquellas circunstancias bélicas porque sabía que con ello aumentaría el disgusto de su padre, así que procuró evadirse con respuestas genéricas, sin dar nombres.

—Pregunto —insistió Don Jaime— sobre quiénes de los nuestros han caído, y Don Pedro, ¡quiero la verdad! Este cuerpo debilitado y dolorido aún puede soportar que le mencionen aquellos caballeros caídos en combate.

—Si lo sabéis, señor, ¿para qué herir más vuestra alma con nombres?

Don Pedro no tuvo otra salida ni posibilidad que responder.

—Lamento que insistáis, señor, pero ya que lo deseáis…

Y aguardó por si se arrepentía de su petición, pero el rey se mantuvo en silencio esperando a que continuara. El infante, con un suspiro de impotencia, prosiguió:

—En el combate han caído muertos Ortiz García de Zagra y su hijo.

—¡Ortiz García! —murmuró con un suspiro de congoja— ¡Su hijo! ¡Mis pobres y leales amigos! ¡Mi querido Ortiz!... ¿Pero qué demonios guían el brazo de ese moro salido de las entrañas de las montañas? —y continuó insistiendo— ¿Y quién más, quién?

—También don Bernardo de Entenza. ¡Todos los nobles que combatían fueron apresados, incluido el teniente Maestre del Temple, con algunos de sus caballeros! ¡Están detenidos en el castillo de Uxó!

—¡Santa María, esto que me contáis es el fin! —exclamó el rey con una voz casi inaudible—. ¡El fin! ¿Os dais cuenta? ¡Años y años sufriendo las fatigas de la guerra para que los Cielos me permitan seguir malviviendo y ver tan desastrosa terminación de nuestras conquistas!

Don Pedro, aunque contrariado por cuanto había tenido que contarle a su padre, insistió en su anterior recomendación.

—¡Conviene que descanséis! ¿No veis que es inútil lamentarse? ¡Estad tranquilo porque reharé nuestras fuerzas y esta vez no fracasaremos, os lo aseguro!

—Antes de marchar, avisadme, para que al menos pueda imaginar lo que ocurre y rezar por todos vosotros.

—Descuidad que así lo haré.

Ya en la soledad de su habitación, el rey dejó que por su rostro resbalaran las lágrimas que le ahogaban, y que por su mente desfilaran los sucesos de una vida agitada e inquieta, señalada por la violencia, repleta de conquistas y derrotas, en definitiva, de muerte. Y hubo un recuerdo hacia su esposa primera, Doña Leonor, cuyo matrimonio fue anulado y del que tuvo como descendiente a Don Alfonso, fallecido años atrás. Después el contraído con Doña Violante, siempre tan sumisa y fiel, también muerta, de quien tuvo cuatro nuevos infantes: Don Pedro, Don Fernando, que murió a los cinco años, Don Jaime y Don Sancho; también tuvo varias hijas: Doña María y Doña Isabel, fallecidas a temprana edad, Doña Violante, Doña Constanza y Doña Sancha. Pensó en su tercer matrimonio, contraído cinco años después de la muerte de Doña Violante con Doña Teresa Gil de Vidaure, a la cual repudió posteriormente, pues parece ser que Doña Teresa enfermó de lepra y tuvo que ser recluida en el Monasterio de la Zaidia, en Valencia, aparte de que la Historia relata que Don Jaime había conocido a otra mujer. De todos modos las crónicas no nos cuentan exactamente cuáles fueron sus razones para adoptar aquella decisión, a pesar de haber tenido con ella los infantes Don Pedro de Ayerve y Don Jaime de Jérica. Y ahora, ya en los

últimos años de su vida, los pasaba con Doña Berenguela Alonso, sobrina de Fernando III, llamado el "Santo".

Y el curtido rostro del guerrero se dulcificó con tantos y tantos recuerdos, que habiendo quedado atrás no le parecía haberlos vivido, de corta que le pareció la existencia. El silencio, sólo el silencio era dueño de la habitación y sin embargo sintió en el fatigado cerebro inmediatas voces, ruidos de escalas, golpear de arietes, aceros estrellándose, galopes, redobles de tambores... Todo se había convertido en una vorágine interminable, y se vio a si mismo ordenando a sus soldados, brazo en alto, para que ahogaran tanto estrépito. Pero parece que no le escuchan porque continúan inconmovibles, impertérritos ante su mandato. Y la frente de Don Jaime se cubre de sudor, como si en ella se hubieran abierto todos los poros de la piel. El tiempo resulta para él el estirado tubo de un tifón, donde únicamente existe la tranquilidad dentro de su ojo, pero para llegar a él, se ve girar y girar en mil movimientos incontenibles... Un calor extraño hace enrojecer la cara del adalid y brillar las pupilas; luego no, luego el frío, el temblor que le hace palidecer; está desinquieto, alterado, y al fin consigue que el sueño acuda a sus ojos, o más que dormir, mal dormir. Los médicos entraron y le hicieron tomar sus extraños brebajes, y había padecido, durante el tiempo en que tuvieron a bien, las gélidas y asquerosas sanguijuelas. Desde algún rincón del solariego palacio tuvo la sensación de que se esparcían al aire sones de laúd. Después, la serenidad pareció volver con lentitud a las maltrechas facciones del rey. En sus ratos más lúcidos no había dejado de cavilar, de meditar de qué forma podrían ser vencidos los moros. Habían transcurrido algunos días hasta que precisamente aquel, ordena llamar a Don Pedro.

—¡No está, Majestad!

—¿Cómo es eso? ¿Dónde ha ido?

—¡Ha formado las tropas y ahora se encuentra camino de Valencia, hacia Llutxent!

—¿Que se ha ido a combatir sin decírmelo? ¿Qué quiere ese insensato? ¿Acaso que terminen por echarnos de Valencia? ¡Pronto, que traigan una litera!

La voz colérica no parecía la de un enfermo.

—¡Pero señor!... ¿para qué queréis una litera?

Y su contestación fue abrupta, tajante:

—¿Acaso no sabéis para qué sirve? ¡Traédmela, y también mi armadura! ¿Desde cuándo el rey tiene que dar explicaciones de lo que ordena?

—¡No pensaréis levantaros! ¡No podéis!

—¡Sí puedo!

Hizo el gesto de incorporarse pero sus fuerzas eran tan mínimas

que volvió a recaer en su lecho. Los brazos se abatieron sobre la ropa de la cama, con rabia.

—¡Levantadme, levantadme he dicho!

Pronto se dieron cuenta de que era inútil convencerle de que estuviese quieto. Le llevaron la parte superior de la armadura, y ayudado por quienes le rodeaban, se vistió. En brazos le trasladaron hasta la litera pedida, y aquello fue para él la mayor mortificación que podía padecer, al verse imposibilitado, incluso, para caminar, y así comenzó su calvario.

XIII

Comenzó a peregrinar hacia el campo de batalla. Quería que sus hombres le vieran, y así infundirles el necesario aliento, en aquel momento tan crucial. ¡Valencia perdida! ¡Perdida! Y superaba sus dolores a cada vaivén de la frágil silla, pensando en la necesidad de su presencia allí, donde se estaba dilucidando todo. Sabía que sus tropas podían ser vencidas y él mismo capturado prisionero, dado su estado de salud, pero todo aquello no le importaba; él jamás pensó en una derrota y no tenía por qué pensar en ella ahora.

Y llegó al campo de batalla. Según entraba en él sonaron las

trompetas y fue desenfundado su estandarte. Los combatientes cristianos se desconcertaron a un pronto, y fueron abriendo paso a la litera; todos comprendieron el terrible esfuerzo que representaba para su rey hallarse allí, entre ellos, a pesar de sus dolencias, e inmediatamente, unos cuantos nobles, seguidos de sus soldados, rodearon la litera para protegerla de algún ataque. El rey tomó su espada, y se dio cuenta, llorándole los ojos, de que para mantenerla necesitaba la fuerza de los dos brazos. Vio a Don Pedro batirse con aquel endemoniado árabe y en ambos contendientes quedó prendida su retina; cada golpe de sus aceros parecía como si los sintiera en su propio cuerpo.

—¡Cuidado hijo! —recomendó en muda súplica—. ¡Cuidado! ¡Es muy peligroso!

Y vio como un espadazo de aquella cimitarra derribaba de su caballo al infante. El rey se quiso incorporar, conteniendo el aliento; observó que varios guerreros cristianos rodeaban a su hijo, protegiéndole. Un suspiro de alivio escapó de sus labios cuando vio que su hijo volvía de nuevo a su montura. Tuvo la sensación de que no había vencedores ni vencidos y ordenó una tregua, porque pensó que necesitaba recomponer sus efectivos. Ambos contendientes respetaron el alto, replegándose con cautela. Don Jaime mandó llamar al infante, su hijo. Cuando este acudió al lugar en que se encontraba el rey le oyó aconsejar:

—¡Tened precaución con ese musulmán y os lo digo porque ya habréis podido comprobar su valor y temeridad! ¡No le concedáis ventaja alguna, porque es temible! ¡Sus hombres le siguen no solo como caudillo, sino como algo más, como su salvador! Su brazo es fuerte, ligero el caballo en que cabalga, y su destreza un vendaval que todo lo arrasa.

Don Pedro escuchaba en silencio las recomendaciones paternales, pronunciadas con grave preocupación ante la situación en que se hallaba su ejército. Tan patético era el gesto de su padre, que respondió:

—No sufráis, señor, porque no cometeré imprudencia alguna. Sé perfectamente quién es mi enemigo. La locura ha sido la vuestra al presentaros aquí porque no es vuestro lugar, estáis enfermo y es aconsejable que retornéis a Alzira.

—¡No! —rechazó el rey— ¡No! Sé que mis hombres quieren vernos y yo deseo estar junto a ellos en estos momentos.

Miró con severidad a su hijo y preguntó con enfado:

—¿Por qué adoptasteis la decisión de salir hacia el combate sin advertírmelo? Me prometisteis tenerme informado.

—No os enojéis señor, pero mis propósitos fueron evitaros males mayores.

En Al-Azraq se acumulaban los pensamientos. Durante aquel descanso se sumió en un recogimiento que en él era habitual antes de acometer ninguna empresa guerrera. Lo necesitaba como una forma de evasión, y a la vez de estudio de las diversas situaciones. Nada en sus palabras, gestos o postura demostraba emoción alguna ante sus hombres. Para ellos era, como decía el rey conquistador, granítico, de nervios acerados, y sobre todo, un enviado de Alá, pero nadie conocía qué pensamientos se removían en su mente. ¡Las noches! Durante ellas, cuando no podían verle, su semblante se entristecía, como si durante aquellas horas se solidificaran las sombras del pasado. El rostro de su madre, Albenzaida, de Albenbazol y de tantos otros, se le dibujaban infinidad de veces, unas en su interior y otras se proyectaban contra los mismos muros, como si las siluetas apareciesen iluminadas por cárdenos relámpagos. En el alma de Al-Azraq se agitaba una turbulencia incontrolada, originada por los más encontrados sentimientos. Una y mil veces se decía para convencerse: "¡Tenemos que vencer!" "¡Hemos de lograrlo!". Y ante sus ojos se transformaban en seres vivientes los hermanos de su raza, despojados de casas, ajuares o ganados, envilecidos por la codicia de aquellos hombres, que titulándose nobles, no eran más que bárbaros, que les impedían comprar tierras, o, al menos, mantener las suyas; solo cuando en los vencedores existía alguna generosidad, se les permitía cultivar algunas eras, pero únicamente en días festivos. No podían abrir comercio alguno y menos aún contraer matrimonio con cristiana. Estaban condenados, no solo a la ignorancia, sino a la más ignominiosa esclavitud. ¡Esclavos ellos, que todo lo habían tenido y que, gracias al esfuerzo de sus mayores y del trabajo propio habían convertido aquellas tierras en plantaciones fecundas y huertas que parecían vergeles! ¡Esclavos!...

—¡Venceré! —se repitió, convencido de que así sería—. ¡Liberaré a los nuestros del yugo cristiano!

Un pensamiento atravesó su cerebro y la sola existencia del mismo le obligó a llamar a sus capitanes más acreditados para decirles:

—Conviene dividir las fuerzas del rey aragonés. He sabido que Alcoy está deficientemente defendida por los enemigos. No hace falta deciros la importancia que esa plaza tiene para nosotros, como clave de la sierra, y pienso que con unos centenares de jinetes, no más allá de quinientos, mientras transcurre la tregua solicitada podría acudir allá y rendir la fortaleza. Es, como veis, una misión importante, en la que debemos obrar con cautela, esfuerzo y prudencia.

—¿Por qué no esperamos al desenlace de esta contienda? Si debilitamos al rey, también nosotros nos debilitamos.

—Este combate, luchando con el mismo valor que hasta ahora,

conmigo o sin mí, lo lograréis. Si yo conquisto Alcoy, el enemigo sufrirá un duro golpe que no podrá soportar. Mientras piensa que nos reforzamos, resulta que estamos asaltando otro de sus importantes bastiones. Libraremos dos batallas al mismo tiempo. Ese es mi propósito.

Se dirigió a varios de sus capitanes y eligió a quienes estimó más adecuados para la proyectada campaña.

—Pero general, el ejército debe tener alguna explicación. Si vos no los acompañáis en el combate, mucho nos tememos que pueda ocurrir lo peor.

—¡Conforme! Reunid a los hombres.

El ejército fue prontamente reunido y Al-Azraq se presentó ante ellos, como siempre, montando un brioso corcel negro; siempre los prefirió de aquel color, y trasladándose de extremo a extremo de las filas de soldados, les gritó:

—¡Hermanos, escuchadme! Tengo la posibilidad de rendir otra fortaleza ocupada por los cristianos, la de Alcoy. He decidido acudir a la sierra para sitiarla y ocuparla, pero vosotros debéis continuar aquí, luchando con esa bravura que habéis demostrado, hasta obligar a las fuerzas del rey Don Jaime a retirarse dentro de Valencia. ¡Pensad que si no llegara a tiempo para continuar aquí, porque se agote la tregua, que yo estoy con vosotros y que estaré peleando por un palmo de tierra! ¡No cedáis y la victoria será nuestra! ¡Decenas de veces hemos recuperado los castillos de nuestra sierra! ¡Y pensad, también, en algo importante, que si ganamos ambas batallas, habrá finalizado la contienda! ¡Un esfuerzo más y nuestro pueblo será libre!, ¿lo oís? ¡Libres!

Y la palabra se ancló en los corazones de aquellos hombres. ¡Libres! Por lograr aquel ideal eran capaces de cualquier sacrificio.

Una tropa de casi quinientos jinetes penetró por las montañas. Por aquellos terrenos infernales los caballos tenían que tensar todos sus músculos para vadear tanto roquedal. Avanzaron deprisa con el fin de tener tiempo de regresar a Llutxent, y cuando estuvieron cercanos a Alcoy buscaron la noche y la seguridad que les brindaba para adelantarse. Pronto alcanzaron la proximidad de aquellas murallas, y ante la alarma que cundió entre los cristianos, retumbando en un inmenso eco por las cortadas, se inició el combate. La primera táctica de Al-Azraq fue la de intranquilizar a los defensores de la ciudad, para saber, aproximadamente, su número. Los ataques de los adversarios le dieron la respuesta; acaso no eran más de cincuenta, y aquel descubrimiento le animó a intentar el asalto a la fortaleza.

El medio centenar de cristianos combatió hasta la extenuación. La proporción era excesiva para detener a los sarracenos. El griterío se esparcía sobre las alas del aire, entre crestas y barrancos. Los moros

habían matado a la mayoría de los que oponían resistencia. Resultó fácil escalar las murallas.

Y fue entonces, cuando todo parecía concluido, el momento en que un venablo, un disparo, acaso perdido en el vacío, se clavó bajo el levantado brazo de Al-Azraq, que sintió el crujir de sus huesos y cómo la flecha le llegaba al corazón. Notó que la vista se le nublaba. Los soldados que le seguían se quedaron desconcertados, porque la caída de su caudillo les produjo un extraordinario pavor. Le rodearon al instante, para retirarle de las almenas y averiguar la gravedad de su herida.

—¡No, no! ¡Seguid la lucha! ¡Seguidla!

Sangrando el cuerpo y conteniendo el vivo dolor que sentía, sólo pidió ser recostado en un lugar desde el que pudiera ver la terminación de la lucha, allá en las almenas. Inmediatamente, con el mayor cuidado lo transportaron a un sitio que ofrecía garantías de seguridad, y al observar Al-Azraq que aún insistían en cuidarle, con enérgica entonación, ordenó:

—¡Nada podéis hacer por mí! ¡Dejadme y seguid vosotros! ¡Esta batalla es importante ganarla!

—¡Pero general, necesitáis que os cuiden!

—¿Quién lo haría? ¿Acaso algún médico cristiano? Y aunque así fuera, ¿qué podría hacer por mí el mejor de los alfaquíes? ¡No, creedme, no nos queda tiempo!

En ese instante, alguien de los que se hallaban junto a él lanzó un grito de aliento y rabia y Al-Azraq aún pudo contemplar el valor con el que combatían los suyos. El dolor del pecho se acrecentó, ahogando una exclamación; el rostro perdió su color moreno, volviéndose cetrino; incluso notó como se producían los postreros latidos de su corazón. La imagen de su azarosa vida se iluminó en su interior. Todavía escuchaba ruido de armas y quiso mirar hacia las murallas, pero ante sus ojos solamente aparecieron sombras. Una oración solo audible por él, que la pronunciaba, brotó de su garganta.

—¡Oh, Alá! ¡Ha llegado el momento de rendirte mis cuentas! ¡Sabes que he servido a mi pueblo con toda mi fuerza y voluntad! ¡Espero confiado en que me recibirás complacido y que contigo estarán esperándome mis bravos generales y, al fin, porque me consideres digno de tu benevolencia, me otorgarás un lugar en el Edén prometido!

En sus mortecinos labios pareció querer abrirse paso una sonrisa. Con suavidad, su cuerpo se fue ladeando hacia un costado y así recibió a la muerte, con aquella excepcional serenidad y arrogancia que siempre fueron parte integrante de su personalidad.

Aquel fue un gran día para las huestes de Al-Azraq, que conquistando la ciudad de Alcoy, plaza fuerte de entre las fuertes de la

montaña, aseguraban un obstáculo difícil para el rey aragonés. El caudillo moro no pudo gozar del grandioso triunfo, aunque quizá fuese mejor así, porque si la batalla de Alcoy se produjo a finales de abril, dos meses después la resistencia mora era destruida, finalmente, en Llutxent, con lo que se barría la esperanza árabe de reconquistar el Reino de Valencia.

Es curioso. En abril de 1276 era abatido el general Al-Azraq, pero Don Jaime fallecía el 27 de julio de 1276, tan sólo a tres meses de distancia. Se diría que ambos dioses, el cristiano y el islámico se habían puesto de acuerdo en la proximidad de la muerte de ambos combatientes. ¡Lo merecían! Lucharon y pelearon por amor a sus pueblos, a sus gentes y a sus tierras, con la forja que solo en ocasiones se incrusta en el corazón de los hombres y en aquellos dignos adversarios que dedicaron su vida a luchar entre sí, durante más de treinta años.

Y la prueba de lo expuesto es que después del fallecimiento real, ya no hubo árabe alguno que continuara los combates de Al-Azraq, el único enemigo sarraceno capaz de dominar y vencer, en muchas ocasiones, a las fuerzas del rey de Aragón. De aquel árabe astuto, audaz, ladino y valeroso, cabría decir como aquel romance anónimo:

Mis arreos son las armas
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar…

Pero la Historia, cuando es escrita, como casi siempre, por los vencedores, olvida con frecuencia los méritos de quienes se singularizaron por sus hazañas, ardides o valentía. Y también he de ser justo cuando conozco que en las *Crónicas de Jaime I* aparece la mención de este personaje, pero luego, como siempre, solo fue héroe quien ganó; sería mucho pedir que se considerara como a tal a quien honrosamente perdió.
No sé, pienso que este ha sido el caso.

BIBLIOGRAFÍA

Hemos podido constatar que entre la bibliografía utilizada por el escritor se encuentra:

-*Historia General de Valencia*, de Escolano y Perales
-*Crónicas del rey Jaime I*, de Desclot, Muntaner i Pere III.
-*Alicante, sus calles antiguas y modernas*, de Vidal Tur.
-*Jaime I a través de la Historia*, de Belenguer Cebrià

Posiblemente haya utilizado otras fuentes documentales de las que no tenemos constancia.